

**Juan Antonio Massone**  
**Cuadernos de la Academia Chilena de la Lengua**  
**2000**

**Fernando Durán Villarreal**  
**(1908-1982)**

**1. Facetas y datos biográficos**

"todo destino es una vocación aérea"  
F.D.V.

El escritor y periodista de quien se escribe en estas páginas fue un apasionado forjador de humanidades a la vez que lúcido analista del siglo que termina, durante poco más de cincuenta años, especialmente desde las tribunas de prensa escrita en que trabajara: La Unión, de Valparaíso, El Mercurio, de Santiago y el diario homónimo del puerto, sin olvidar otros medios en los que también escribiera algunas veces: Revista Zigzag, Atenea, Estudios, Boletín de la Academia Chilena de la Lengua, Finis Terrae, Santiago del Nuevo Extremo, la Enciclopedia de la Editorial Rialp, en España, y algunas más.

Hijo de don Cornelio Durán y de doña Carmela Villarreal, nació en Quilpué el 19 de mayo de 1908, sin embargo cursó la escolaridad en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, para luego estudiar Derecho, titulándose de abogado en 1930, después de aprobar su tesis que versó sobre La propiedad de las obras literarias. Formó hogar con doña Berta Díaz, con quien tuvo seis hijos: María Consuelo, Fernando, Mónica, María Verónica, Ximena y Teresita.

Desde muy joven mostró la índole de los talentos recibidos. Estos dieron fruto en la palabra, materia y forma de sus labores profesionales, principalmente el periodismo ya dicho, aunque también en las cátedras de filosofía del derecho y derecho privado en las universidades Católica de Valparaíso y Adolfo Ibáñez, también de la quinta región. Durante algunos períodos fue comentarista radial y parlamentario del Partido Conservador, entre 1937 y 1941, y luego, entre 1946 y 1949.

Como abogado trabajó en la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, durante doce años; también lo hizo en la Sociedad de Astilleros "Las Habas", Sociedad Ganaderos de Magallanes, Compañía Chilena de Electricidad, Cámara Central de Comercio de Chile y en la Compañía Chilena de espectáculos. Testimonio de su desempeño en la primera de las empresas mentadas fue su memoria Sociedad explotadora de Tierra del Fuego (1943). Contribución en materias legales, fue la redacción del DFL 2, en las postrimerías del gobierno de don Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964).

El primer artículo publicado en La Unión, de Valparaíso, cuando Fernando Durán Villarreal apenas tenía 21 años, lo dedicó a Manuel Rojas. Era el año 1927. Extendió su presencia en dicho medio durante tres décadas. Desde entonces, innumerables colaboraciones suyas y en formatos tan distintos como editoriales, meditaciones, notas, comentarios y ensayos sucedieron hasta alcanzar una cifra estimativa superior a las tres mil, ignorándose la autoría de otras tantas que publicó sin su firma.

Columnista, subdirector de El Mercurio de Santiago (1964-1967), Director de El Mercurio de Valparaíso (1967-1973), aportó, sostenidamente, un lenguaje preciso, elegante, poético, de honda raíz clásica, ésta última más por la claridad de sus nociones y argumentos que por alarde de un conocimiento y formación amplios y sólidos, los que sin duda poseyó y, en grado eminente, contribuyeron a singularizarlo.

Como otros importantes redactores, la prisa del tiempo que en el periodismo acelera el paso mucho más, hizo que dejara dispersos sus numerosos escritos, los que parcialmente hemos reunido hasta ahora. La versatilidad fue otro de sus rasgos sobresalientes. Escribía meditaciones, tales como las firmadas con el seudónimo Androvar (1962-1964), nombre que recuerda una obra de su admirado escritor Pedro Prado (1886-1952), o aquellas otras, más leves y untadas de humor, como son las firmadas por Cándido, en El Mercurio porteño; en La Unión firmó muchas de sus colaboraciones con el seudónimo Lord Dunsany, escritor inglés, autor de Cuentos de un soñador; en ocasiones, las columnas acerca de lugares del mundo, del carácter espiritual de nuestro tiempo o de acontecimientos importantes del país, las solía firmar con su nombre o bien, daba preferencia a sus iniciales: F.D.V.; F.D.; D; F. Después de servir la embajada chilena en Francia (1974 y principios del año siguiente), país de su atención permanente, publicó varios artículos con el seudónimo de Lucien Regard. En fin, la lista de iniciales y nombres de fantasía puede crecer mucho más. Con todo, la amplitud de registro temático de que fue capaz le mostró autor de artículos acerca de libros, de expresiones artísticas, de economía, de política, de asuntos religiosos y de sucesos más volanderos.

La calidad de periodista le fue reconocida en sendos galardones: Premio Alejandro Silva de la Fuente (1955) y Premio regional de Periodismo (1981). Asimismo, recibió otras distinciones, tal como la de "Ciudadano benemérito de San Felipe", el 13 de junio de 1969.

Aparte de la diversidad de cuestiones sobre las que escribiera, resalta de sus textos la impecable concepción de ellos, sus planteamientos siempre claros, la infrecuente erudición que los ilustra y refrenda sus puntos de vista,

aunque sin agobiar ni ofender la atenta lectura que requieren, lectura que a su vez es ocasión de goce estético debido a su lenguaje rico y depurado.

Poeta y ensayista, tuvo la alegría de recibir el galardón otorgado por la Sociedad de Escritores de Chile, en 1949, en el concurso de poesía inédita que, por entonces, entregaba anualmente dicha institución. La SECH era presidida por el poeta Carlos Préndez Saldías. Ese año integraron el jurado los escritores Pedro Prado, Premio Nacional de Literatura (1949), Jerónimo Lagos Lisboa (1883-1958) y Pedro Sienna (1893-1972), seudónimo de Pedro Pérez Cordero, quienes fallaron en favor del libro *Velamen*, poemario que publicó al año siguiente Editorial Nascimento, en tanto que el autor recibió la cantidad de cincuenta mil pesos de premio.

A pesar del estímulo, Durán no publicó nuevas obras líricas, salvo en ocasionales entregas a diarios y revistas.

En 1959 fue elegido Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua en el sillón vacante dejado por el escritor Eugenio Orrego Vicuña (1900-1959). Se incorporó en sesión solemne el 2 de octubre de dicho año, pronunciando un enjundioso y brillante discurso: "Valor, Creación y Trascendencia de la crítica literaria", siendo recibido en el seno de la corporación por el historiador Jaime Eyzaguirre Gutiérrez (1908-1968).

En calidad de académico le correspondió recibir a su vez a los escritores Lautaro García (1891-1982) y a René Silva Espejo (1904-1980), como también disertó acerca de temas diversos en otras sesiones. En la última de sus asistencias lo hizo acerca de la obra de Pedro Lira Urquieta, trabajo que publicara la Academia en 1985, año centésimo de su fundación.

Perteneció a diferentes instituciones culturales, tales como los Institutos Chileno-Francés y Chileno-Hispánico, los cuales presidió en varios períodos.

Con posterioridad a su fallecimiento acaecido en Viña del Mar el 11 de septiembre de 1982, fueron publicados algunos trabajos inéditos en el *El Mercurio*, de Santiago. Se trata de los breves ensayos "Nueva España en Bernal Díaz del Castillo", aparecido el 26 de septiembre de 1982; "Goethe y su lucha entre el bien y el mal", con fecha 6 de marzo de 1988. Se agregan a las publicaciones póstumas la mencionada semblanza de Pedro Lira Urquieta (1900-1981), Poesía y Ensayo, seleccionada por el sacerdote y escritor Enrique Pascal García Huidobro, en 1985, al igual que la anterior; Biblioteca del periodista chileno, antología de prosas que seleccioné con el patrocinio de la Universidad Diego Portales, en 1997.

De su parte la Escuela de Negocios Adolfo Ibáñez le rindió un homenaje, con motivo de su fallecimiento, el 26 de noviembre de 1982, en el que intervinieron los señores Adolfo Ibáñez Santa María, Luis Correa P., Hermógenes Pérez de Arce y el Pbro. Enrique Pascal. Los textos leídos en esa oportunidad fueron publicados en un volumen el año siguiente.

## 2. Angulos de una semblanza

"estamos en medio de la creación para dar testimonio de ella y mostrarla, y para vivirla en una unión estrecha a través de la cual avistamos, aunque entre sombras, al que pasa apresurado por los sotos del mundo, dejándolos trémulamente vestidos de su hermosura."  
F.D.V.

Todos quienes han vertido opiniones y recuerdos acerca del autor coinciden en destacar de él rasgos de personalidad que se avienen al temple de sus textos. Sólida cultura, versatilidad de intereses y de temas, actitud respetuosa hacia los demás, pero firme en la expresión de sus convicciones. De carácter sereno, reforzaba su rápida comprensión de lo esencial, en cada uno de los temas que abordaba, con el trato directo de grandes ideas y de la experiencia de fe. Trasuntaba una seguridad que los demás sentían y traducían como magisterio, a pesar de que careciera de ese interés hacia por lo propio que suele acompañar a los escritores.

"Su desapego y desprendimiento de todo provecho personal próximo o remoto, -escribe Adolfo Ibáñez- en una palabra, su desinterés por las metas materiales, por las glorias de este mundo. Traducía ello su desasimiento de las cosas, una largueza que se concretaba en un permanente dar. Ello explicaría la dispersión de sus artículos, ensayos y conferencias que nunca archivó, que nunca pensó en coleccionar, para una eventual publicación. Sólo la convicción de que sus trabajos expresaban una "finalidad ya cumplida" es concordante con su desapego por las exterioridades. Carecía de la tendencia a obtener beneficio o utilidad a partir de su labor." (1)

Hombre culto en el pleno sentido del término, vivió cultivando sus facultades intelectivas y poéticas a base de un equilibrado mirar el acontecer humano y los frutos más estimables de la conducta personal y social, fueran éstos libros, espectáculos, investigaciones, ejemplos nacionales de países e instituciones, o el sabio discurrir de pensadores esclarecidos. En sus exámenes y cavilaciones destacaba las tensiones propias que conoce el hambre de ser que distingue al ser humano: los peligros y las perspectivas que, por igual, acompañan las jornadas de la pequeña localidad, así como la del mundo entero. Interesado de saber, esto es, de adquirir el gusto del acaecer de actualidades, veía más allá del reclamo clamoroso del delgado presente, percibiendo de éste requerimientos y fuerzas más perdurables en juego.

Humanista, conocedor de lecturas e informaciones, supo conferirles una forma personal reconocible: la de quien habla consigo y es capaz de asomarse al abismo y a la grandeza de un espíritu que, recibiendo estímulos, influencias y requerimientos numerosos de cada circunstancia, se hace responsable de todo ello, en tanto los acoge y examina, pero sin perder de vista que ningún episodio o influencia ostentan soberanía en quien la existencia se descubre como misión azarosa y perfectible de consuno. Acierta el ya citado Adolfo Ibáñez, cuando en el homenaje

rendido a la memoria de Durán Villarreal, escribiera:

"Había en él una humanidad fundamental que guiaba su espíritu, otorgándole esta dimensión específica, centrándolo como persona que era, impidiendo, en su caso, toda posible tipificación a las que somos tan proclives y que como ya lo mencioné, nos resultan tan necesarias. Sería violentar el recuerdo de don Fernando tratar de clasificarlo como filósofo, como sociólogo, político, economista, tampoco como jurista. Que por título profesional fue abogado y por actividades periodista y profesor nada nos dice, pues pasaron de ser meros accidentes en él. Su vocación era ser hombre y en función de ello realizó su vida." (2)

Persona de fácil trato, Fernando Durán fue un conversador de asuntos interesantes, aunque no prodigaba la charla entre muchos. Prefería la incitación escrita a base de asuntos concernientes a temas estéticos, políticos, económicos, legales y éticos, todos los cuales eran enfocados por el humanista cristiano que armonizaba lo fugaz con lo permanente, en cada caso, mostrando de las materias fundamentos y consecuencias, estableciendo enlaces o pisando dimensiones inadvertidas para la mayoría de las gentes. Y esa claridad conceptual la vertió con diaphanidad y elegancia, siendo respetuoso de la especificidad de los asuntos que trataba, sin ceder al embrollo de una cultura, como la nuestra, ayuna de nociones vigorosas, habitada de multitud de opinantes y confundida entre gustos, perspectivas y escasos fundamentos. En esa maraña de experiencias y sensaciones, de tartamudeo espiritual y arrogantes parcialidades, expuso con lucidez una posición que aliaba un brioso ideal trascendente con el realismo venido de las constantes humanas que veía expresadas en las grandes obras de poetas, novelistas y pensadores, así como en las variadas peripecias de la historia, especialmente la contemporánea, de la que fue atento examinador.

Pero esa unidad y convergencia que se advierte en su escritura, obedeció a un sentido unitario que, parejamente, aspiraba a vivir y a encarnar en su persona. El escritor y el periodista, el abogado y el profesor, el economista y el viajero ocuparon un sitio y mantuvieron plena correspondencia en el total de su persona. Según su amigo, el presbítero y escritor Enrique Pascal, Durán "Vivía los valores que otros comentaban sin vivirlos." (3) A colación de ello destaca cinco dimensiones de ese vivir: la familia, el trabajo, la amistad, el magisterio y la fe. Dichos cauces de su biografía adquieren interés, en este caso, porque sus ensayos y crónicas, meditaciones y glosas, apuntes y reportajes, y en menor número, los poemas, nos lo acercan como un valioso escritor, digno de conocer en los frutos de una tarea cotidiana en la que se comprometió. Haciéndose eco de la calidad de la obra de este autor, Jaime Eyzaguirre, en su discurso de recepción de Fernando Durán en la Academia Chilena, escribió acerca del ensayista: "En cada uno de estos estudios no se sabe qué admirar más, si el rigor lógico del crítico o el vuelo elegante del artista. Pensamiento y lenguaje, forma y materia se asocian con maestría y se muestran atados por una fibra recia y luminosa." (4)

Parte de esa obra elogiada complementa las páginas de este volumen con que la Academia Chilena de la Lengua quiere justipreciar el aporte y significado de quienes, como Fernando Durán, en un tiempo, la enriquecieron con su presencia y con su trabajo consagrado a la palabra.

### 3. Periodista de opinión

"El periodismo debe tener conciencia de la rapidez de sus juicios y de la fragilidad de sus fundamentos."  
F.D.V.

Fernando Durán inició desde muy joven sus colaboraciones en el periodismo escrito. Como se afirmara en páginas anteriores, el primer diario que recibiera sus textos fue "La Unión" de Valparaíso, en 1927. Con escasas interrupciones, prolongó su labor de redactor durante tres décadas en dicho medio y, luego, desempeñó tarea similar en "El Mercurio" de Santiago, llegando a convertirse en Sub-director del mismo hasta 1967, para posteriormente dirigir en calidad de Director el homónimo de Valparaíso, hasta recién iniciado 1974.

La sólida formación humanista de que hizo gala, la amplitud de horizontes culturales con que respaldaba sus columnas, la versatilidad temática en que vertió sagacidad y hondura, su constante preocupación por el libro, especialmente de autores chilenos, americanos, españoles y franceses, sin perjuicio de sus crónicas acerca de países, de la quinta región, así como el tratamiento constante de asuntos económicos, políticos, legales y religiosos habla a las claras de la facilidad expositiva y del tono familiar con que abordaba cuestiones de índole tan diversa como específica.

El método con que ayudaba sus exposiciones y planteamientos correspondió, grosso modo, como sigue: planteo del tema, reflexión acerca de los posibles fundamentos esgrimidos por los sostenedores de una u otra posición, consecuencias teóricas y prácticas en la existencia personal y social de una conducta, de una filosofía o de una tendencia, refutación de aquéllas y conclusión del tema. Sus escritos fueron, al mismo tiempo, exposición cavilosa y fulgor idiomático, sólida argumentación y acercamiento reconocible de la realidad.

Para mejor exponer sus pensamientos los ilustraba con ejemplos reconocibles del lector y con aquéllos establecía vínculos entre la información y su punto de vista. Así, sus artículos de meditación y los ensayos, sus formatos preferidos, avanzaban argumentaciones polémicas, muchas veces, sin que jamás restara oculta su posición enérgica de los principios defendidos, ni debilitada la armazón que la vertebraba.

Pero todo lo anterior tuviera seca impecabilidad si no fuese acompañado, como lo hizo, de impulso poético, capaz de conferir alada gracia y potencia evocadora a los párrafos más sesudos y exigentes. Léxico riquísimo, pero sin resabios de especialización gravosa, el de Durán Villarreal sabía aclararse en el contexto de las oraciones

encabalgadas de enlaces propositivos , cuando no en el despliegue de su meditación a base de contrastar posiciones que se proponía esclarecer. A satisfacer el mismo fin empleó frecuentemente los recursos de la analogía y el paralelismo.

Todas estas virtudes le fueron reconocidas sin reservas por sus pares. Roberto Zegers de la Fuente, uno de ellos, ponderó: " Su gran talento, captador del instante, su inmenso poder de trabajo, así como su memoria prodigiosa, su bondad siempre puesta al servicio de los necesitados". ( 5 )

Tono similar empleó Homero Bascañán (1901) a propósito del alejamiento de Durán de la dirección de "El Mercurio" porteño, a principios de 1974: "En todos los cargos que le correspondió desempeñar junto a nosotros (...), lo hizo siempre con la eficiencia y capacidad poco comunes del periodista visionario, culto y ágil para desarrollar una idea o transformar un cable en algo más que una noticia, haciendo de él, casi siempre, un relato vivo e interesante por su claridad." ( 6 )

El centro de sus preocupaciones fue la persona humana y en torno de ella desplegó, como está dicho, heterogéneos aspectos y temas de la realidad. Podía examinar lo real sin forzosidad, desde la faz más leve a la más hosca, su perfil inefable de sutilezas así como la brusca prosa del acontecer caótico, la singularidad insobornable de cada quien o la suerte multitudinaria de la época, sin que careciera jamás del necesario espesor informativo cuando la crónica imponía un recuento del asunto en cuestión.

Los motivos directos de los escritos obedecían a causas no menos variadas: la lectura de un texto, una noticia, algún hecho, las declaraciones de alguien, el debate encendido de la actualidad ,o bien, el mensaje espiritual de libros y de autores que le conmovían. Estos variados puntos iniciales de sus crónicas, meditaciones, editoriales, comentarios y ensayos le hicieron dúctil para dar cabida al fragor inmediato y al trato de lo permanente. Lo uno aligeró consideraciones y, lo segundo, vigorizó el paso volandero de lo meramente noticioso. A pesar de ello, no cabría pretensión de pervivencia de todos sus escritos periodísticos, pero es fácil obtener un alto número de ellos , representativo de sus distintas facetas expuestas en miles de colaboraciones.

Fernando Durán fue un periodista reflexivo y poético; nunca autor de pasatiempos. No escribió para seres aburridos ni lectores de páginas sociales. La suya fue pluma que enalteció la actualidad haciéndola interesante. Y si tenemos presente que esa actualidad fue la del turbulento y clamoroso siglo XX, acerca del cual examinó, como se ha dicho, cerca de cincuenta años de dolores y de esperanzas, en dimensiones tan variadas como fuera capaz de interesarse él mismo en los cauces por donde corría la suerte y desgracia humanas, no es posible desconocer de su aporte esa mirada comprensiva de lo complejo, mirada jerarquizadora de valores con que se identificó, empezando por el valor sagrado de la existencia y recordando , en un mundo vacilante, el sentido misterioso que anima al ser humano a trascender de lo inmediato,de lo oportunista y fugaz, alzando por encima de las zozobras el carácter personal y solidario de la existencia, exhortado por la esperanza de un encuentro definitivo en el Creador. Y esta animación de su pensamiento y de su quehacer obedecía, según queda claro de los textos, de un centro de irradiación cristiano, destacado por su colega periodista Horacio Hernández: " la fuente primera de su inspiración y transparencia, no era otra que su fe religiosa y profundamente cristiana; de modo que los asuntos que atraían su atención tenían-en su pluma-un toque de espiritualidad que, ora los alejaba en la proyección del tiempo, ora los hacía médula y riqueza del existir cotidiano". ( 7 )

#### 4. El ensayista : nociones vertebradoras

"La existencia es radicalmente libertad,pero esto no quiere decir que dicha libertad consista en un vacío."  
F.D.V.

La multiforme actividad cultural en que comprometió su vida Fernando Durán Villarreal dispensó atento mirar y examen a la condición humana y a las facultades expresivas manifiestas en las artes y, muy particularmente, en la literatura. Desde la cátedra universitaria como en las volanderas páginas de diarios y revistas analizó, propuso o fustigó criterios que, desde su adscripción al humanismo trascendental, le interesaba comprender, animar o enderezar, especialmente cuando advertía peligros de decadencia o deserción ética como estética que, a su juicio, ponían en entredicho fundamentos necesarios de respetar, al par que comprometían gravemente el porvenir de nuestra civilización occidental. Por eso mismo, sintió inaplazable la tarea de esclarecer los móviles de la conducta tanto como los frutos y omisiones que de ella se derivan.

Pensar desde y sobre lo humano, el suyo buscó tornar presente la herencia de una tradición cultural viva y, con el mismo convencimiento, sometió las condiciones y tendencias históricas a la lógica vitalizadora de la fe cristiana. En el formato ensayístico halló el carril ideal de exposición y tratamiento de los asuntos humanos. Los modos y pormenores de ese su meditar acerca del compromiso moral-no moralista-que implica vivir de acuerdo a la dignidad de ser creado y, como tal, consonante con la espera que se tiene de la existencia por parte de los demás y, ante todo,del mismo Creador, le llevaron a concebir lo humano como tarea central de cada quien y de la sociedad en su conjunto. Vivir,para él, era oportunidad de responder al don de la existencia recibido gratuitamente, a través de las generaciones, por extensión generosa de Dios. De acuerdo a ello, el ser humano no debería recusar ninguno de los talentos habidos en su naturaleza de persona en vistas de ese llamado vocacional principalísimo.

Los respaldos de su cavilar se reconocen provenientes de la tríada cultural que nos constituye, a saber: la vertiente greco-latina, la judeo-cristiana y la hispanoamericana. Las tradicionales nociones de naturaleza y trascendencia

vertebran sus exposiciones de la existencia humana. En virtud de la primera, el hombre aparece como alguien inacabado, sobre quien actúa una convocatoria a unificarse desde un quehacer que lo explicita y vincula a sus semejantes; de acuerdo a la trascendencia, su ser es irreductible a cualquier parcialidad de circunstancias o restricciones inmanentes. Ser persona significa asumir la propia condición desde su naturaleza peregrina, esto es, un proyecto de vida que tiene en sus distintos estadios o etapas del tiempo la pre-ocupación de sí como tarea, a la vez que una solidaridad con los demás y, en última instancia, la forja de un vivir que, al fin, ofrende a Dios, ante Quien cada uno espera, o puede confiar, alcanzar plenaria aurora cuando el tiempo sea ausencia y cumplida jornada de los pasos en la tierra.

Siendo, pues, tales los fundamentos de la existencia humana, el análisis del tiempo contemporáneo-sobre todo el siglo XX--, en que comprometiera buena parte de su esfuerzo analítico, se explaya en mostrar y demostrar cuán frágiles e ineptas resultan, la mayor de las veces, prácticas y filosofías deshumanizantes que suelen gozar de adhesión populosa. Así, los sistemas político-ideológicos, las doctrinas científicas y las conductas errantes son desnudadas en sus respectivas insuficiencias pretendidamente humanistas al oponerles el carácter misional de la existencia que, indudablemente, polemiza con la ínfula autosuficiente de nuestro tiempo que, en no escasa medida, ha pretendido borrar todo rasgo sagrado y misterioso del ser humano, negando, en último trámite, el carácter de copartípe que le cabe en la Creación.

Desde luego, nuestro autor fue heredero de una rica tradición de pensamiento y convicciones, principalmente de Occidente. A los Padres de la Iglesia y los sabios filósofos griegos le acompañaron inúmero de nombres y de obras, mostrándole acorde en más de un concepto con Paul Claudel, Etienne Gilson (1884-19), José Ortega y Gasset (1883-1955), Martin Buber (1878-1965), Pedro Laín Entralgo (1908), María Zambrano (1904-1999), Albert Camus (1913-1960), por citar unos pocos.

Meditar desde el hombre vivo, sin concesiones a reduccionismos ni arrogándose absoluta lucidez respecto de la realidad, a la que pretenden acercarse las provisionales palabras comprometidas en la reflexión que, en su caso, fue un ver y un sentir, una disección y una síntesis.

## 5. Noción de persona

"la vida regalada en promesa sólo despunta en realidad  
en la medida en que alguien se interesa por cumplirla,  
esto es, por desplegarla y extenderla."  
F.D.V.

Metafísica y fenomenología, fe y experiencia personal colaboraron a formar su noción de persona humana.

Gustaba citar de Leonardo da Vinci (1452-1519) el pensamiento que glosamos así: la filosofía conforma el proyecto; los hechos de su conducta, la práctica. De este modo enfatizaba la necesaria coherencia que deben observar el ser y el quehacer a través de vínculos inescusables, poniendo en acción el carácter esencial de persona y el testimonio expreso que, a lo largo del tiempo, muestra perspectivas, motivos y voluntad en espera de logros conducentes, en último trámite, a la realización plenaria de sí propio.

Inventor de su forma de vivir, al hombre es dable este calificativo porque corresponde a una interioridad en cuyos ámbitos fluyen el misterio que clama develamiento, las herencias y los límites de la existencia, el apetito de más ser a pesar de la caducidad y las ostentaciones de la muerte. Y todo ello fráguese en el tiempo a partir del dato que es el propio ser.

"El hombre existe porque emerge de un dato originario, porque se crea y elabora con un material que no coge del aire sino que capta en su propia intimidad. Al defender esa intimidad, venero donde habita el espíritu y de cuyo caudal brotan todas las hazañas y las acciones que ennoblecen y dignifican al individuo, no se está defendiendo un vacío, sino un lleno." (8)

Como dato inicial de realidad, el hombre es un ser llamado a ser. En el pensar del autor, aquél obedece a un principio de creación, que podemos llamar adánico, y a otro de autogestación, que nombramos prometeico. Ambos se enlazan en la existencia y cada uno exige el debido reconocimiento. Fluye del primero el acontecimiento misterioso, genésico, amoroso del antecedente divino que hay en la partida de nacimiento del ser humano, pero también como manifestación de Alguien que acompaña y espera durante el tiempo y más allá de éste, pues lo divino en la revelación y tradición cristianas, en la que se inserta la meditación de Fernando Durán, corresponde a la incesante presencia de un Dios Persona que es Creador y Padre, en primer lugar. En frente de El, su creatura humana debe corresponder al don de la vida recibido, a costa de un esforzarse en el desarrollo de esa misma vida. En la visión cristiana, el vivir humano recorre las extendidas sendas del tiempo entre dos actos radicales que lo vinculan a Dios y a todo lo existente. Aquéllos son: Creación y Redención. Fiel a esa mirada, el escritor chileno concibió lo humano como apetencia constante de ser uncida de responsabilidad grave e insoslayable.

De acuerdo a lo anterior, el principio de autogestación, que hemos llamado prometeico, consiste en el imperativo de explayar por el hombre aquellas potencialidades de su esencia a través de elecciones y de actos que lo exponen a los rigores del riesgo, del sufrimiento y hasta del fracaso, pero también su ejercicio de la libertad puede depararle la conrapartida del acierto y el triunfo. Sólo que esa victoria es, en primer lugar, sobre sí mismo, alzándose por encima de la molición, la dispersión y las seducciones falaces de cuanto quiera y pueda esclavizarlo.

Siendo, pues, el hombre una creatura, su tarea de cumplir con la posibilidad cierta de vida que le ha sido regalada le exige, además, convertirse en intérprete de lo creado. Debe habitar el mundo, nombrándolo y comprendiéndolo,

mientras él mismo es parte suya ,junto a otros semejantes y diversos, para emprender una labor de hacerlo habitable, llevándolo a la máxima perfección de que sea capaz de intuir,forjar y exponer en el afán perfeccionista que lo anima.

Durán ensancha el concepto de realidad al insistir en el ideal como factor preponderante de acción humana. Al hacerlo, se distancia por igual de vagos espiritualismos como de materialismos cegados de inmediatez.

Vivir es proyecto que despliega simultáneamente lo interno en lo exterior y, en virtud de éste, se hace patente aquí. Incesante relación de hombre y mundo: hombre en el mundo y mundo en el hombre que descubre una noción de existencia como acontecimiento , tan rico como frágil, en su tender a lo porvenir.

Pero la condición temporal en que debe hacerse el ser humano y su mundo es ,de suyo,dramática , rasgo que no le pasa inadvertido al autor, cuando escribe:

"Porque esta misma brevedad transitoria, este ser, en el fondo, una especie de ir siendo a pausas y, a la vez, de no ir siendo, confiere al existir la dramática contradicción de estar circunscrito a un pasar, pero sobrepasarlo en un afán irresistible de quedarse." ( 9 )

Con todo, esa dramaticidad innegable que lo mueve obtiene, en el pensamiento del autor, una vertebración justa en su perspectiva finalista de la existencia. En efecto, el hombre es alguien que aspira a coincidirse en la identidad más insobornable que habita, pero a la vez también en es aspirado por la inquieta clave alojada en su naturaleza. Ser que anhela un ser que , a su vez, lo aspira, en una suerte de espera. Ida y vuelta; viaje y encuentro. Unir superficie y bordes correspondería al ideal de auténtico vivir. Por eso, en el fondo de sí mismo, la persona intuye que corresponde a una clave , en pos de la cual avanza, a trompicones, las más de las veces.

La labor integradora que se obliga a realizar se la confirma la naturaleza, en cuyo reino los entes y los seres existen entrañablemente unidos, correspondientes y jerarquizados. Semejante a dicha concordancia, el ser humano busca ser él, porque le acucia la unicidad de su espíritu. De ser sólo materia, tendería a lo gregario únicamente, conformándose en estado categórico.

Mas, ¿de dónde proviene tal forzosidad en nuestra especie? Durán deja en claro el papel determinante que desempeña lo espiritual a partir de la inteligencia, capaz ésta de "colocar en la realidad algo que ella no posee, de que esencialmente carece" ( 10 )

He aquí una característica exclusiva del hombre que le regala una curiosa y hasta inaudita presencia en lo creado. Pertenece a la naturaleza, pero no le queda sumiso del todo. La trasciende por su alma racional, como dijera el autor de De civitate Dei. Al hacerlo, pasa del nivel de ente a la dignidad de sujeto. Y en ello radica la prueba más fehaciente del rasgo espiritual que le distingue, pues sólo lo inmaterial se exime de la fatalidad causalística de los cuerpos y de la muerte.

Pero el estar humano en el mundo lo es, fundamentalmente, en una cultura. Es en calidad de partícipe, y de trasuntarla, como es dable habitarla en vista de un perfeccionamiento de sus condiciones y realizaciones. En este sentido, la cultura debería observar la misma senda ascensional de la persona.

Por lo dicho, es claro que para el autor queda descartada de la mejor conducta cualquier autarquía insolidaria. Más todavía, la libertad de que goza el hombre está unida de valor moral en cuanto encamina a la perfección de las versiones humanas de la vida. Sólo así se le deparará cierta felicidad: fruto de esfuerzo creativo y solidario.

Aun entonces, la finalidad no ha sido hallada. Falta enfrentar la insoslayable muerte, consumación del tiempo y de las posibilidades habidas en su trascurso. Es el momento en que el autor corona sus argumentos desde la experiencia religiosa:

"La muerte nos angustia en cuanto final,pero hay una forma de "hacerla nuestra", de revestirla con claridad y amor, que es la forma de la esperanza cristiana. Asumir, reconocer nuestra vocación hacia la muerte, es vano intento si esta conclusión es una mera constatación de un hecho sin significado. Vivir como si la muerte no existiera, es encerrarse en una porfiada negativa o propugnar un heroísmo de la ceguera y de la soberbia. En cambio, sentir y experimentar la muerte como un despojo de nuestras pobreza, como un acceder constante hacia la plenitud de nuestro propio ser, y ubicar todo este ultramundo a que nos referimos en la persona de Dios, es trazar la línea completa de nuestra historia y recoger, sin mutilación, la voz total de nuestras aspiraciones y querencias." ( 11 )

Cúlmine humano es la llegada a puerto, lugar en donde cada quien conocerá la experiencia de abrazo pleno y dilucidación absoluta en Aquel que es origen y meta última del vivir. En ese trascender salvífico radica la perfecta felicidad, según la revelación cristiana,y en ello puede fundarse la esperanza de la persona. Dicha promesa derriba incertidumbres y confiere sentido al total de la vida. Hasta allí la parte de Dios a través de Jesucristo. Antes, el ser y el quehacer humanos ponen la suya. El morir-y no la muerte-en tanto que acto personal e intransferible , cosecha los afanes y logros, los fracasos y los esfuerzos de la creatura. Para entonces ésta habrá cumplido ,en alguna medida, su papel de co-creadora que se le dio en el ser. La última palabra es la del Restaurador y ésta no es otra que Vida. Con todo, el autor dejó en claro a este respecto su afinidad con el pensamiento agustiniano que reza: "El que te creó sin ti, no te salvará sin ti".

## 6. Acerca del arte

"crear es ,en el fondo, creer.Nada se eleva en medio de la realidad si no lo nutre una substancia que le confiere vida. La semilla cree en el árbol y por eso se pierde en el surco para subir,ascendida,en hojas,en ramas o en flores. El artista cree en el mundo que mira en su interior y,por lo mismo, imprime a la tela o a la palabra el estremecimiento que recorre después al que observa o musita lentamente

el poema."  
F.D.V.

Tocante al arte, las connotaciones de éste no son ajenas a la experiencia personal de intimidad despierta, soñadora e insatisfecha. El afán creativo que sustenta las diferentes especificidades artísticas está preñado de un impulso de fe que acompaña toda gestación y nacer, pues en esa confianza habita la espera de un logro: la obra. Y ésta, mitad ansia, mitad imaginación, impulsa a buscar la forma necesaria que la torne presencia, es decir, como un bien posible y necesario de existir.

En la concepción de Durán, el arte se alimenta del proceso general del vivir. Las dos fuerzas que disputan, pero también enriquecen la existencia son: el deseo de unidad y el no menos imperioso de comunión. Los avatares de aquella armonía inestable entre ambas necesidades, genera tensiones y de éstas se nutre el arte, dado que la expresión artística pretende forjar una versión comunicable de lo subjetivo esencial, de ese más allá inagotable y secreto que es lo humano, echando mano de formas, sonidos, metáforas, volúmenes o movimientos para cifrarlo. En este sentido puede afirmarse que el arte es creación y, por ende, anhelo de orden.

Pero el arte es un decir haciendo. Acto y preocupación. Es un añadido al mundo. Su valor no surge de un deseo de reemplazar lo vivo, sino del esfuerzo en mostrarlo en aquellos pliegues omitidos o imposibles de ser traídos a la luz mediante otras actividades o disciplinas. El arte cumple, entonces, una doble tarea: mostrar al ser humano en la más ancha realidad de lo virtual y hacerlo evidente como un ser que se ve mientras vive. He ahí el trasver de que habla Félix Schwartzmann en Teoría de la expresión, ese ver lo íntimo como externo, pero íntimamente.

Intérprete del universo y de sí mismo, el hombre dispone en el arte el medio explícito con qué responder a esa nostalgia de perfección perdida o de espera por recobrar con que es acuciado. Su permanente ensayar nuevas formas revela que el arte es un crear que concierne al creer, por aquello de que "Nada se elva en medio de la realidad si no lo nutre una substancia que le confiere vida" (12), como escribe nuestro autor. Creer, en este caso, viene a constituir la base de una confianza en los medios expresivos artísticos y a insistir en la indoblegable voluntad de decir algo más que una mera reproducción de exterioridades. Por eso el arte es metáfora: nombra el otro nombre de lo real, muestra al mundo en traslación y cada cosa es, al fin, también su alteridad.

Pero el arte, según Fernando Durán, tiene la virtud de actuar sobre lo humano en un doble sentido: engaña y desengaña. Al fundir lo distinto en el haz de una forma novedosa, la obra enlaza ámbitos externos con el interior del hombre, produciéndose una encarnación habitada de sentido y de poder significante. Mas esta encarnación engaña en su perfecta visión que ofrece del mundo (persona, acaecer, objeto), para luego desengañar en su fugaz y relampagueante permanencia, porque la unidad de la obra y la comunión que proclama no pueden suplantar la vida. Así, el hecho artístico es un impulso de totalidad, aunque de logro precario si se mira la fragilidad de quien lo lleva a cabo.

## 7. La obra literaria

" el hombre habló para crear y crearse y crea cada vez que vuelve a hacer revivir la realidad en esa especie de maternal regazo que es la palabra."

F.D.V.

Nada extraño tiene la recurrencia meditativa que, sobre el valor expresivo y revelador de la palabra, abunda en los escritos ensayísticos publicados, ya en revistas, ya en diarios, por Durán. Innumerable páginas cuyas alojan reflexiones acerca del lenguaje artístico, sin olvidar a aquel que nos comunica día a día, pues en ese erguirse desde el vocablo debate el ser humano el cariz y la dimensión de sus actos fundamentales.

Capaz de pronunciar otra vez la Creación desde su propio interior en que la ordena y formaliza, el ser humano crece al comunicar, al poner en común los pulsos de la especie y de lo singular, adquiere dimensión social al expresar aquello que le sucede como abundancia o como privación en tanto que peregrino en el mundo, y más realce obtiene aún cuando crea-recrea en él-los ajustes y los desencuentros habidos entre la propia soledad y la inmensidad externa, facetas que hablan a las claras de una existencia eminentemente relacionada y relacionadora de intimidad y alteridad.

Vertebrado entre lo fable e inefable del lenguaje, el hombre es un ser que habla-que se habla--, y al hacerlo dice a otros y se dice quién es, quién cree ser, quién anhela ser. Para ello hurga en sí, escucha voces del mundo, su clave personal criba mensajes que le despiertan afinidades o repulsas y, por cierto, de tanto en tanto es sorprendido por la extrañeza de ser alguien tan cotidiano e insólito al mismo tiempo.

Gran interés por la literatura mantuvo Durán a lo largo de décadas. Un hecho sintomático es el que tanto el primero de sus artículos aparecido en La Unión, de Valparaíso, como también los póstumos que vieron la luz en El Mercurio, de Santiago, estuvieron dedicados a obras y autores. A esta cara dedicación suya se refirió Roque Esteban Scarpa (1914-1995) en su discurso pronunciado, en nombre de la Academia Chilena de la Lengua, durante las exequias del escritor:

"Esa búsqueda de lo humano en la literatura, ese devolver seres vivos con todos sus sueños y la encarnación de ellos, constituye uno de los aportes de nuestro autor de los que no se podrá prescindir en el estudio de muchos de los escritores que renacían de sus ensayos. El poeta alentaba esa unidad y el vuelo de su visión penetrativa. Lo otro

era el oficio de amor del lenguaje, que se plegaba sabiamente a la intención, tejiendo con sus matices la unión de la exactitud y el encantamiento." ( 13 )

Las letras nacionales , las hispanoamericanas, españolas, francesas y , en menor medida, las de otros países fueron motivo de sus análisis y penetrantes enfoques. Lugar muy central el pensar suyo en torno de la palabra. Ella ostenta el poder de completar la realidad del mundo, haciendo íntima la vida y obteniendo de esa intimidad una versión nueva de lo real. Ese despertar ecos se extiende sobre la base de todas las zonas y todas las magnitudes existentes: lo actual, lo virtual y lo imposible. Como en Heidegger, la virtud principal de que goza la palabra, según el autor, es tornar patente aquellas latencias o potencialidades de lo vivo. En virtud de la palabra, sobre todo, nuestra especie dispone de un recurso supremo en frente de lo otro y de sí propio, como es: volver a crear, creándose.

Posibilitadora de comunicación, de expresividad y de poder creativo, la palabra deviene de su raíz ontológica como un bien comunicable por excelencia. En ella y por ella el universo toma forma y lo diverso conquista unidad inteligible.

De otra parte, función a todas luces definitoria de lo humano es la autognosis y la vinculación entre persona y mundo, entre lo individual y lo vario. La necesidad de conocerse le acerca a su paisaje interior; en vistas de la segunda, abre puertas a un diálogo entre sujetos o entre alguien y los numerosos algos , en movimientos alternados de acción y de reacción espirituales.

Hablar consigo y con los demás, con lo propio y con lo otro, corresponde tanto al soliloquio como al intercambio iluminador del diálogo, formas de articulación de una simultaneidad como es la de ser el hombre una mismidad y una diferencia. A través de hechos y de años, toda persona puede acercarse, a veces, a superiores niveles de consciencia o a encarnar un vivir al límite de sus posibilidades. En la palabra habita lo humano en las dimensiones que le son propias, pues ya antes la Palabra ha creado el universo , colmándolo de potencias germinantes. De acuerdo a lo anterior, de la palabra puede decirse que es casa y sopro vivificador de consuno.

Desde luego, el nivel humano más alto que puede mostrar la palabra es el estético, ya que según Durán " es forma capaz de vivir por sí misma, se estructura dentro de un sentido y una jerarquía y se hace, por lo tanto, universal y comunicable." (14)

Pero esa autonomía subsiste orientada en una suerte de escala axiológica o de estratos expresivos que transforman lo individual en universal, mientras el silencio subjetivo de la palabra se trasiega en acto comunicable.

Naturalmente, tales caracteres creativos se actualizan en la lectura de alguien, quien al hacerlo, despierta del escrito aquella intencionalidad alojada en la entraña del lenguaje , en tanto ese lenguaje despierta el potencial de humanidad silente que porta.

De su parte, el rasgo transitivo del arte-y de la literatura en especial--, ese su ir más allá de la materialidad que le presta cuerpo, habla de la insatisfacción que rige a toda persona. Por eso mismo, lo estético diseña un ideal de realidad, ideal inédito que sólo encuentra aliado en la expresión del espíritu insumiso del ser humano que se atreve y sabe forjar a base de lo propio una creación de valor perenne y comunicable. El contenido de esa experiencia es la vastedad de vivir expuesta en su máximo resplandor de que es capaz cada artista, resplandor de júbilo o penuria. Es entonces cuando la intensidad expresiva y la unicidad creativa conquistan el laurel del temblor estético.

Pensar acorde a la ontología fundamental de grandes pensadores modernos y del pasado, tales algunos Doctores de la Iglesia, como también Maritain, Scheler, Menard, Valery, Gadamer o Pfeiffer, el autor expone sus nociones de lo estético guiado de un sentido ascensional, como ascendente es también la aspiración de plenitud que distingue al hombre. De este modo, la palabra literaria -sobre todo la poética-es dueña de un sentido, de una significación y de una musicalidad provocadores del bien espiritual como lo es la intensa fruición que regalan. Lo bello que fulgura en la obra actúa al modo de percutor que posibilita el encaminarse a un conocimiento superior: el del ser en su máxima apertura reveladora.

En tanto que obra escrita, la literatura cumple tres misiones inescrutables: la del escritor, la del lector y la del crítico, según lo expuso en su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua, en 1959. La primera de esas misiones está signada por la "continua exigencia" de ver lo existente en "su mejor totalidad y en su dimensión más amplia y enriquecedora", con el afán de recordar la plenitud que alienta y espera más allá de lo circunstancial. Al lector corresponde una labor completadora que, sin duda, implica una traducción de la virtualidad humana impresa en el texto. Y este acto lector es ya el esbozo de una interpretación. Por último, al crítico toca la comprensión más profunda de la obra. Con el propósito de conquistarla estima, valora, relaciona, pregunta y analiza, para así entregar de su trabajo hermeneúutico una revelante interpretación. La interrogante principal que debe encarar es el verdadero logro estético del texto y, por su mediación, saber dirigirse hasta el origen del sentido o de la intencionalidad que, de cualquier modo, representa un clamor de infinitud, un jadeo de ilimitación que, en lo ya dicho de la persona y del arte, obtiene razón y fundamento.

## 8. El poeta

"La flor es el resumen de una obscura paciencia que a fuerza de esperanza se transforma en fragancia"

F.D.V.

Fernando Durán Villarreal publicó únicamente el poemario Velamen (1950), Premio de la Sociedad de Escritores de Chile el año anterior, que recibiera en marzo de 1950, durante una ceremonia celebrada en el salón de honor de la

Universidad de Chile, ceremonia que fuera presidida por el entonces ministro de educación, don Bernardo Leighton Guzmán. Se sabe de otros dos libros inéditos hasta el momento: Cantatas Místicas y un libro de sonetos, forma que le fuera predilecta, según dijera en una entrevista: "Me gusta escribir en esa forma poética porque obliga a la precisión, al rigor, y a hacer rendir más la intención." (15)

Fuera de lo anterior, existe una muestra poética en Poesía y Ensayos, (1985), antología del escritor y presbítero Enrique Pascal. Lo demás, son poemas aparecidos en revistas y en diarios nacionales. Raramente antologado, Alone (1891-1984) seleccionó algo suyo en Las cien mejores poesías chilenas y, en 1989, lo incluimos en la colección Hoja de poesía N.80, publicación del Área de Comunicación de la Conferencia Episcopal de Chile.

La escasa difusión de su obra toda, y de la poética en particular, quizás debióse a su carácter reservado, ajeno a la entusiasta publicidad de sí mismo, en la que otros emplean tanto esfuerzo y consiguen, en lo inmediato, parabienes y respaldos.

Parejo rigor y contención de su prosa muéstrase en los versos. Mal que bien el impulso poético nacía del mismo hondor de afinidades y preocupaciones que los desarrollados en los formatos ensayísticos y opinantes del periodismo. Aunque deba, eso sí, apartarse de éstos el carácter trémulo e intimista que domina a sus poemas. Existe en los poemas de Durán una serenidad de espíritu, versión de su personal sobre-estar que es pujanza y comprensión de lo tenido por experiencias supremas: afectividad, condición fugaz y anhelo de Dios. Las tres son vertientes que consagran unidad de ser y de sentido a la existencia. En efecto, "convierte sus poemas en oración, meditada palabra y alabanza (...). Su capacidad de síntesis la ejemplifica en la rotulación de sus poemas, de casi todos, a partir de una sola palabra. Los elementos naturales son el espejo interior que prima en el esfuerzo ascensional, en la pugna por acercar el alba, o bien, en trance de clarificación espiritual." (16)

Fe y razón, meditación y sentir actúan de consuno en el logro de eficaz sazón poética. Ninguna estridencia se entromete. Cada verso vive animado de una interioridad clásica y cristiana, sin que alguno de dichos atributos le cohiba emoción o acalle un ligero temblor en que se siente al hombre paradójico, a la vez confiado y anhelante. Y en esta doble condición espiritual el poeta hizo propio el legado de otros autores que, como él, hospedaron con naturalidad en sus obras graves consideraciones acerca de la existencia, junto a una conmovedora reacción de confianza o de dubitación. Ajeno a esta última, Durán siente la delgadez de que pende la frágil y delicada vida humana, y de ella resalta su calidad inquisitiva por su natural inacabado y su hambre de culminar la amenazada contingencia en un encuentro plenificante, cuyo norte y destino no es otro que el Creador.

La vida es huida que se expande en la confianza de que está sembrada. Continuo perder que, sin embargo, es ganancia misteriosa. Al ser le anima un más ser, un continuo seguir, aquella trama de unidad extensiva que, de hito en hito en su íntimo verse, aprende a aceptar el límite y, en el forcejeo de su trato, vuelve a crecer el paso y el anhelo. El vivir recuesta su sentido en el misterio que es lucha e invitación a desplegarse.

"Si nada a mi deseo limitara,  
si en el querer lograra ya mi anhelo,  
no sostendría el aire al ala en vuelo  
ni la mano a la piedra modelara.

Si el cuerpo al alma el gesto no prestara  
no sabría su goce ni su duelo,  
árbol no unido por raíz al suelo,  
vago y difuso ser sin voz ni cara.

Puedo existir porque algo me limita,  
porque algo me combate y me da forma  
y a mi pasión confiere un alma nueva,

sed de totalidad, ansia infinita,  
raudal ceñido por radiante norma,  
ala que vence al aire y a él se eleva."

(Límite)

Ese coloquio de cuerpo y de alma, esa convivencia de términos y realidades a menudo antitéticas o algo esquivas al abrazo armónico es constante de estos poemas que, a este respecto, pertenecen al mismo linaje de la agonía unamuniana, o de la vacilación de Antonio Machado (1875-1936), aunque contenida y pacificada frente a la creciente caducidad de la existencia y de la necesaria salvación que el ser requiere como respuesta al peligro de anonadamiento. Un parentesco o afinidad que mejor le calza es la obra de Paul Claudel (1868-1955). En nuestro poeta existe aplomo de aceptación de la realidad. Las filosas pendientes o las escarpadas vallas son incorporadas al ambular del alma como la estrecha senda por donde debe comparecer a la prueba de la vida. Mientras fluye, agua o aire se recrean en el dinamismo que les es consubstancial. Semejante a las palabras de Beethoven (1770-1827), la condición viatoria de la vida huye a la sombra para que vuelva el alba. Salida para el regreso, los gestos del cuerpo dicen espíritu, el adiós insinúa retornos, "surco abierto en el agua/ que el agua desvanece", realidad desrealizada, suma sabiduría de tránsito y promesa.

Emparentada con la poesía de Pedro Prado (1886-1952) en su tonalidad conceptista, se aleja de ésta en la misma medida en que traba amistad con la emanación del misterio animado por Dios. Si el poeta de No más que una rosa interrogaba la calidad mortal y a lo sumo evanescente del espíritu, sin dar con la esperanza de un hogar sin fin,

sintiendo el trastiempo como una incertidumbre o un arcano invencible, Fernando Durán reconcilia la hora y lo eterno, pues el aquí es fugacidad que anuncia culminaciones de tránsitos y sueños. Su poesía es a un tiempo emanación de surtidores como son entes y seres , y también anticipadora de más vida. Su argumento es la confianza. Y de ello no se excluye al expresar el hecho de su futura muerte:

"Un día llegarás, tras vaga espera,  
y, sin que nadie advierta tu venida,  
apagarás la llama de mi vida  
y volverás su página postrera.

Entonces esta mano conmovida  
que alguna vez volvió el amor ligera,  
se quedará , ya inmóvil, extendida,  
como si de fatiga se durmiera.

Nadie habrá que nos sirva de testigo,  
nadie que oiga mi diálogo contigo  
ni haya asistido al inefable encuentro,

pero aquel que examine mi mirada  
sabrás que se ha quedado deslumbrada  
al ver llegar a su alma hasta su centro."

(A mi muerte)

Tampoco queda mudo el ímpetu lírico que al espíritu toca en su presencia de paso o de gesto entre las innúmeras presencias de lo existente. El poeta hace oír las encarnaciones y metamorfosis del espíritu humano que , si en ocasiones consideran límites azorantes, también se regocijan de sus circunstancias, así sean éstas corporales , contemplación de lo bello o untar de regocijo en las fragancias de tiernas plenitudes. Corroboran lo dicho pupila y mano, voz y melodía. Verde o azul: las horas presentidas y las muertas.

Poesía de contemplación y de experiencia íntima, su cotidianeidad vive en la cima del ansia de ser . La expresión de Durán no es espejo que redunde una figura lastimada de menosprecio o soliviantada de autoestima. El poema que escribe y dirige a su consciencia y comparte con los demás carece de carácter especular, en cambio es convivio del ser con lo existente en esas vaharadas nacidas de contracciones y hallazgos por las que habla y suspira la agitación de vivir o por donde se desliza el aliviado resuello de luz en la sombra que la palabra proyecta de seres y de cosas, en su trabajo de otra vez nombrar lo ya dicho con tal de alcanzar núcleo o atisbar secreto de una realidad que se resiste a mostrar todas sus cartas y sus caras. Y a tamaña tarea siéntese invitado el poeta, este poeta,abierto el espíritu en la mirada de lo creado y atento , a la vez, a las resonancias de esa enormidad de mundo en la no menos enorme alma de cuyos viajes y meandros sus poemas son intérpretes destellos.

La entrañable cogitación de esta poesía posee en el ímpetu admirativo de la vida que se rebasa permanentemente en despliegue de insatisfacción gozosa, un acento infrecuente entre nosotros. No es optimismo la razón de ese ánimo jubilar, sino la confianza de ver y de oír en lo creado , ese diálogo de las creaturas suspirantes con el aspirante Creador.Y puesto que todo marcha hacia lo pleno, cada momento se enriquece de la fortaleza que deviene del sentido finalista y trascendente que lo embarga, sentido que, por otra parte, se descubre manifiesto en las demás especies , pero quédale al ser humano la tarea de conquistar su plena aceptación de ello, mientras experimenta el crecimiento sin fin en tanto viaja , zarandeado y paradójal,oculto y revelado,a lo largo del tiempo de su nostalgia. Así lo dice en "Regreso":

"La pupila no ve y a ver se niega  
el alma es evasiva y no se entrega  
y rehusa el amor y huye su encuentro,

pero la voz resuena en nuestra vida  
y a su llamado el alma dividida  
regresa a su unidad y halla su centro."

Si dejamos para el final estas consideraciones en torno de la poesía de Fernando Durán Villarreal no se debe ello a menosprecio alguno hacia ésta que, como puede advertirse en la breve selección que sigue, posee méritos evidentes, sino al carácter de máxima síntesis,propia del formato en que se aloja y fluye, lo que ha parecido ser ella la culminación más adecuada a estas volumen de recuerdo valorativo y de invitación a leer la obra de nuestro autor , escrita con cálido espíritu humanista y alta realización estética.

Citas

- (1) Herencia espiritual de don Fernando Durán V.  
Escuela de Negocios de Valparaíso, 1983, p 7
- (2) Op cit, pág 14
- (3) Enrique Pascal, Op cit, pág 56
- (4) "Pensamiento y obra de Fernando Durán"  
La Unión, Valparaíso, 4 octubre,1959
- (5) Zegers de la Fuente, Roberto  
"Recuerdo de Fernando Durán"  
El Mercurio, Valparaíso, 16 septiembre,1982
- (6) Bascuñán, Homero  
"Fernando Durán V."  
Las Últimas Noticias, 25 enero,1974
- (7) Hernández, Horacio  
"Fernando Durán, una esencia"  
La Estrella, Valparaíso, 15 septiembre,1982
- (8) Durán Fernando  
"¿Existe el hombre?"  
El Mercurio, Santiago,27 enero,1963
- (9) Durán, Fernando  
"Matar el tiempo"  
El Mercurio, Santiago, 23 septiembre,1963
- (10) Durán, Fernando  
"Invención y descontento"  
El Mercurio,santiago, 7 octubre,1962
- (11) Durán,Fernando  
"Muerte para más vida"  
La Unión, Valparaíso, 1 noviembre,1952
- (12) Durán, Fernando  
"Crear y Creer"  
El Mercurio,Santiago, 13 septiembre, 1962
- (13) Scarpa,Roque Esteban  
"Un recuerdo para Fernando Durán"  
La tercera de la Hora,19 septiembre,1982
- (14) "Valor, creación y trascendencia en la crítica literaria"  
En: Poesía y Ensayos. Selección y prólogo del Pbro. Enrique Pascal  
Valparaíso. Ediciones Universitarias, 1985, pág 275
- (15) Alamos, María Teresa  
"Retrato hablado: Fernando Durán"  
El Mercurio, Santiago,27 enero,1974
- (16) Massone, Juan Antonio  
"Fernando Durán Villarreal". Hoja de poesía N.80, Area de comunicaciones de la  
Conferencia Episcopal de Chile, noviembre,1989

I. Meditaciones de Androvar

**La nostalgia**

Este sentimiento azorante de movernos entre realidades que se escapan y huyen veloces y otras que sobrevienen inesperadas y sorpresivas, confiere al existir una condición natatoria, un carácter de flotación o fluctuación en un medio líquido y estremecido por sucesivos oleajes. Se explica, así, que la inseguridad inherente a la vida haya hecho a muchos percibirla como un sueño imaginario, siempre escapando a nuestro afán de asirnos de ella y dejándonos entre los dedos lo que Juan Ramón Jiménez tan bellamente llamó la "forma de su huida". Cuando Calderón sostiene que la "vida es sueño" y Shakespeare añade que estamos hechos de la tela de nuestro propio soñar, no sólo afirman esta condición en cierto modo irreal del vivir, sino que recogen un eco veladamente platónico, en que el existir se aparece como un hecho y, a la vez, como una imagen perfecta y redonda al cual tratamos de hacerlo ceñirse. O sea, nos vivimos tratando de juntar en un solo haz la vida concreta, ondulante y mudadiza entre cuyo oleaje nadamos, y otra vida ideal y sin defecto que sobreponemos al cuerpo siempre imperfecto de lo logrado.

De allí que el fondo del existir esté constituido por una esencial nostalgia, por una emoción cuya raíz tiene algo de venir naciendo y mucho también del regreso. Eso que se entiende por "nostalgia", consiste en el "deseo doloroso de regresar". Pero ¿a dónde podemos querer volver los que siempre nos hallamos de partida, los que estamos sujetos a una existencia viatoria, de peregrinos y caminantes sin descanso? He aquí la ironía dulcemente platonizante que hace de la existencia algo tan poético y henchido de promesas. Anhelamos retornar a un mundo al cual no hemos llegado, en cuyo territorio jamás pusimos el pie, pero algo dentro de nosotros nos asegura y confirma que ese territorio existe, y que debemos bracear, venciendo el oleaje, para llegar hasta él. Buscamos un universo ideal, exento de impurezas y limitaciones, límpido y ardoroso, con algo de cristal y mucho de llama. Llevamos su imagen alma adentro y recorreremos los caminos buscando lo que en ellos no podremos encontrar. Por eso la poesía, las formas artísticas todas, se hallan henchidas de nostalgia y sólo su contacto es capaz de apagar un poco la desazón en medio de la cual vamos viviendo. Un gran filósofo francés, Louis Lavelle, lo comprendió y explicó maravillosamente en una frase inolvidable. "Es desfigurar la naturaleza, dijo, no ver que ella es una figura". Y justamente porque todo en torno nuestro es figura, cosa que alude a otra de la cual es reflejo, nuestro existir posee esa desgarrada y errante condición de ir pasando a través de cuanto nos rodea, como la mano que hiende la fragilidad del aire o rompe la superficie líquida de un orbe que se quiebra con sólo tocarlo.

El Mercurio, Santiago, 30 agosto, 1962

**Leer**

Aquel problema que plantea Pirandello en sus Seis personajes en busca de autor, acerca de cuál es más verdadero, si el hombre de carne y hueso o la creación emanada del poeta o del novelista, encierra el dramático dilema del existir humano. El hombre carnal y temporal nace y muere y se desarrolla en una esfera necesariamente limitada y constreñida. El personaje nace y ya no puede morir, porque quien lo creó supo extraerlo de su ámbito mortal y alzarlo por encima de las contingencias y las frustraciones humanas. La Beatriz del Dante vive y vivirá más que multitud de mujeres, como el Tristán del poema medieval seguirá muriendo, imperecederamente, por la bella y blonda Isolda, de quien la evocación lo ha hecho inseparable. Igual acontece con la pareja vagabunda del Quijote y de Sancho, con la siniestra y endurecida figura de un Macbeth o la indecisa, dubitativa personalidad del filosofante Hamlet.

Por eso leer forma parte del existir y el libro complementa y enriquece la vida. La existencia es esperanza, imagen que ella elabora de sí misma para proyectarla en un ademán que está siempre lanzado hacia el futuro. Más que vivirnos, nos soñamos y lavida se nos pasa entre pugna por soñar lo que seremos y por ser lo que soñamos.

El libro, con su galería de personajes, con las múltiples y ricas formas de vivir, de sentir, de pensar y de ver, que nos ofrece, sobrepones a nuestra existencia real la imagen idealizada e irreal de otras existencias posibles. De allí que, al recorrer sus páginas, al internarnos por las avenidas de sus conflictos, de sus análisis y disquisiciones, la atmósfera que nos rodea sufra un cambio imperceptible. Parece que alguien mágicamente disuelve los muros de la habitación, alza el techo que cierra nuestra mirada, dilata las perspectivas del paisaje hacia el que se dirigen nuestros ojos. Estamos aquí, en este sitio, en este lugar preciso, concreto, pero, al mismo tiempo, nos hallamos muy distantes, en zonas y regiones en las cuales penetramos por primera vez o volvemos a recorrerlas con inédito frescor y amanecida admiración.

El libro acompaña, exalta, enriquece. No es esa simple suma de páginas encuadradas, que se entabren y examinan y luego se cierran para que se olviden. Son esencias de otras vidas que fueron y depositaron en esas páginas la flor mejor de sus anhelos y de sus sueños. Los sentimos amigos, fraternales, ricos de una proximidad prodigiosa. Porque en ellos, como algún día sostuvo líricamente Mallarmé, se encierra la ceniza de ardorosos vuelos humanos y basta con que tomemos uno, cualquiera, entre nuestros dedos, para que las alas se liberten y crucen en bandada por el cielo de nuestro corazón.

El Mercurio, Santiago, 8 noviembre, 1962

### El sacrificio

El universo se encuentra en constante conmoción, en apresurado hacerse a sí mismo. La madera se alegra de convertirse en llama y el fruto se enciende cuando se apaga la flor. El hombre también es un caminante, el peregrino de paso siempre hacia un más allá. Seres y cosas se esfuerzan por romper su límite y por exhalar un oculto aroma o decir el entrañable secreto que los habita y los devora.

Pero esta movilidad no se explicaría si no estuviesen buscando algo que se les ha perdido. Platón llamó reminiscencias a nuestras ideas y el ansia que sentimos de un estado perfecto e ideal, alude al recuerdo de otra época que vivimos y a la que intentamos incesantemente regresar. Y es que el universo dialoga con algo que no es él, pugna por alzarse a estadios superiores y está internamente empujado por un afán de ascender a lo alto, desprendiéndose de lo que lo cierra y lo constriñe.

El Padre Teilhard de Chardin ha explicado el cosmos mediante este impulso de divinización que lo corroe y lo agita, como si llevara en sus entrañas una creatura anhelante a la cual se empeñara en dar a luz. Somos devoradores de absoluto y algo nos avisa que esa plenitud se halla en nosotros y debemos libertarla, desligarla de sus ataduras, para que emprenda el vuelo definitivo.

A este desligamiento que implica la elección entre el hombre adventicio y pasajero que nos oculta y el eterno y definitivo que hemos de descubrir, llamamos sacrificio. Algo debe morir en nuestro interior para que otra forma más perfecta emerja a la realidad: algo tiene que borrarse para que podamos escribir de nuevo y, a veces, es preciso que borremos todo lo escrito para que se revelen los signos que bajo el texto aparente se escondían. Porque sacrificar significa hacer sagrado y este borrarse de la externa escritura puede, a menudo, revelar la imagen perfecta, el poema prodigioso, que llevábamos calladamente adentro.

¿No fue ése, acaso, el destino de Violana, la dulce y trémula heroína de La Anunciación a María, de Paul Claudel? Cuando contrae la lepra por besar, en signo de perdón, al que un día la ofendiera, una mano celeste empieza a borrar de su vida todo lo hasta entonces escrito. Perderá a Jacques, su prometido, despertará el odio implacable de Mara, su hermana, y deberá retirarse de la presencia de los hombres para recluirse en un leprosario. Pero otro ser habrá nacido dentro de ella y, en la aceptación de esta nueva creatura, su existencia quedará transfigurada. Un día Mara irá llevándole su hijo muerto, pidiéndole que lo devuelva a la vida, y Violana, temerosa y apiadada, lo abrigará contra su pecho, para descubrir después que el pequeño ha resucitado, tiene los ojos azules como ella y ostenta en sus diminutos labios una nacarada gota de leche materna.

Es el sacrificio que, tocándola con sus dedos misteriosos y extraterrenos, la ha vuelto sagrada.

El Mercurio, Santiago, 11 abril, 1963

### Viajar

Fue Platón el que, esbozando las líneas de una república ideal, aconsejó que se hiciera viajar a los jóvenes a fin de que, en sus apasionadas correrías por el universo, recogieran las experiencias necesarias para el gobierno de la ciudad. El filósofo tenía razón. No hay mejor medio de enriquecer y aplicar nuestro punto de vista que adoptar el de los demás. En el fondo ¿qué otra cosa es la experiencia sino un viaje sutil hecho en torno a cosas y a personas, gracias al cual volvemos sabiendo lo ajeno y, como consecuencia, lo nuestro? Mirado desde este ángulo sorprendente, el egoísmo se resuelve en un apego absurdo al lugar propio, en una renuncia estéril a las emociones del viaje.

Sólo viaja el que tiene curiosidad, el que concede atención a los otros y sale en su busca para abandonar su reclusión.

Todo viaje implica un renunciamiento a nosotros mismos y una entrega confiada al destino que quieran improvisarnos las circunstancias. Por lo mismo, el que viaja ya en son de aventura, vale decir, en ánimo de aprendizaje. La curiosidad es la madre de las ciencias, como la pereza, su antípoda, es la madre de todos los vicios. Aristóteles hizo del asombro el origen de la filosofía. Le faltó decir que la filosofía es también un viaje: el cruce que hace la inteligencia en busca de la verdad para volver con ella capturada.

Nadie concibe un amor más ardiente a su tierra que el que la mira desde lejos, porqu esa lejanía revela sus encantos y el lugar que ocupan en nuestro corazón. El cotidiano contacto con las mismas cosas nos vela su presencia. Los que viven junto a las cataratas del Niágara no perciben su estruendo. Los que se deslizan en el ábito se internan en un sueño invencible. Se necesita salir de lo que nos rodea, mirarlo como distante y distinto para poder reconocerlo.

La amistad misma, el amor profundo, son un viaje. Paul Morand afirma que amar no es más que ir de un corazón a otro. El espíritu levanta entonces las velas de su nave y zarpa hacia un país prodigioso, mientras el viento tiembla en los cordajes y el cielo se ensancha con una mirada propicia.

El Mercurio, Santiago, 6 abril, 1962

## La avaricia

La gran diferencia entre el ser humano y la simple cosa es que el primero tiene destino libre y consciente y la segunda es mero instrumento, realidad mediatizada que se utiliza para servir al hombre. Pero tener un destino que uno se da a sí propio y lo elabora con plena inteligencia de lo que está haciendo, equivale a ser, en cierto modo, uno su propio fin. La cosa está a nuestro lado, sumisa y quieta, en espera de las órdenes que vamos a darle y que, por su propia naturaleza, tiene que cumplir. Depende de nosotros, cobra su sentido en la medida en que se lo damos al emplearla: en otras palabras, se elva al borde de la condición humana en la medida en que la sirve y le franquea la entrada en el mundo y la realidad.

Hay, sin embargo, quienes invierten el orden. No se sirven de las cosas sino que se ocupan en servir las. Lejos de considerarlas medios, las transforman en fines, las vigilan, las cultivan, porque se sienten sometidos a ellas. Pronto dan un paso definitivo: viven acechándolas, temiendo que en cualquier momento se disipen en el aire y suelten la amarra que las ata a su mano. Porque en el instante en que esas cosas no existiesen, o les fueran ajenas, ya no serían ellos mismos y sentirían obscurecerse su vida, cegarse las únicas fuentes del escaso y triste goce de que se hallan capaces.

Tal es el caso de la avaricia, que no es sólo del dinero, codicia de bienes económicos, sino cegamiento del alma para todo lo que la invite a entreabrirse y a dar alguna parte de sí misma. El dinero para el avaro no es símbolo, moneda que figura idealmente todo lo que con ella se puede hacer o adquirir.

Es, por el contrario, habitación en que el individuo se recluye para no salir, morada donde quiere olvidarse justamente de que existe un universo que se le franquea, ancho y espléndido, para recorrerlo con pie elástico y libre. La moneda tasa y encubre la realidad, volviéndose en su contra y suprimiendo todo su encanto y su poder de sugestión.

El avaro puede serlo todo, incluso de su propio talento o de su saber. En él se ha hecho hábito, naturaleza más fuerte que su ser profundo, el ademán denegatorio, el gesto de rechazo. La mano se alza para alejar, para impedir que los demás se acerquen a ver sus tesoros, que podrían disminuirse con sólo que otros los miraran.

Georges Braque dijo del individuo tecnificado de nuestros días que antes el utensilio prolongaba al hombre, pero que hoy éste es mera prolongación del utensilio. Con la avaricia pasa igual: el individuo se vuelve cosa y termina en los límites de ella, sin horizonte, ilusión ni libertad.

El Mercurio, Santiago, 10 enero, 1963

## Las edades

Es apasionante la lucha que el hombre libra para descubrir el universo y encontrarse a sí mismo, no obstante las limitaciones con que tropieza. No puede ver físicamente los objetos sino a través de enfoques parciales: lo que está delante oculta lo que se halla detrás, la visión de arriba suprime la de la base. Como se ha dicho certeramente, ver es tanto mirar como imaginar. La cosa resulta creada por el ojo tanto como por el espíritu, que lo utiliza a manera de una cámara cinematográfica que explora la realidad. Igual acontece con el conocimiento. No entendemos sin descomponer el objeto a través del análisis que lo desintegra y sin recomponerlo mediante la síntesis que combina y asocia todos los elementos. Procedemos del todo al detalle y del detalle retornamos, nuevamente, al total.

Algo extraordinariamente semejante acontece con la vida humana y su despliegue en el tiempo. De la misma manera que la pupila y el espíritu requieren atacar las cosas en sucesivos y opuestos enfoques, para sólo así capturar una visión unitaria y unitiva, el hombre debe ir viviéndose a sí propio en una experiencia que cruza por sorprendentes alternativas. El día se abre con el amanecer; llega, mediada la mañana, a la transparente luz que luego se transformará en mediodía; comienza a declinar cuando el sol deshace su peregrinaje y, por fin, concluye en la noche en que la opacidad de la atmósfera permite que se revelen las estrellas. La infancia tiene también una indecisión matinal, a la que se engarza la transparencia adolescente, hasta el instante en que el sol de la existencia apunta a la plenitud de su mediodía, para declinar en una nueva penumbra vespertina y apagarse, finalmente, en la sombra de la ancianidad.

Porque las edades son como las estaciones terrestres, en que la naturaleza prepara su inmenso ciclo. Debe, por tanto, comenzar por las vacilantes notas iniciales, henchidas de gérmenes, en que se preludian las densas floraciones, se perfilan los frutos y se logran las cosechas. Gracias a este cambiante y enriquecido enfoque, el hombre asiste al universo y se asocia, rítmicamente, a él. Lo entiende, lo vive y lo explica, y se hace naturaleza para emerger más allá de la naturaleza.

En el principio era el Verbo. Sí, porque en el principio era también el ritmo, que es musicalidad asomada ya al borde de la palabra.

El Mercurio, Santiago, 16 enero, 1964

## La insolencia

Nuestra vida oscila entre el hábito y la invención, entre la costumbre y el descubrimiento. Para mantener el alma en vilo y hacerla capaz de inventiva y creación, hay que conservarla alerta, empujándola hacia lo insólito e inesperado. Por lo mismo, es indispensable derramar en su entraña un cierto grado de insolencia, de desafío y de reto. Porque la insolencia es la frecuentación de lo insólito, de lo desacomodado, en una palabra, de la sorpresa. No hacer siempre igual cosa, erguirse en actitud de resistencia, implica un afán de vivir y acusa la presencia de una fuerza capaz de romper el cerco agobiante de la circunstancia adormecedora.

Lo sólito es, en efecto, aquello que suele o acostumbra hacerse. Dicho de otro modo, representa el peligro del anquilosamiento en lo habitual, la amenaza de la petrificación en un mundo carcelero que nos rodea. Con expresión novedosa, y, en consecuencia, poética, Julián Marías ha propiciado la adopción del vocablo "solencia". Esta solencia vendría a ser lo que habitualmente se hace y, por su propio impulso, se convierte en un soler hacerlo. A la inversa, la "insolencia" significa lo desafiante, la actitud que toma la vida como el torero afronta a la bestia que lo acosa y se encara con ella, sin hurtarle el cuerpo, antes ciñéndolo en ágil y elegante esguince que prevé y burla los torpes movimientos del animal.

De ordinario reservamos la expresión insolencia sólo para el gesto que ofende o agrede insultantemente a otro. Bien mirada, dicha actitud es más positiva que la fuga cobarde o la prudente escapada. El insolente desafía porque quiere apoyarse en alguien que le resista y, si es el mismo un ser insignificante, a menudo buscará en ese reto la manera de trocar su vacío por el lleno de una protesta. Acaso en muchas conductas desafiantes se hace patente lo que el quevedesco José Bergamín dijo alguna vez de ciertos personajes: son extravagantes, retadores del medio, porque con ello distraen la atención e impiden que reparen en la tremenda oquedad que los habita.

Pero existe la otra insolencia: la creadora y fecunda. Esa que se forja a menudo en la soledad y sale al ruedo del existir en son de destruir vetustas ruinas, acartonadas costumbres. Erguida como algo insólito, arroja sobre la cara del mundo un ancho viento renovador y arranca todas las hojas marchitas, para dejar al árbol desnudo, altivo y dispuesto a esperar una nueva primavera.

El Mercurio, Santiago, 23 agosto, 1962

## Misión

El hombre es en su intimidad un mensajero, un portador de noticias. Por eso piensa, habla, siente, y en todas estas manifestaciones esboza ya el intento de comunicar lo que ve y lo que conoce a los demás. La verdad que entendemos o la belleza que descubrimos no nos pertenecen. Las hemos encontrado en algún sitio donde preexistían y estaban esperándonos. Callarlas sería absurdo y casi delictuoso. Implicaría apropiarse de un bien ajeno y negar a sus dueños el derecho y la posibilidad de disfrutarlo.

Por lo mismo, nuestro existir no consiente la inmovilidad ni el silencio. Es indispensable que actuemos, que expresemos nuestro pensamiento y nuestras experiencias, y que los dirijamos a otros seres como nosotros. La conexión a que está destinado el mundo deben establecerla los hombres. El científico no se guarda sus descubrimientos; tampoco el filósofo o el artista, porque ellos empiezan por desbordarlos y concluyen por alcanzar, a su través, a otros espíritus que los buscan y los necesitan.

La verdad y la belleza tienen, en consecuencia, que ser reexpedidas por quien las captura y, a su vez, llegadas a las puertas de otras almas, éstas deben admitirlas. Admitir, en efecto, es acoger, escuchar, recibir lo que se nos envía. El que se resiste incurre en una dimisión, porque abandona su deber humano e interrumpe y silencia el coloquio de la creación, negándose a propagar un secreto de que se le hace depositario para que lo extienda y difunda.

Ahora bien, una condición misionera del existir humano supone la apertura de éste para que el mundo lo penetre y circule a través suyo. Una nota musical que, dentro de la textura sinfónica, no da acogida a las que preceden y no continúa a las que la prosiguen, no sólo destruye la obra sino que se aniquila a sí misma. Hemos nacido para servir de intermediarios y de mensajeros: no tenemos posibilidad de excluirnos de este encargo y de cerrar la puerta a un cosmos que necesita que vayamos continuándolo y ensanchándolo.

En una obra del escritor Jerome K. Jerome aparece un personaje desconocido que ingresa a vivir en una casa de huéspedes. Casi no se le escucha ni advierte, pero muy pronto todos sienten sus vidas transformadas. Un influjo benéfico se esparce de alma en alma, despertando sus nobles propósitos, destruyendo sus bajas intenciones. Casi no actúa, limitándose a estar allí. Su misión es una transmisión. Eleva un invisible espejo ante cada rostro, le muestra una imagen deificada y le entrega un modelo que hacer suyo. Uno tras otro, los habitantes de la casa empiezan a amar esa imagen y a anunciarla como un ideal que los solicita. Porque esa imagen los envía a ellos mismos y les revela su fugitiva condición misionera.

El Mercurio, Santiago, 24 octubre, 1963

## La verdad

Las cosas que están a nuestro alcance pueden ser capturadas y entendidas por nuestra inteligencia. Esa captura o comprensión establece una igualdad entre lo que caracteriza a la cosa y lo que existe en nuestra mente, que se

llama verdad. En resumen, el conocimiento es verdadero cuando efectivamente refleja el objeto conocido y se lo dice, sin deformación, a sí mismo.

Pero también hay otra forma de verdad, ésta reside propiamente en las cosas. Del mineral que examino, de la flor que analizo, de la actitud en que se manifiesta el ser de una persona, puedo decir también que son verdaderos. El verdadero oro, la verdadera rosa, son aquellos que comprueban a la inteligencia su efectiva realidad de tales. El falso oro o la falsa rosa son los que aparentan una realidad, pero, bien examinados, no la contienen y, en cierta manera, la simulan. La actitud humana que exterioriza la auténtica intimidad, mostrando el fondo entrañable del ser, es en este sentido verdadera. Cuando se presenta en forma opuesa o encubre su efectiva intención o propósito, es engañosa y falsa.

La falacia, el engaño, consisten en esa adulteración del propio ser, que se echa sobre el rostro una máscara y se empeña por hacerla circular como real. Pretende engañar al otro, desorientándolo, haciendo que su conducta escoja como base lo que el falaz trata de hacerle creer. Pero, inevitablemente, se engaña también el que se parapeta tras el disfraz, porque utiliza un postizo rostro físico o espiritual y falsea su propia personalidad. Por eso la etimología, siempre certera y definitiva, formó la palabra engaño con la unión de dos fonemas que, en substancia, vienen a decir que no se gana, que se pierde siempre en la falsedad.

¿De dónde viene esta necesidad, este afán tan hondo de verdad, que el hombre experimenta? De una raíz metafísica profunda, que le exige la realización total de su persona. Nadie puede ser él mismo si no se acrecienta en la verdad y despliega, por tanto, su existir completo. El que simula deja de ser en la medida en que coloca sobre su persona otro ente supuesto y artificioso. El que sufre la simulación ajena va interceptando su existir, que anhelaba desplegarse confiadamente, por la artera maniobra de un semejante.

En la raíz del universo y del hombre está la verdad, es decir, la necesaria coincidencia, inteligente y libre, del individuo con el mundo, con sus semejantes y, a través de ellos, consigo mismo. Las cosas fueron creadas, como apunta la frase platónica, para vivir en divina conexión. La falsedad, la traición a la verdad, destruyen esta conexión y nos ofrecen un cosmos fracturado, reducido a escombros, en que el ser humano vaga como el sobreviviente de una inmensa catástrofe.

El Mercurio, Santiago, 10 octubre, 1963

### **La claridad**

La estancia está oscura y no se ven los objetos que hay dentro de ella. Si abrimos la ventana, la luz penetra en instantáneas ondas y dibuja el perfil de cada cosa. Lo antes invisible se hace súbitamente visible, pasa a existir y penetra en la esfera de nuestra vida permitiendo organizarla en relación con él. La claridad ha introducido su mano distra y animadora y ha despertado lo que estaba adormecido y secreto.

He aquí un problema matemático, filosófico, económico. Una persona lo examina, lo analiza, percibe algunos de sus aspectos, pero otros se le escapan. Alguien llega y lo explica, tornándolo transparente, diáfano, inteligible. Sutiles puentes mentales se tienden entre datos que parecían inconexos y demuestran su íntima correlación. Se ha dicho también la claridad y la bruma de lo incógnito se ha disipado.

Leemos o escuchamos un poema o una obra musical. El que repite las palabras henchidas de sentido o de ritmo o el que ejecuta la partitura vacila, tropieza, omite algunas breves, rápidas partes. Frases o acordes determinados no son lúcidamente perceptibles y huyen, evadiéndose en insaprehensible carrera. Pero, de pronto, una voz segura o una mano diestra asume la interpretación y dibuja acabadamente sus diversos aspectos, sus metáforas, ritmos o sonoridades, como quien teje una túnica leve y a la vez perfecta.

Es la victoria de la claridad que, sin variar la realidad de los objetos, les añade algo que no está en ellos pero sin lo cual no se advertirían: la luz, el resplandor que cada ser requiere para dar cuenta de su existencia y ofrendarla a la mirada de los demás.

No nos engañemos, sin embargo. La luz misma no es visible sino que se sobrepone a las cosas para que puedan ser vistas. No le es dable ver al que sufre de ceguera o al que mira distraidamente lo que tiene delante. El problema científico o la obra artística exige de quien las contempla no sólo posibilidad sino aptitud, claridad interior para apoderarse de la claridad que mana de los datos, de las líneas, de las palabras o los sonidos. Sin una pupila capaz de registrarla, la belleza entera del mundo yace silenciosa y olvidada.

Goethe pidió en su hora final: "Luz, más luz". Entiéndase como el deseo de disipar la sombra que apagaba sus pupilas o como el anhelo de anonadarse en la plenitud infinita, fue un llamado a la claridad y un reconocimiento de que ésta exige internamente el afán de vencer la propia inercia y perderse en lo absoluto.

El Mercurio, Santiago, 31 octubre, 1963

### **La distracción**

Arquímedes, saltando desnudo del baño y corriendo por las calles en la embriaguez de su descubrimiento, no estaba fuera de sí. Se hallaba, a la inversa, tan ensimismado, tan ocupado por su hallazgo científico, que no podía advertir nada de lo que lo rodeaba. Ni siquiera la extraña desnudez de su figura o el hecho de que esa falta de indumentaria no fuese la más adecuada para exhibirse ante los demás.

No era, por tanto, el profesor distraído, el "absent minded" de las historias británicas. Su aparente distracción consistía en una oculta concentración que no conseguía apartarse o alejarse del descubrimiento que acababa de hacer. Cuando el espíritu se encierra violentamente en algo, todo lo que no caiga dentro de la esfera de ese objeto pasa inadvertido. Una labor que ocupa intensamente una vida es capaz de mantenerla en vilo a través de todos los obstáculos y adversidades. Guyau, el filósofo francés hoy olvidado, soportó una mortal enfermedad hasta terminar una obra que estaba escribiendo. Concluida ésta, desaparecido el motivo que concentraba sus fuerzas, el mal vio despejado el camino y concluyó con su víctima.

Al lado de estas distracciones, que son polarizaciones absorbentes de la atención, existen las otras, las que desparraman el ser vacante en ese alegre y fluido abandono en que consiste la diversión. También el espíritu se fatiga de exigirse una tensa presencia en el foco de un asunto o una actividad. La rigidez que esa atención reclama da paso, ida ya la causa, a un relajamiento, a una suave y agradable flojedad que permite a los músculos del alma recuperar su elástica condición para el nuevo esfuerzo.

La moderna filosofía considera el juego como algo serio y trascendente. Frente al trabajo excesivo y enajenante es indispensable la libertad en que el espíritu puede inventar una actividad gratuita, desinteresada y, por lo mismo, jubilosa. Eugenio D Ors propugnó el ejemplar del hombre que "trabaja y juega" y Romano Guardini mostró que dentro de "la profunda seriedad de la liturgia" cabía también una dimensión lúdica, de juego confiado y regocijante. La exigencia insistente de lo que determinadas circunstancias nos compelen a hacer requiere ese otro instante en que es posible regresar a un como momento inicial de la creación. El mundo parece surgir frescamente de nuestra alma, los relojes se hallan detenidos y el tiempo se disuelve, esfumándose, en un presente inacabable.

El Mercurio, Santiago, 7 noviembre, 1963

### Lo inefable

¿Vemos las cosas porque existen o existen ellas porque las vemos? Lejos de querer deslizarnos en la metafísica, sólo pretendemos aludir a esa sutil relación de nuestro espíritu con la realidad, que hace que ésta se nos descubra en la medida precisa en que la anticipamos. El hombre de ciencia percibe en la naturaleza aspectos que el simple vagabundo, por mucho que haya recorrido bosques y caminos, jamás ha imaginado. El poeta desentraña en el ruido de las hojas, en el torbellino vacilante del viento o en el monólogo del agua, rumores que los demás no imaginan. El rostro de la amada posee para el enamorado un lenguaje que no podría encontrar en otro alguno, y el que ha cruzado por un gran sufrimiento sólo necesita una mirada para divinar el dolor que habita en otra alma. Resulta evidente, por tanto, que la vida es como una especie de recuerdo o reminiscencia, en que las porciones de realidad que se nos entregan vienen a ser corroboraciones de lo que andábamos buscando. De este modo, conocer es en alguna forma reconocer, y al eco platónico de esta frase responde, condistancia de siglos, la pascaliana frase del "no me buscarías si no me hubieras encontrado".

Es claro que cuando hemos soñado mucho, el encuentro con nuestro sueño es superior a todo concepto y ahoga, con su delicado y turbador peso, las expresiones con que querríamos describirlo. Sólo se puede hablar de lo que guarda con nosotros alguna distancia. Lo que nos coge tan adentro que se confunde con nuestra propia raíz nos fuerza a la mudez y nos impone silencio. Para esa maravillosa catástrofe se inventó la palabra "inefable". Y eso le ocurrió al pastor del apólogo de Oscar Wilde. Todos los días iba al campo con sus ovejas y, al regresar por la tarde, describía a los otros pastores el prodigio de su jornada. Había corrido por las praderas, bebido en las fuentes y, allí en un claro del bosque, se le habían aparecido las hadas. Eran hermosas, gráciles, llenas de inteligencia, de dulzura, de suavidad. Conversar con ellas era sentir deslizarse el tiempo sin advertirlo, hallarse cara a cara con el sueño y salirse trémulamente de la vida. Pero un día vio efectivamente a las hadas y percibió sus cuerpos esbeltos y danzantes, erguidos en un prado, quebrándose en la luz y en la transparencia del aire. Y esa noche, cuando sus compañeros le preguntaron anhelantes: "Dinos, dinos ¿viste hoy a las hadas?", el pastor bajó la cabeza, aplastada por la mano de una visión inenarrable, y contestó simplemente: "No, hoy día no he visto nada".

El Mercurio, Santiago, 19 abril, 1962

### Perdonar

De entre los seres que nos rodean, hay algunos que se adelantan hacia nosotros y adquieren el poder de darnos o quitarnos la felicidad. Nos la entregan con su amor y su compañía, nos despojan de ella con su hostilidad o su indiferencia. A veces pretendemos amurallarnos contra su influjo, construir laboriosamente una autonomía que nos defienda. Rara vez lo logramos, y, cuando lo conseguimos, es porque hemos hecho morir una parte esencial de nosotros.

Pero el gesto o la actitud hostil que nos hieren, la conducta que nos clava adentro su huella y nos altera o modifica no debe convertirse, a su vez, en la hostilidad nuestra, en la enconada y contraída actitud que trata de hacer de nosotros, a su vez, una aguda punta que rasgue el alma que nos ofendió.

Pensemos que también los otros seres dejan de ser, a menudo, ellos mismos, y que en el ademán que nos duele o en el desvío que nos entristece, hay una parte considerable que no les pertenece. El que haya vivido un poco, sabe

hasta qué punto los hombres luchan y batallan por ser realmente ellos, por alzarse hasta ese esquema que cada uno lleva dentro de sí y que constantemente se nos escapa de entre las manos. Amar a un ser es entrever en él ese núcleo entrañable que puede desenvolver si lo ayudamos, advertir que debajo de sus contradictorias, angustiosas apariencias, se libra un combate en el que podemos prestarle auxilio. Y a menudo lo que lo hace herir, es la herida que él mismo siente sangrar en su interior. Todo verdadero amor erige un ser ideal al lado del ser real e impulsa a este último a que sea definitivamente. Hamlet fue un indeciso porque le faltó el gran amor que lo sacase de la oscilación titubeante en que se perdía. El caballero Des Grieux sufría las infidelidades y la inconstancia de Manón, porque sabía, con esa certidumbre que da el amor, que bajo las apariencias de su veleidad, latía otra mujer capaz de perennidad y de permanencia. Es necesario que aprendamos no sólo a amar sino también a perdonar. Es indispensable que sobre el ser querido tejamos la túnica que lo defiende y lo vuelva a su propio centro. El verdadero perdón no consiste en decirle al que nos ofende o nos hiere: "Te perdono porque estoy por encima de tu miseria y olvido la caída en que mostraste lo que verdaderamente eres." Consiste, por el contrario, en decirle, como señala el filósofo Alain: "Te perdono porque sé que no eres así".

El Mercurio, Santiago, 21 junio, 1962

### La vocación

No es verdad que el mundo esté silencioso y quieto a nuestra alrededor. Por el contrario, nos habla con insistencia y exaltación, pidiendo que lo oigamos, lo que da penetrante y delicada razón a Walter Pater, cuando afirma que la vida "es una forma de escuchar".

Pero hay un modo especial de percibir lo que el mundo nos propone o solicita. Es la vocación. De todos los hombres posibles que llevamos dentro, existe uno esencial, insustituible, que no podemos dejar de ser sin que nuestra vida se frustre o nuestro destino se apague y malogre. Algunos no se preocupan de identificarlo o lo descuidan tanto que les da lo mismo ser Hamlet o Shylock, Melisanda o Celestina. Sinclair Lewis trazó magníficamente la figura del que es y, sin embargo, no existe del que tiene figura de individuo y psicología de cosa. Lo llamó Babbit y creó el personaje de la despersonalización.

Otros, en cambio, sienten surgir su yo, ya sea al alba de la vida o en la madurez, como un guía interior que les indica la ciudad a donde se dirigen y el camino que a ella conduce. Porque vocación es llamado, convocatoria que se nos hace para ser auténticamente nosotros y no desvanecernos en la vacuidad de lo amorfo.

Mozart y Beethoven no pudieron ser alejados de la música, ni siquiera por la tosca rudeza paterna, que los uncía al instrumento a la edad en que otros juegan, alborotan y ríen. Michelson despertó a su vocación de físico siendo marino, actividad que abandonó para entregarse a la investigación pura. Gauguin fue, a la inversa, pintor en la madurez y, para serlo, partió un día a la Polinesia, dejando atrás carrera, hogar y familia.

Lo irresistible de la vocación es su mezcla de mandato y de libertad, de imposición y de goce alado con que la aceptamos. La imagen que de nosotros mismos se nos pone delante no nos consiente otra opción, porque es la proyección ideal del más íntimo sueño.

La vocación irrealizable puede conducir al sacrificio de la vida por quitar a ésta toda justificación y sentido. Tal ocurre en la patética historia de Somerset Maugham sobre el muchacho que anhelaba ser pianista, contra la oposición de sus padres. Cuando éstos consienten, condicionando su conformidad a que una concertista eminente lo escuche y reconozca apto, el examen le es adverso. Entonces, el adolescente, confrontado con las imposibilidad de ser él mismo, de unirse a ese yo trémulo que aspira a poseer, sube calladamente a su cuarto y se atraviesa la sien.

El Mercurio, Santiago, 29 noviembre, 1962

### Recordar

La efímera condición humana, deshecha en el tiempo como el pliegue de una vestidura, se recupera a sí misma y se proyecta sin fisuras en el fluido puente de la memoria. Esa sucesión de estares en que consiste la vida, se disolvería en fugaz inconsistencia, sin dejar huella de su fluir, si el recuerdo no viniese a conferir unidad y a tejer lo que ha sido con lo que sigue siendo. Por la misma razón Leibniz señalaba que si el espíritu estuviese circunscrito a un puro presente, disipado junto con pasar, no existiría como tal. Sólo la resurrección permanente de nosotros en nosotros, a través del recuerdo, mantiene la lúcida continuidad del yo. En lugar del grito cartesiano, que identificaba razón con existir, deberíamos exclamar: "Recuerdo, luego existo".

Recordar sugiere, en consecuencia, múltiples maneras de ser. Desde luego, no es sólo traer a la memoria un fragmento de nuestro yo, arrastrado por el tránsito del vivir, sino que es también despertar al que se halla dormido y volverlo a la conciencia de sí propio. Pero, ¿quién recuerda en nosotros? Montaigne decía que teníamos un alma indulgente, flexible, capaz de replegarse sobre ella misma, atendiendo y esperando. Esta alma escoge entre las cosas que le acontecen, rechazando algunas o apropiándose otras. Semejante elección no la hace nuestra inteligencia ni es fruto de un saber teórico. Por eso nos equivocamos si creyésemos que en el acto de recordar hay algo deliberado y decisorio.

Lo que ocurre es que es nuestro corazón el que recuerda ,porque él es quien vive y, en consecuencia, goza o padece. Recordar, por tanto, consiste en extraer de su interior lo que allí se deposita , regresar a las cosas fugadas en la medida en que no se fugaron, esto es, permanecieron alojadas y mudas en nuestra intimidad. De esta manera, vivir es ir psando, pero recordar consiste en ir repasando lo que el tiempo pareció aventar con su carrera. Resulta, así, el recuerdo una dimensión salvadora de nuestra huidiza existencia y un antricipio o presentimiento de nuestra eternidad. La pequeña y frágil víscera, que lanza continuas oleadas dulces o tristes de lo que el tiempo fue disipando. No sólo escapamos a lo que tenemos de negación de ser, sino que nos enseñoreamos de nuestro pasado, recorriendo sus estancias y asomándonos a sus ventanales para observar el paisaje que repentinamente se reverdece.

El Sosías de la vieja farsa griega de "Anfitrión" decía que "cuando se palpaba y se recordaba", tenía conciencia de ser él mismo. El sitio en que nos palpamos es aquel en que podemos encontrarnos con la totalidad de lo que somos, o sea, aquel en que la vida nos dio sus toques de congoja o regocijo: o sea, ese corazón que remonta su pasado y lo despliega indestructible y palpitante, en ese latido que se llama recuerdo.

El Mercurio, Santiago, 6 septiembre, 1962

## II. Chile: avatares de una convivencia

La patria, deber y esperanza

Definir la patria es como intentar definir lo que es uno mismo. Late dentro de ella una urdimbre tan compleja y rica de sentimientos, recuerdos, esperanzas, que su conjunto viene a ser, a la vez, una historia y un programa. En tal sentido, la patria se halla constituida por lo que ha sido su pasado, pero también se sitúa en un presente que implica gestos y ademanes hacia el porvenir. No hay ninguna nación que no junte el hecho de ser la tierra donde se ha crecido con la emoción futura de lo que cada cual, y todos en el haz del país, proyectan hacer en el mañana.

El recuerdo enorme que nos traen estos ciento cincuenta y dos años de vida independiente, proyecta su luz sobre nuestras almas y las enciende en la vibración de lo que un día la hizo posible y dispuso su nacimiento a la libertad. Pero, al lado de las figuras próceres, que viven en la veneración de todos nosotros y nos muestran una enseñanza inolvidable, hay también todo lo que esta patria nos ofrece como posibilidad futura y como esperanza por cumplir. Un gran pensador decía que a la patria no se la debe amar tal como es, entiendo por ello su estado de un momento específico, o sea, la mezcla confusa de sus cualidades y defectos. Debe amársela, subrayaba, tal como debe ser, o sea, el amor patrio necesita ser trascendente.

La trascendencia del amor patrio significa, pues, un mirarla más allá del presente circunstancial y estrecho y un adelantarla en el porvenir, ensanchando sus horizontes y enriqueciendo sus potencialidades. En tal amor no cabe conformidad sino recio y exigente inconformismo, que exige y se exige en todo instante una energía y una violencia creadoras, capaces de todos los milagros.

De allí que el amor patrio, entendido en una forma puramente recordatoria, como vuelta del torso hacia el ayer, para sumirse en una contemplación arrobada pero inactiva, sea sólo una manera de desprenderse de la patria y de acariciarla o sentirla como una imagen inerte de ella misma. El amor auténtico hacia la patria es sentirla latir dentro del espíritu como una entraña palpitante, como una tarea inconclusa y que es urgente y premioso concluir. Por consiguiente, en esa emoción tiembla una inquietud anhelante, que revisa y rectifica la tarea cotidiana y pule el resultado que a cada minuto aparece obteniéndose. La vigilia que esta emoción supone obliga a mantener el alma alerta, la inteligencia dispuesta a las nuevas obligaciones y la voluntad tensa en una especie de milicia que nunca relaja su disciplina.

Si a la altura de estos días contemplamos a Chile y observamos lo que es y su vinculación con lo que ha sido, tendremos que palpar un horizonte en el que se reflejan invitantes una multitud de virtudes tradicionales que debemos conservar, al propio tiempo que se iluminan numerosos errores o abandonos que es indispensable rectificar.

Nos enorgullecemos de ser una democracia, y mientras más miramos el contorno de América, más claramente vemos que esta forma de organización política y social que poseemos entraña una diferencia de siglos con quines nos rodean. Y decimos de siglos, porque la práctica de las libertades, el mantenimiento de las instituciones, el respeto a la ley, la convivencia magnificante confiada y abierta de toda la ciudadanía, corresponde a un país europeo más que a una nación de este aislado y remoto rincón americano. Todo esto ha sido posible porque desde los libertadores de la patria hasta sus más destacados gobernantes, ha subsistido la convicción de que un país en forma consiste en una tierra que decide, en libre y continuado diálogo, lo que tiene que hacer y confía a sus dirigentes la tarea de guiarlos hacia su realización.

La llamada tradición portaliana sigue manteniendo la estructura vital del país, en que la colectividad siente estar colocada y apoyada dentro de un régimen que otorga a cada cual la posibilidad de expresarse tal como es, de desarrollar y promover sus iniciativas, pero también de influir en la designación de los que deben gobernarlo y hacerles llegar, exento de restricciones e inhibiciones, su juicio laudatorio o crítico. La prensa chilena y los órganos de opinión en general, la franqueza con que es posible hablar o reunirse, el debate constante sobre problemas nacionales y sus soluciones, dentro del Parlamento, o en el seno de los partidos políticos, crean una atmósfera en que la libertad puede manifestarse con toda amplitud. Pero, a la vez, la existencia de un régimen jurídico que marca

a cada poder su esfera y, simultáneamente los pone en contacto con los gobernados, mantiene un equilibrio insubstituible entre todos los elementos que integran el ser de una nación. Pero la democracia no existe sola, no es algo material que se encuentre hecho y definitivamente cuajado. Por el contrario, es un constante hacerse, una oscilación de conceptos, de ideas, de sugerencias y decisiones, que requieren ante todo el propio despertar de la conciencia individual. Si los ciudadanos no sienten a su propio país como un deber y una obligación, si ese sentir no se comunica a las agrupaciones políticas y, en fin, si desde éstas no se eleva apremiantemente hacia las esferas de los poderes públicos, una nación es más un nombre que una realidad.

La democracia chilena atraviesa, como todas las del mundo, por una crisis de adaptación y de crecimiento. El mundo se ha dilatado, sus fronteras se han reducido, las técnicas han transformado las condiciones generales y particulares de vida. Hay problemas angustiosos y complicados que resolver, fórmulas difíciles y arduas que buscar para que surja la ecuación que promueva el bienestar colectivo y estimule y enriquezca el esfuerzo individual. Nada de esto es posible obtenerlo acomodándose en una soledad abdicante o parapetándose detrás de una barricada de lucha. Sentir la emoción de la patria es experimentarla como la gran tarea inejecutada como la enorme obligación por cumplir y, en consecuencia, como el deber supremo de unión para que la faena se logre y el progreso de todos y de cada uno cuaje en soluciones ejemplares.

Es bello y necesario en estos días mirar hacia atrás, sentir cómo la historia hincha sus velas con el viento de la gloria y de la grandeza pasada. Pero es indispensable añadir a esa imagen la de una patria constantemente urgida a rehacerse, necesitada de mantener sus grandes líneas directrices y de hacer caber en ellas la respuesta a los supremos interrogantes del tiempo. Y esta última parte es responsabilidad de cada uno de nosotros, cualquiera que sea el sitio en que nos encontremos, porque si la patria nos pertenece es mucho más cierto que somos nosotros quienes pertenecemos a ella.

El Mercurio, Santiago, 16 septiembre, 1962

### **País sin alegría...**

No somos un país alegre, pero tampoco hay razón alguna para que nos sintamos tristes. La alegría se lleva en el alma, como una luz que se transparenta en el rostro, en los gestos, en las actitudes y las palabras. Si a maneudo la expresión de nuestros ojos es mustia y en labios todavía juveniles se dibuja un rictus de amargura, es porque no sabemos mirar la vida con claridad ni tenemos la fortaleza de confiar en ella o en nosotros mismos.

Chile es, a pesar de todos los males de que nos quejamos, un país encantador y lleno de posibilidades. Tiene un clima magnífico, en el cual pueden encontrarse desde los soles caniculares del norte, hasta los fríos boreales del sur. Y en el centro, en este centro donde vivimos nosotros, la naturaleza es de una suavidad deliciosa y embriagadora.

Esa naturaleza chilena, que nos brinda pampas desérticas en Tarapacá, Antofagasta y Atacama, bosques espesos en los confines australes y cielos limpios y transparentes en nuestros alrededores, es también pródiga en beneficios. Mientras en dos o tres continentes, la alimentación es hoy una angustia y un problema, nosotros podemos regalarnos con abundantes y agradables comidas. El trabajo no exige sacrificios extraordinarios, ni la lucha por la existencia tiene la dureza que en otros sitios del mundo.

Todavía tenemos otras ventajas. Nuestro carácter es asequible y generoso. Ni aun en las luchas políticas somos violentos, pues una especie de ligero escepticismo nos hace un poco desconfiados respecto de nuestras verdades y un poco creyentes en la verdad del vecino.

¿Por qué no somos, entonces, una nación alegre, optimista, impregnada de fe y de confianza en sí misma y en su destino?

Simplemente porque nos encerramos en nosotros y no sabemos contagiarnos con lo que nos rodea. Porque en lugar de recibir con regocijo lo que la vida nos da, volvemos la cara esperando algo que no puede venir.

El optimismo no es una tontería. Es absurdo creer que el optimista es un hombre dispuesto a entusiasmarse con cualquier cosa, o que debe parecerse al campesino que se queda boquiabierto en su primera visita a la ciudad. El optimismo es una actitud ante la vida que consiste en esperar de ella lo que realmente la vida promete y no lo que nuestra imaginación disparatada pretende arrancarle.

Hay optimismo en sembrar la tierra y en tener fe en que, trabajándola, será fecunda y nos recompensará nuestros sacrificios. Pero hay tontería en creer que ella dará frutos sola y que es más inteligente dormirse a la sombra del árbol que curvar la espalda bajo el ardor del sol.

Y ese optimismo nos falta: el de la acción y el del premio del esfuerzo.

Mucha de nuestra gente se amarga y entristece porque la vida no comienza dándole los premios antes de ganarlos. Le duele el éxito del vecino, lo fatiga la extensión de los senderos, lo deprime el tener que esperar... y luchar esperando.

Pero podría volvernó confiadó y optimistas la reflexión de que, como hombres, somos seres de la naturaleza y no podemos escapar a sus reconfortantes leyes. Para llegar al fruto tenemos que empezar en la semilla, romperla bajo tierra, transformarla después en arbusto, y sólo más tarde, cuando llegue la flor, sentir cercana la hora de aquel fruto.

Y esto es Chile. Semilla que no tiene paciencia para que la trabajen los soles y las lluvias, ni quiere pasar por la sombra y el silencio de la germinación.

De allí que no seamos alegres, pudiendo serlo, y de que a veces antes de los treinta años tengamos amargura, en el

alma, gesto de cansancio en los labios y velo de melancolía-de melancolía sin experiencias-en los ojos turbios y apagados...

La Unión, Valparaíso, 28 mayo,1946

### **El derecho a la honra**

Hay una enfermedad en un sector del periodismo nuestro, que cada cierto tiempo muestra sus brotes repugnantes. Es el afán morboso de sensacionalismo. Con tal de dar una noticia que estremezca los nervios del lector, que golpee violentamente su sensibilidad, algunas plumas no vacilan ante nada. Si esa noticia se relaciona con un personaje de alta figuración, conalguien que ocupe un lugar destacado, la información se escribe a tambor batiente y se publica con profusión de retratos y detalles.

Alguna deformación psicológica, que no podemos cargar al oficio, pues en éste hay muchos que lo ejercen noblemente, les hace creer, acaso, que su deber es informar a toda costa y a cualquier precio. Las personas, su vida entera, su respetabilidad ganada, afuerza de rectitud e idealismo, no mercen ninguna consideración. Ante la noticia rica en escándalo, ni siquiera se cree prudente averiguar con acuciosidad los detalles y establecer lo que tras ellos, en el primer momento, aparece oculto y puede encubrir una realidad muy distinta de la que se ve en la superficie. No. La noticia es lo primero de todo. Así como el investigador en su laboratorio despedaza cuyes y conejos para el éxito de sus investigaciones, ciertos "fabricantes de noticias" consideran a los seres humanos como simple material informativo, del cual se puede hacer el uso que se quiera.

Y, sin embargo, si a algo está ligada la misión periodística, es a la justicia. Jamás una mano en ella debiera moverse sin que la animara el amor, la pasión de la justicia. Lo que acontece a los seres, lo que ocurre en sus vidas, no puede ser alimentado de curiosidades malsanas ni instrumento de escándalo o de lucro. La noticia no puede ser una droga espiritual, que se hace ingerir al lector para que sacie su apetito de sensaciones nuevas o para que agudice su inclinación perversa a gozarse de la prueba o del mal ajenos.

La buena fama, el crédito moral se forman con mucho esfuerzo, con gran lentitud. El que ha sabido ganarlos ha dado muestras de fortaleza de rectitud y de elevación. Quienes lo han visto luchar consigo mismo y con las tentaciones que la vida ha puesto a su paso, le brindan su admiración. Lo saben un alma limpia, que ha sabido rechazar muchas cosas para perseverar en el camino de su ideal.

En toda vida humana puede cruzarse el infortunio. A veces ese infortunio puede, incluso tomar apariencias condenatorias, formas censurables. El tejido de las circunstancias es an caprichoso, que nadie está libre de que sus hilos puedan enredarlo. No son, por desgracia, tan extraordinarios como quisiéramos los casos en que las apariencias condenan y falsean la realidad verdadera, esa que Dios conoce desde lo alto y que tarde o temprano termina por revelar a nuestros ojos oscurecidos.

Pero los hombres saben lo engañoso de las apariencias. Saben que así como hay virtudes falsas existen también falsos pecados. Lo mismo que podemos ver sepulcros blancos, que encierran negras podredumbres, hay aparentes pantanos que esconden tierras fértiles y generosas. Sólo se necesita tener fe y constancia para calar en las aguas cenagosas hasta dar con la tierra propicia.

Cuando esas apariencias torturan nuestro espíritu y caen sobre alguien condenándolo, un deber de justicia nos obliga a esperar. No se tiene en vano un noble pasado. No se ha vivido con dignidad una larga porción de la existencia sin que ello dé por lo menos el derecho de exigir confianza y sin que autorice para pedirnos que al duro interrogante respondamos con un poco de esperanza y de lealtad.

La vida es un permanente proceso. Proceso abierto a la vista de Dios y de los hombres, en cuyas páginas van acumulándose los cargos y los decargos. Algunos sólo Dios alcanza a verlos. Otros los ven también los hombres, aunque a menudo se equivocan en las acusaciones y en las absoluciones.

El periodismo debe tener conciencia de la rapidez de sus juicios y de la fragilidad de sus fundamentos. Forma sus opiniones acuciado por la urgencia del tiempo y pesquisa sus informaciones donde primero las encuentra. Esta misma rapidez y fragilidad deben enseñarle la medida de sus responsabilidades. A la ligereza, como a la seriedad del periodista, están entregados el buen nombre y la honra de todos, especialmente de los más altos, pues son los más visibles y los que dan pábulo a las noticias más impresionantes.

Y la honra que se roba, sobre todo con esa extrema publicidad, no puede ser restituida, por más esfuerzos que se hagan para reparar el mal que se ha causado.

La Unión, Valparaíso, 11 enero,1951

### **El mar, nuevo espacio**

Hay países que nacen hechos de pies a cabeza, que tienen su destino trazado y fijo casi definitivamente. Desde el territorio amplio, extenso,rico,hasta su ubicación geográfica, parecen abrirles un horizonte fácil del cual han sido eliminados los obstáculos, apartadas las dificultades. Es cuestión de que el hombre se ponga a caminar sobre él, de que haga un oigero esfuerzo, y todo se habrá logrado. La tierra pródiga multiplica cualquier iniciativa y obsequia al individuo lo que éste a menudo ni se atreve a esperar. En cambio, hay otros en que el obstáculo es la única dádiva,

el solo horizonte. Vivir es en ellos como mantenerse en un equilibrio inestable, arriesgándose a cada minuto, improvisando el resultado de cada hora. Cuanto obtienen es la conquista de un vigoroso sacrificio, de una lucha tenaz y empeñada, en que hay que conservar la mente alerta, el ánimo elástico y la vista tendida hacia muy lejos. De estos últimos países es Chile. Somos apenas una lengua de tierra fragmentada, que se comprime contra la cordillera y se siente impelida violentamente por ésta hacia el mar. No es una idea fija o una monomanía insistir en que constituimos una nación marítima, cuya existencia está dominada no ya por lo que es, sino por lo que tiene que proponerse ser. Benjamín Subercaseaux nos llamó en una obra aguda "tierra de océano", definiéndonos con exactitud y singular dramatismo. Tibor Mende lo entendió también con sagaz talento cuando recorrió América y advirtió que ésta iba entrando rápidamente en escena. En una página llena de gracia y de penetración, describe nuestro imaginario y mítico origen. Después de la creación-supone--, Dios quiso reposar el séptimo día. Pero un ángel inspectivo y nervioso, algo así como un contralor celestial, vino a avisarle que sobraban algunos restos de los materiales con que había fabricado el orbe. Existían trozos de hielo, pedazos de volcanes, saldos de metales, de árboles, de ríos, de desiertos. El arcángel no sabía qué hacer con ellos y pedía instrucciones. La orden que recibió de los labios divinos fue la de arrojarlas en alguna parte, tal como estaban, en completo desorden. Y fueron volcados detrás de una cordillera pétrea y punzante, como quien arroja a la espalda de un gigantesco muro, al descuido, lo que no necesita. Así nació Chile. Pero sus habitantes se apoderaron de esos pedazos fortuitos y forjaron con ellos una nación a su gusto y según su idea. No nacimos de la naturaleza, sino de la voluntad. No somos hijos del determinismo, sino de la decisión.

Todo esto que aparece un símbolo o mito se asemeja extraordinariamente a la realidad. Basta mirar nuestro mapa, revisar nuestra geografía, reconocer el territorio por el aire o por los asfaltados o agrestes caminos, para comprender que constituimos una isla, una ínsula retraída físicamente de los demás, y forzada, sin embargo, a contar con ellos. En consecuencia, somos un país que debe inventar constantemente su destino, forjar y hacer cada día su programa. No ha habido alrededor de nuestra cuna hadas pródigas y generosas, que la cubrieran de presentes. Pero ésa es precisamente nuestra ventura. Debemos vivir alertas, mirando hacia delante, con el arma sostenida en el brazo. Como el asceta o el guerrero, necesitamos mantenernos en vigilia y nos están prohibidas la distracción o la frivolidad.

Tenemos un territorio exiguo, complejo, contradictorio, que va desde las arenas del norte hasta los grandes bosques sureños, planteándonos el problema de su diversidad y de su reducida área. Poseemos una agricultura que necesita hacer prodigios para arrancar al campo sus frutos y debe vencer los accidentes climatéricos, las vicisitudes geográficas, los tropiezos de sus vías de comunicación. La minería es esencialmente exportable y depende de su colocación en el exterior, en tanto llega el momento en que poderosas usinas la aprovechen y transformen para enviarla elaborada a otros mercados. La industria revela empuje y acometividad, pero el consumo interno es estrecho, lo que la pone ante el límite de no poder expandirse si no se proyecta hacia fuera. El comercio, finalmente, podría ser un ágil instrumento de esa expansión, mas para ello necesita estímulos y sólo se ve rodeada de frenos y de barrotes.

Si el problema terrestre es difícil, disponemos, en cambio, de un océano vasto, infinito, que se ciñe al cuerpo del territorio como una túnica densa y, a la vez, flexible. Pero ese océano mentalmente no existe casi para nosotros. Vivimos tierra adentro, encerrados en nuestro pequeño orbe sólido, sin recoger el desafío ni aceptar la invitación que nos brinda el mar, ruta que en otros tiempos nos fue habitual. Porque basta examinar ligeramente la historia patria para advertir que, si somos algo, se lo debemos al océano, y que nuestra anticipación en América como nación resuelta y organizada no puede explicarse sin su aporte y su presencia. Al emanciparnos y comenzar a vivir independientemente, fue el mar el que nos dio los medios para mantenernos libres, para desarrollar nuestra economía balbuceante y consolidarnos política y psicológicamente como nación autónoma. El nos aguzó la imaginación, nos hinchó el espíritu y nos permitió lanzarnos a libertar a otras naciones y a asegurar a América para sí misma.

Los primeros setenta años del siglo pasado son la historia de la expansión comercial de Chile, impelida por su crecimiento naviero. El Pacífico fue el camino por donde el ánimo de aventura, la pasión del riesgo, sacudieron nuestra alma, obligándola a permanecer con la inteligencia ávida de tensión y la fantasía afincada en la inventiva. Europa, La India, la Polinesia, la California de la fiebre del oro, conocieron nuestro nombre, nos vieron llegar en débiles barcos y fueron otras tantas rutas hacia donde la energía chilena se proyectó y se hizo presente. No importa que esos barcos fueran frágiles y demoraran largo tiempo: lo esencial es que Chile pensaba con mentalidad marítima, o sea, tenía un concepto espacial que lo sacaba de sus fronteras y lo hacía sentirse ingrediente del universo, competidor de todos los que luchan. Eran los días de la gran ambición, de los programas arrogantes y audaces. Carecíamos económica y espiritualmente de fronteras, no porque estuviésemos desprovistos de conciencia y sentimiento nacional, sino porque la exactitud y el realismo de éstos imprimían a ese bien entendido nacionalismo el rigor de una obligación y el alcance de una exigencia.

Necesitamos volver a convencernos de que somos parte del mundo y de que el mundo es también elemento con el cual debemos contar, edificando sobre él los proyectos para nuestro futuro. Allí está el mar, dándonos su enseñanza y abriéndonos su camino. Hagamos que lo surquen innumerables, eficaces barcos nuestros, y habremos hecho de cada uno de ellos una prolongación de Chile, un ágil tentáculo que extiende nuestro territorio y le da la forma líquida del océano que nos rodea.

Revista Zigzag N.2.659, Stgo, 10 marzo, 1956

**Para una "historia femenina" de Chile**

La historia de Chile la han escrito los hombres pero, en el fondo, la han hecho en gran parte las mujeres. Por eso el tema está reclamando un historiador que sepa interiorizarse en él y mostrar cómo, tras los rasgos geniales y las heroicidades de los próceres, siempre hubo una inspiración femenina que guió sus pasos e iluminó su corazón. Porque basta abrir las páginas de La Araucana, escrita ya por Ercilla en plena gesta de la Conquista de Chile, para advertir que esa guerra masculina tiene un amplio trasfondo femenino. Las imágenes de Lautaro y de Caupolicán, los egregios "toquis", son inseparables de las de Guacolda y de Fresia. La fiera hembra araucana animaba y exaltaba a los varones y sabía empujarlos a la batalla con un ardor que iba más tarde a circular por las venas de las mujeres que en el andar de los siglos las sucederían. Ese gesto de Fresia, arrojando el hijo a los pies del caudillo prisionero, en un despectivo reproche por haberse dejado apresar, tiene resonancias que llegan hasta nuestros días y exlican la resistencia invencible de un "sexo débil" capaz de una maravillosa fortaleza. Es cierto que Ercilla idealiza a la mujer de Arauco, como lo señala Eduardo Solar Correa, pero también lo es que en ella había no sólo cierta belleza sino un indudable atractivo. Basta, para percibirlo, la circunstancia de que la unión de hembras araucanas con varones españoles fuese tan frecuente que de ella surgiese un mestizaje rico en las cualidades de ambas razas. Y lo que se dice de la mujer indígena hay que decirlo también del varón, ya que abundan los ejemplos de cruzamientos de españolas nobles con indios seductores. Don Antonio de Chichahuala, cacique de maquehue, erahijo del toqui Guacalán y de la noble española, doña Aldonza Aguilera y Castro. De idéntica manera, la fusión física, psicológica y moral de conquistadores y conquistados, fue nota dominante de la colonización de España, sin la cual resulta imposible explicarse en el decurso de nuestra historia y el advenimiento posterior a una independencia que se fundaba en las bases mismas echadas por los tres siglos de influencia hispánica.

La mujer de ese entonces fue enérgica, batalladora, de un temple extraordinario. Una Inés de Suárez que se multiplica para soportar las fatigas de la guerra al lado de Pedro de Valdivia, que atiende a la pequeña colonia de militares y soldados y que defiende valerosamente la vida en peligro del fundador, acechado por enemigos y a veces hasta por sus propios compañeros, tiene un perfil heroico y grandioso. Pero no es sólo ella. También hay que recordar a Juana Jiménez, empeñada en resistir en Concepción hasta el último momento, a doña Mencía de Nidos y a la heroína de la defensa de la Imperial, Inés de Aguilera.

El hogar español de esos días era ciudad y fábrica, a la vez que casa familiar. Allí había que preparar el pan y salar la carne, tejer la vestimenta y hacer las comidas. A todo atendía la mujer y sobre su vigor y su sacrificio descansaba el soldado que diariamente exponía su vida.

No todas las mujeres fueron de un temple sereno y robusto, como el de estas guerreras. Cuando llegan los días del Siglo XVII, en que el Renacimiento cobra la plenitud de sus formas y el barroco desliza sus primeros compases, surgen---aunque como casos aislados---otros tipos femeninos. La vida se ha tornado más apacible, la abundancia empieza a afluir sobre la colonia y el lujo del agrado de vivir insinúa sus llamadas. Se abandona la vivienda provisional, tan semejante a una sala de cuartel, de los años de combate, para alhajar la morada más elegantemente y organizar una existencia más refinada y muelle. Los saraos, los bailes y las tertulias congregan a los habitantes de las ciudades y en ella lucen su belleza las criollas que demuestran su gracia y su juventud. El vestuario se hace suntuoso, dentro de la parquedad de la lejana y pobre colonia, y las recepciones adquieren un tono que los primeros conquistadores habrían observado con pasmo.

La influencia femenina se hace presente de otro modo. Ahora es más confidencial e íntima. La mujer es la guardiana y el centro del hogar y aunque el ambiente no oculta síntomas de relajamiento, siempre hay un amparo y una esposa que velen por las tradicionales virtudes y se apoyen en la autoridad para evitar la disolución amenazante. No es raro el caso de una doña Josefina Larraín que alcance a ver a sus 28 hijos vivos. Y si una Catalina de los Ríos y Lisperguer -La Quintrala- ha dejado la huella sangrienta y morbosa de su hermosura y de su crueldad, no sería difícil explicarlo por la guerra que en sus venas libran la sangre alemana del carpintero Blumen con la de la cacica de Talagante y la de los ancestros españoles.

Un Alonso de Ribera, Gobernador de Chile, dejó el recuerdo de una vida agitada, en que las faldas desempeñaron no escaso papel, pero también el de un gobernante sagaz e inteligente, que sabía combinar sus desórdenes con la cautela de sus responsabilidades. El creó los fuertes para resistir a los araucanos y debió enfrentarse con los holandeses corsarios que pretendían minar el poder español.

Un rol decisivo juegan las mujeres en los días de la Independencia. Paula Jaraquemada y Agueda Monasterio mantienen la resistencia oculta ante los atropellos de los gobernantes hispánicos que vuelven en los días de la Reconquista. Su entereza y su habilidad ayudan a los chilenos que añoran la Patria Vieja y sus artes les permiten esconder a los patriotas perseguidos, soportando las vejaciones y los atropellos de que las hicieron víctimas. Marcó del Pont, secundado por San Bruno. Javiera Carrera sostiene a sus hermanos con admirable coraje y no vacila en dejar al marido a quien ama, a los pequeños hijos y hasta al padre anciano, para seguir la suerte de los guerreros y emplear todo su vigor y su habilidad en secundar sus planes.

¿Qué habría sido de O'Higgins, el gran solitario, sin el callado y constante afecto de su madre, esa mustia y silenciosa Isabel Riquelme, que desde lejos, y a medida de sus fuerzas, velaba por el futuro héroe? Para el corazón ansioso de ternuras del Padre de la Patria, las imágenes de esa mujer y de Rosa Rodríguez, su media hermana, fueron el aliciente ininterrumpido y una especie de concreción del Chile por cuya liberación lucharía hasta su último aliento. Por eso, cuando las horas difíciles en que un sector de la opinión pública pide la salida del Director Supremo, y alguien solicita de Isabel que interceda ante el hijo a fin de que dimita, ella contesta: "Prefiero ver a mi hijo muerto antes que deshonrado".

Las esposas de los presidentes de los decenios, ilustres y finas, severas y delicadas, son las compañeras de grandes soldados a quienes acompañan en todas las vicisitudes, tanto en las horas de la incertidumbre y el desaliento como en las de la gloria y el triunfo.

En la propia vida de Portales, el enigmático, la mujer actúa por presencia y por vacío. Josefa Portales y Larraín fue el amor fundamental de su existencia, pero la perdió muy pronto, junto con el hijo que debía darle. La herida no se cierra, aunque el herido la oculte. Ya no podrá volver a amar y transformará su pasión secreta en una pasión pública, convertirá su impulso creador y fecundo en la elaboración de un país y no en la edificación de una familia.

Constanza de Nordenflycht, enamorada ciegamente del estadista, vagará a su lado como una sombría Ofelia junto a esta especie de Hamlet político, pero rico en decisión y astucia, que será el hombre del estanco.

En la guerra de 1879, hay una acción femenina que utiliza todos sus variados y sutiles recursos. Sin los cuidados de doña Rosario Chacón, Arturo Prat habría sido un niño enfermo y acaso frustrado y sin la fortaleza que le daba su esposa, doña Carmela Carvajal, quizá el magnífico héroe habría tenido alguna vacilación antes de inmolarse en Iquique. Pero fueron esa madre que veló por el pequeño débil hasta convertirlo en varón robusto y esa mujer cuyo retrato lo iba acompañar hasta el postrer instante, las que templarían el genial carácter y les darían el toque definitivo de la grandeza.

También en las largas expediciones de ese conflicto, las célebres "cantineras", en su rol complejo de enfermeras y de socorredoras, que curaban las heridas y ayudaban a los ejércitos a enfrentar las duras campañas en el desierto, fueron artífices de la victoria. Irene Morales y Filomena Valenzuela, entre otras, pasaron por ello a la inmortalidad. Junto a esos grandes ejemplos, hay un cúmulo de pequeños rasgos casi invisibles, pero de considerable valor. Allí está el gesto de doña Isidora Cousiño, que entrega el barco "Matías Cousiño" para el transporte de tropas en el conflicto con Perú y Bolivia, y esa generosa hipoteca sobre sus bienes que la esposa de don Benjamín Vicuña Mackenna, doña Victoria Subercaseaux, acepta para que su marido concluya de transformar el Cerro San Lucía. Son muchos los nombres que se agolpan y son innumerables los actos en que la mano femenina ha tejido un hilo o una trama de nuestra historia. Una Juan Ross de Edwards inunda a Valparaíso y a toda la provincia de orfanatos, hospitales, casas para ancianos, moradas para viudas e infinitas obras de caridad. Una Gabriela Mistral escribe poemas que imprimen nuevo vigor a la lengua castellana y alcanza el Premio Nobel por primera vez para Chile y por una rara excepción para una mujer.

En los años que acaban de terminar, y que se cierran en este diciembre, fueron también las mujeres uno de los factores más sólidos y eficaces de la resistencia democrática y del rechazo al totalitarismo que intentaba aplicarse. Sus voces vibrantes en las calles, en los gremios y en las universidades, y el popular estrépito de las "cacerolas" batidas al aire en las noches urbanas, dieron ánimo a los varones y los decidieron a mantener una oposición pertinaz frente a los intentos de amedrentamiento del extremismo.

Se ha hablado del "poder femenino". El calificativo es certero. La mujer posee un extraño poder, hecho de sutileza, intuición, energía y gracia. Vence donde otros son derrotados, conquista donde otros fracasan. Es madre, es esposa, es hija, es enamorada, es una trabajadora múltiple, y tiene en sus manos la suerte del varón. Sería de justicia escribir la "historia femenina" de Chile. Ojalá alguien decida hacerlo con rigor y acabado estudio. Mientras tanto, allí quedan estos apuntes, que son una invitación a que otros sientan la incitación y lleguen a donde las presentes líneas apenas alcanzan a enderezar una vagabunda e incierta flecha disparada al horizonte.

El Mercurio, Valparaíso, 30 diciembre, 1973

## Ciencia, Técnica e Ideologías

Hay tres aspectos sobresalientes y extraordinariamente útiles para nuestro porvenir, subrayados en las penetrantes y bellas palabras del profesor Héctor Croxatto, al recibir su diploma de miembro de la Academia Pontificia de Ciencias, hace pocos días. Ellos son: la importancia de la ciencia pura y desinteresada, la limitación que ella lleva inherente y, por tanto, la necesidad de que admita con modestia sus fronteras y, en fin, la uregencia de que tras la ciencia yazga una conciencia humanista, que le imprima el aliento de un saber dispuesto a encararse con todos los múltiples rostros de la realidad.

La errada concepción de que la universidad es fábrica de profesionales olvida que es, sobre todo, una fuente de saber. La investigación científica, que persigue sólo el desvelamiento de la realidad, la penetración continuada en sus secretos, es desinteresada. No busca ni puede buscar resultados pragmáticos. Esto le incumbirá a la tecnología, pero sin la ciencia la técnica nunca aparece. El hecho de que hoy la investigación del laboratorio se transforme rápidamente en artefacto útil se debe a que la economía moderna y sus instrumentos industriales recogen con rapidez los datos de aquélla. Jamás nació un descubrimiento científico en una usina: lo más que podrá hacer ésta es fabricar aparatos cuya función haga utilizable el hallazgo del investigador. La penicilina llegó al consumo de la masa, salvando millones de vidas, porque Fleming la encontró entre iluminaciones y obscuridades, entre aciertos y yerros. La industria abarató su costo y multiplicó las unidades aprovechables.

La investigación requiere, por lo mismo, silencio y libertad. No se concibe a un hombre de ciencia en las asambleas políticas o en las secretarías de los partidos, como tampoco es posible un laboratorio a cargo de los jefes de una elección. Por eso tampoco cabe una ciencia dependiente de un signo partidista ni puesta al servicio de una ideología. Bajo Stalin, el biólogo soviético Lysenko puso en ridículo al régimen por querer fraguar una teoría de la herencia destinada a demostrar que el hombre es fruto y reflejo de la colectividad y sus caracteres transmisibles pueden ser modificados por el Estado. Hoy los propios biólogos soviéticos alzan los hombros cuando se nombra a Lysenko, pero aprovechan las leyes de Mendel para escoger los contingentes mejores de la juventud rusa y formar una aristocracia gobernante.

Condición de la investigación creadora es, pues, la libertad, que elimina automáticamente tanto la coerción de las ideologías deseosas de subordinarla como la de los "practicistas" impacientes por verla entregar contingentes de tecnócratas o funcionarios diestros. Sin esa libertad no hay investigación y sin investigación tampoco hay técnica. O sea, no hay formación de buenos profesionales ni material para que las industrias produzcan nuevos artefactos.

La ciencia, además, es un camino hacia la realidad, pero no el único ni tampoco el sendero real. Iluminar la naturaleza, descubrir sus secretos, escudriñar en su interior, es impulso incontenible del espíritu humano. Lo grave es cuando una rama científica se declara dueña de toda la realidad y llave única de entrada en ella. Un Einstein genial, disertando sobre filosofía o religión, incurrió en gruesos errores. Un Jean Monod pretendiendo hacer del espíritu una forma superior de la biología a través de su principio "teleonómico", constituye una caída de la complejidad investigadora en una generalización simplificadora. Algo análogo puede decirse de la extrapolación del "estructuralismo" de Levi Strauss.

Quien aspira a ser un gran científico, convendrá con Bohr, Schrodinger o Weiszacker, que la ciencia necesita complementar su visión parcial con una concepción universal, donde quepan todos los aspectos de la varia y contradictoria condición humana, hecha de naturaleza y por ella adscrita a la física y a la biología, pero elevada sobre ésta por una espiritualidad que pertenece a otro orden y no a nuevos grados de la esfera viviente. Chile necesita muchas mentes para impulsar su progreso y crear los profesionales, técnicos y trabajadores especializados que acrecienten su economía. Pero ellas sólo podrán encontrarse si sabemos dar a la investigación pura y libre, cuyo sitio es la universidad, el rango que le corresponde. Lo demás, bien encaminado y alejado de la miopía política e ideológica, vendrá por añadidura.

(Sin firmar)

El Mercurio, Santiago, 24 enero, 1976

### **Destrozo del castellano**

Oír hablar a las juventudes y a un buen grupo de chilenos que presumen de educados, es un verdadero sufrimiento mental y de los oídos. Desde luego, hemos modificado bárbaramente la pronunciación de los verbos, y el presente indicativo se ha convertido en una jerga que deja cortos a los argentinos que acentúan como agudas las declinaciones de la tercera persona del singular. Ellos dicen "sabés", "querés", "hablá", por sabes, quieres, habla, etc. Nosotros hemos empeorado el castellano y a cada instante escuchamos a alumnos salidos de enseñanza media, incluso a universitarios, que en sus conversaciones telefónicas y en su charla diaria, usan un "sabis", "querís", "hablai" que ponen los pelos de punta.

Esto ocurre en grupos y niveles que podrían considerarse selectos, porque han recibido una cierta formación adecuada. No debería extrañarnos en el lenguaje popular, de trabajadores y de oficios modestos, pues muchos de ellos no han tenido siquiera la oportunidad de pasar por una escuela primaria.

Si examinamos la ortografía, nuestra inquietud toma mayores proporciones. Los estudiantes, y allí están las llamadas pruebas de aptitud, en las que se observa que para el que escribe no hay noción ninguna de la diferencia en el uso de la "c", la "s" y la "zeta", de tal modo que emplean indiferentemente y como de oídas, cualquiera de esas letras. Podemos leer, así, que se escribe discusión con "c" en la tercera sílaba, "canción" con "s" en la segunda sílaba y así, en un trastrueque que deja pasmado al que recorre la página. Nada digamos de las "v" y las "b", ni del uso o desuso de la "h", porque allí nos encontramos frente a un verdadero caos.

El mal se ha generalizado, no siendo extraño encontrar que a algún cronista se le escapa por allí, en un descuido, alguna de estas faltas ortográficas, pero afortunadamente, son casos muy excepcionales, porque el periodista lee y además tiene nociones gramaticales que le ayudan a evitar esos deslices.

Este fenómeno tiene causas visibles y, por lo mismo, susceptibles de corrección oportuna. Porque todo proviene de dos factores: la deficiente enseñanza de la gramática y del idioma y el peso cotidiano de un ambiente en que predominan los malos hábitos.

La verdad es que prácticamente casi no se enseña a escribir. En los colegios, las clases de gramática se reducen mucho más a interrogaciones verbales y a pocas pruebas escritas, y por todo ello, además de las fallas anotadas, surgen las de sintaxis, que dan origen a frases realmente ininteligibles.

En la enseñanza básica y media, sea porque el mal es cotidiano, los profesores están demasiado recargados de trabajo, por tener que ganarse la vida corriendo de un colegio a otro y dictando lecciones superficiales, sea porque se ha hecho perder el hábito de la lectura y, sobre todo, de la buena y sólida literatura. No leemos casi nada y los libros más en boga son lamentables traducciones de best-sellers, hechas por improvisados autores, que no sólo no saben bien el idioma castellano sino que, además, tampoco tienen noción precisa del idioma del cual están traduciendo. Por negligencia, comodidad o simplemente ignorancia de nuestro léxico, a menudo se contentan con dar apariencia castellana a palabras inglesas o francesas, que producen escalofríos. Escribir, traduciendo del inglés, que una persona se vea elegante o bien vestida, por "luce" bien, vertiendo bárbaramente el "look well", o que se apele a un "premunir" por proveer, es algo de ordinaria frecuencia.

La falta de lectura produce la ausencia de relación entre las palabras como sonido y las palabras como signos. Ambos son idénticos en sí mismos, de modo que si se leyera con frecuencia y se asimilara correctamente el idioma, evitaríamos estos errores por desgracia tan frecuentes.

Otro factor que incide en el mal empleo del idioma, es que en la enseñanza se ha introducido un método fatal. Las interrogaciones se hacen con mucha frecuencia en hojas mimeografiadas en que el alumno lee la pregunta y debe responder trazando una raya en un cuadrado lateral, borrando el sí o el no, según sea la interrogación que se le hace. Se deja así de usar el pensamiento, la reflexión y apunta un tanto al caso, como quien juega a la lotería o a otra diversión de azar. Si la puntería anda bien, el resultado es bueno; si falla es malo. Por eso desde mucho tiempo

hemos venido calificando este extraño tipo de interrogaciones, como una réplica de la también bárbara expresión del juego del fútbol, la polla-gol.

Ahora que está por iniciarse el nuevo año escolar, se hace indispensable que meditemos en este problema y que le pongamos atajo. De otro modo, terminaremos por una especie de "analfabetismo ilustrado", en el que el individuo ignora el alfabeto-de otro modo no usaría sus signos en forma tan absurda-y sin embargo lo emplea para escribir. De otro lado hemos caído en el abandono de la relación entre lectura y escritura, que, como ya decíamos, son inseparables. La asociación de la imagen verbal con la imagen escrita es el único método eficaz para enseñar un lenguaje o idioma. Porque pensamos con ideas, o sea, con lo que los filósofos llaman el "verbo mental" Nuestra mente reflexiona con palabras y mientras más la usa, más enriquece su acervo idiomático. También, al pensar, hacemos trabajar nuestra mente, la estimulamos a que forje ideas y si a esto agregamos a que las cree de nuevo cuando las escriba, tendremos un método valioso para obligar a pensar y a compenetrarse de la riqueza y exactitud del idioma.

La reflexión mental que se abandona trae, por último, una inercia que se refleja en la conducta en la actitud personal, en la conciencia que ponemos en lo que hablamos y en lo que hacemos. Quien es negligente en su pensamiento y descuida sus formas de expresión, tendrá una mente desordenada y este desorden pasará a todo lo que tome a su cargo. No podemos imaginarnos ni a un abogado, ni a un médico, ni a un gerente o dirigente de negocios, que escriban informes o dicten cartas incoherentes, con fallas graves de sintaxis y que se expongan a oscurecer su pensamiento o a confundir sus expresiones, con el peligro de decir una cosa por otra. La precisión mental es un valor que se requiere para todo y esta exigencia crece a medida que se eleva el nivel de responsabilidades.

No nos convirtamos en una nación de "analfabetos ilustrados". Sería lo peor que podría ocurrirnos, porque llegaríamos a ser una nación superficial, irreflexiva, inconsciente de lo que dice y lo que hace. Y si esto es grave ya hoy, en que aún subsisten sectores más maduros que no caen en estos vicios, podemos ir pensando en lo que nos esperararía si nos convirtiéramos en una colección de improvisadores sin solidez, encargados de manejar y de hacer vivir a un país.

El Mercurio, Valparaíso, 25 febrero, 1981

### III. El reloj de arena de Cándido

#### El mejor amigo

Los hombres escépticos, a quienes sus congéneres les han jugado una mala pasada, se refugian en los perros. Estos no hablan ni opinan y si se acostumbran a su amo lo siguen a todas partes obedientemente y mueven con insistencia la cola para darle la razón. De allí deducen algunos, convirtiéndolo en aforismo, que " el perro es el mejor amigo del hombre".

No piensa lo mismo hoy día William Landridge, comerciante londinense, cuya mujer acaba de obtener el divorcio invocando como causal que debía elegir entre el perro y su marido y ella estaba muy inclinada hacia el can. La buena señora Landridge, cuya predilección canina excedía de toda medida, había acostumbrado a llevarse por la noche al perro predilecto a la cama, que compartía con su cónyuge. Este tropezaba a cada rato con el animal, confundía el cabello de su esposa con los rizos del bicho y no pocas veces se despertó en medio de ladridos por haber dado un pellizco mal ubicado.

Como el esposo protestara y exigiera separación de camas, la señora Landridge acudió a los tribunales y obtuvo el divorcio por "crueldad mental" de su cónyuge. Este ha perdido esposa y perro y, lo que es peor, hasta el lugar de su lecho.

Tales caprichos de la justicia colocan al can por sobre el matrimonio y la vida conyugal. Lo que contradice el refrán y hace de cualquier perro un enemigo tan enconado del hombre que incluso lo arroja de su hogar y lo lanza al medio de la calle.

Después de esta aventura el perro regalón disfruta de toda la casa y el marido está que ladra...

El Mercurio, Valparaíso, 15 octubre, 1967

#### Neurosis

La noticia es pésima para los que creen que la neurosis es una especie de signo aristocrático del hombre o de la mujer. La creencia vulgar de que sufren esas alteraciones nerviosas sólo los refinados y exquisitos, cuya sensibilidad les juegga malas pasadas, se hallan ahora llenos de vergüenza.

Por que en Sudaáfrica han descubierto nada menos que a un caballo neurótico... El animal, que es de carreras, atraviesa por violentas crisis de nervios. Se irrita con exttrordinaria facilidad y reacciona contra los que lo molestan. Como no puede gritar y desmayarse, a la manera de las damiselas, se acerca disimuladamente a los que

le desagradan y les pisa un pie.

El domigno acaba de hacerlo con el cantante Solon King, a quien tuvieron que llevar a un hospital. El animal acababa de ganar una carrera, estaba con los nervios dignos de María Callas y se sintió disgustado porque el cantante se acercó demasiado, lo palmeó con familiaridad y lo trató sin las debidas deferencias.

Un pisotón del caballo y el molesto admirador quedó eliminado.

La neurosis, pues, ha perdido toda su gracia. Un ataque histérico, con desmayo, gritos y pataleta ha bajado ya al terreno zoológico.

Maridos, novios y padres de familia tienen ya su defensa y hasta han meditado en lo que dirán a las señoras o muchachas neuróticas:

No pienso hacerte caso. Tu ataque es simplemente caballuno...

EL Mercurio, Valparaíso, 10 diciembre, 1968

### **Reivindicación del camello**

La justicia tarda, pero llega. Eso de que el pobre camello exhibiese sus agobiadoras jorobas y de que fuera la fiel expresión de la lentitud burocrática en sus movimientos lo ha hecho blanco de insolentes y cobardes ataques.

Aludir a la joroba como a una carga inaguantable, llamar "camello" al que hace una tontería, injuriar al noble animal suponiéndole torpeza y holgazanería es lo más equivocado del mundo.

El noble bruto vive en el desierto, cosa que los hombres vulgares son incapaces de hacer y fue siempre privilegio de cenobitas y seres de excepción. Conduce pesadas cargas, lo que el animal racional debería agradecerle. Puede pasar días y días sin comer ni beber, lo que no podría hacer jamás ninguno de sus denostadores. Es casi un ejemplo del "marido ideal"...

Ahora muestra otra de sus raras virtudes. Según el doctor Erizalde Ruiz, presidente de la Academia Mexicana de Ciencias Agrícolas, el camello tiene una sabrosa carne que puede asarse y alimentar excelentemente a los habitantes de regiones áridas, con un costo de mantención mínimo y sin necesidad de praderas. Asegura incluso que saboreó la carne de camello en buenos restaurantes de París.

De modo que el buen animal ayuda al hombre tanto vivo como muerto y sería el compañero indicado de los habitantes de pueblos en subdesarrollo.

Nada tiene de extraño. Cada uno tiene que sacar provecho de la joroba que le tocó en suerte...

EL Mercurio, Valparaíso, 1 marzo, 1969

### **Comida hecha**

El matrimonio implica dos cosas: el amor, que es la garantía de su supervivencia a lo largo de toda una vida, y el arte de saber convertirlo en una camaradería continua, en que la pareja sepa hacer de ese amor la base de una necesidad mutua de compartir todos los momentos de la existencia.

A veces esta solidaridad brota de la identidad y de la armonía de gustos. Otras es el fruto de simpáticas diferencias, que completan las virtudes de que uno carece con las que el otro posee. El hombre quieto y tranquilo se enriquece con la mujer animada, alegre y optimista. La mujer serena, y a veces tímida, se siente amparada y robustecida por el hombre dinámico, fuerte y realizador.

Pero pocos podían imaginarse que el matrimonio fuera "la soledad de dos en compañía" o la "buscada ausencia de la presencia".

Un británico lo ha descubierto e incluso ha hecho una proposición matrimonial, a través del "Times", anunciando que busca una mujer a la cual le guste comer arenque ahumado con vino blanco los domingos, mientras resuelve un crucigrama.

Lo que no dice es lo que sucederá una vez terminado el almuerzo y resuelto el crucigrama. Porque tan flemático y solitario esposo bien puede poner en práctica el viejo refrán de: "comida hecha y amistad deshecha". Que ahora podría complementarse con éste: "Crucigrama solucionado y cada uno por su lado".

El Mercurio, Valparaíso, 2 marzo, 1969

### **Sea usted mediocre**

La mayoría de las almas carecen de generosidad. Reconocer que nos hemos equivocado o que no hemos visto oportunamente una cosa es algo que se vuelve imposible si alguien se adelantó a poner en evidencia el error o tuvo el mal gusto de demostrar nuestra ceguera.

Por lo mismo, quien quiera tener una vida apacible, tranquila y merecer que todos hablen bien de él cuando asistan a sus funerales debe tener cuidado con lo que piensa y, sobre todo, con lo que opina.

Los invitados más agradables y que reciben más llamados a almorzar o a comer son los que siempre están de acuerdo con el dueño de casa. Si éste se halla en posición inconfortable ante las opiniones de otra visita, el que quiera volver a la casa debe apoyar al invitante. De otro modo será puesto en la lista de los proscritos y, lo que es peor, se correrá la voz y acabará en el desamparo más absoluto. Los políticos, tan inclinados a discutir unos con otros, se fastidian cuando alguien no les da la razón. Tener juicios contrarios a los de ellos es caer en la herejía, lo que significa el juicio final, la condenación y el despeñamiento en el infierno.

Hay que calcular, en consecuencia, qué piensan los demás, y sobre todo los que invitan, para ajustar nuestra opiniones a lo que ellos digan. Más vale mesa segura que crítica a la ventura. Opine como los demás y adquirirá fama de buen criterio.

En el fondo tome el camino medio, que es el de la mediocridad, y vivirá tranquilo y gozará -si los oye- de elogios fúnebres en el cementerio.

El Mercurio, Valparaíso, 19 abril, 1969

## Oradores

El orador es un personaje difícil de definir y de comprender. Chile era hasta hace poco un país sobrio, de pocas palabras, pero desde algún tiempo atrás se ha convertido en una tierra de oradores. Lo peor de todo es que la facilidad de palabra va en proporción inversa a la facilidad de realización, con lo que muchos creen que un asunto bien explicado es un asunto definitivamente resuelto.

Churchill, que era un extraordinario orador parlamentario, no sentía demasiado aprecio por los oradores. Les reprochaba falta de precisión, elocuencia inútil, verbalismo desnudo de ideas.

Con su caústico lenguaje, describió a varios de los parlamentarios más connotados de su tiempo, haciendo de ellos un retrato que la posteridad acogerá con sonrisas y, a menudo, con francas carcajadas. Ramsay Mac Donald hablaba mucho, pero decía poco. Churchill lo retrató incisivamente: " Tiene el don como ninguno de hacer caber el mínimo de ideas en el máximo de palabras". Al propio Eden, pariente y correligionario suyo, lo caricaturizó cruelmente: " Ha dicho todos los lugares comunes del idioma inglés, salvo : "Dios es amor" o "Se ruega a los caballeros arreglar su ropa al salir de los lavatorios".

Su franqueza no perdonaba a nadie. El día en que en un almuerzo, Lord Londonderry, cercano miembro de su familia, le preguntó si había leído un libro recientemente publicado por él, no vaciló en responderle:

--No, sólo leo por agrado o por provecho...

El Mercurio, Valparaíso, 21 abril, 1969

## A domicilio

Las viejas edades asignaban a la magia un poder incontrastable. Suponían al mundo manejado por fuerzas sobrenaturales que actuaban directamente, favoreciendo a quienes se aliaban con ellas y persiguiendo implacablemente a los que les oponían resistencia. Esas fuerzas eran tan parciales como una directiva política y ayudaban a los " correligionarios", haciéndoles la vida imposible a los "adversarios".

Hoy tenemos la magia en casa y el terror se produce en forma industrializada. Televisión, cine, radioteatro, libros, etc., pueden llevar a domicilio el grado de pavor que el cliente pida. Desde el susto moderado para que los niños se porten bien hasta el pánico que hace saltarse los ojos de las órbitas y deja sin dormir toda la noche, podemos pedir y obtener cuanto nos interese.

El mundo moderno siente verdadero placer en asustarse. Ya no le bastan las bombas atómicas, las revoluciones, los asaltos: necesita aumentar la dosis de terror diaria, como el enfermo tiene que incrementar el número de grageas somníferas cuando su organismo se ha habituado.

No sería difícil que en poco tiempo más, hubiera empresas que organizaran escenas de horror a gusto de los consumidores y las expendieran, o sirvieran, al cliente a las horas y en los días del pedido.

--Imposible, señora. Está todo contratado. Pero, en cambio, podemos ofrecerle una sublevación de locos en un sanatorio, con asesinato de director e incendio del establecimiento.

El Mercurio, Valparaíso, 30 abril, 1969

## Pesos pesados

Los investigadores deparan cada día una sorpresa. La de ahora es que mientras más pesado sea un recién nacido, más posibilidades tiene de ser inteligente y, por lo tanto, de que el porvenir le sonría. Según estos rastreadores de datos, de 50.000 bebés observados desde que nacieron hasta que cumplieron 11 años, los que pesaron menos de 2 kilos al nacer, fueron de inteligencia inferior a los que pesaron de 4 y medio kilos para arriba. También resultaron más habilidosos los hijos de madres altas y corpulentas, y los que tenían hermanos. Pero la palma se la llevan las niñas que alcanzan promedios muy superiores a los varones. No puede negarse que hay una cierta confusión en los análisis. Las niñas pesan menos que los niños y, por lo tanto, no se explica cómo el mayor peso iría en relación directa con la mayor inteligencia, o viceversa. En todo caso, la encuesta ha hecho suspirar de alivio a los pesados. Hasta ahora los gordos y de muchos kilos, así como los altos y corpulentos eran tenidos por menos inteligentes que los delgados y pequeños. Una mala costumbre asociaba a la pesadez física la pesadez espiritual. Ahora descubrimos que era un absurdo prejuicio. Los pequeños, que por lo menos tenían la esperanza de recuperar en habilidad lo que perdían en peso, no tienen hoy ni siquiera ese diminuto consuelo. No deberá extrañarnos que los pesados se pongan todavía más pesados y que el volumen de su físico intenten sumar el de su presunto talento. Habrá que ser muy cauto. Será preciso evitar a los pesados. No vaya a suceder que en cualquier momento nos dejen caer el doble peso de sus puños o de sus pies, sumado al de la agudeza...

El Mercurio, Valparaíso, 20 diciembre, 1969

## La importancia de ser vulgar

¿Tiene usted talento? Prepárese para que lo ataquen. ¿Tiene, además, éxito? No dude de que un enjambre de enemigos se le dejarán caer encima. Si, por añadidura, es inteligente, tiene éxito y se le ocurre incursionar en política, el resultado será que todo el mundo se confabulará para cerrarle el paso. Los primeros serán--¡ qué duda cabe!--los políticos. Porque el gremio forma una casta cerrada en la que no deja entrar ni a los que sobresalen, ni a los que poseen un elevado nivel cultural, ni menos a los que se resistieron a pasar por el ventanillo de control de una directiva. Los segundos serán--¡ tampoco hay duda!--la masa de la mediocridad, alerta para evitar que nadie se eleve por encima de la raya de la vulgaridad. Marcel Pagnol, el comediógrafo francés, cometió, en este sentido, varios errores. Primero, ser un escritor de categoría; segundo, triunfar en los escenarios; tercero, escribir, entre otras obras, ese famoso "Topaze", que es la sátira viva de los acomodados políticos, que terminan por hacer triunfar a las mediocridades. El pobre Pagnol trató de presentarse como candidato a un modesto cargo de edil municipal. La campaña se desató contra él. Los anónimos le llovieron y los ataques lo desalentaron. En resumidas cuentas, abandonó la candidatura y volvió desilusionado a su casa. El tiene un nombre y un prestigio. Los anónimos se escudan en su anonimato. Los que no tienen nombre derrotaron fuera de las urnas a un hombre inteligente y con nombradía. Cometió el pecado de tener talento y de no disfrazarse en la obscuridad de la tiránica masa.

EL Mercurio, Valparaíso, 15 marzo, 1971

## Cultura de títulos

El tiempo es un valor abstracto que ha obsesionado a poetas y filósofos hasta hacerlos escribir grandes libros, muchas veces más grandes por el formato que por el contenido. Obviamente que el tiempo es siempre el mismo, inmutable. Lo que varía es el enfoque que le da la gente según sus propios intereses. Por ejemplo, para alguien que trabaja en puras empresas el tiempo parece más corto que para uncesante, sin que por ello ahora deje de tener exactamente sesenta minutos para mabos. La falta de tiempo, que aqueja a algunos, es sólo una autosugestión. Muchas personas que aducen no leer por falta de tiempo, en verdad no leen por falta de interés real. Es casi lo mismo que argüir "no como por falta de tiempo", pues llegada la hora del hambre, el afectado lo posterga todo por engullir. A estas personas hoy se le dan amplias facilidades para que "estén al día". Existen publicaciones con textos sintetizados, donde "Hamlet" es despachado en ocho páginas con todas sus dudas resueltas. La facilidad mayor la dan los títulos de los diarios y revistas que se exponen en los quioscos. Ahí, cualquier

reportaje aparece encabezado con varios títulos y subtítulos que lo resumen todo. Los transeúntes los leen y se quedan del todo satisfechos. Y como los quioscos están en casi todas las esquinas del centro—por donde dijérase que desfila a diario toda la población del país—hay un alto porcentaje de ella que no dispone de otro tipo de información. De este modo se irradia diariamente desde numerosos focos toda una cultura de nuevo cuño, desconocida en otras épocas. Una cultura de títulos.

El Mercurio, Valparaíso, 25 julio, 1971

#### IV. Dolencias de la época actual

##### El problema de las humanidades clásicas

El problema de las humanidades clásicas vuelve a ser discutido entre nosotros. Algunos hombres estudiosos, de esos escasos ejemplares que aun sobreviven en el ambiente de indiferencia que nos paraliza, discuten en este instante sobre el valor de los estudios humanísticos, vale decir, sobre el valor de la filosofía, el griego y el latín en la formación del espíritu humano.

Ya el hecho de que se plantee el problema y se mantenga una discusión al respecto, denota la persistencia de una inquietud espiritual y constituye un síntoma alentador. Cuando la indiferencia es total, el problema desaparece porque ni siquiera se le siente. Plantearlo es sentirlo, y debemos alegrarnos de que así suceda.

El debate entre los partidarios y los adversarios de las humanidades clásicas es, en el fondo, un repunte del viejo debate entre la enseñanza práctica y la enseñanza a base de disciplinas superiores. Aparte de las muchas razones que pesan en el espíritu de los enemigos de la enseñanza clásica, siempre es fácil advertir que su hostilidad radica en el menosprecio que sienten por los estudios que se traducen en una utilidad inmediata y tangible para el alumno. Basados en el concepto de que la educación tiene una misión meramente utilitaria, consideran que es perder el tiempo ocupar la inteligencia y el esfuerzo en adquirir nociones de una filosofía que interesa a las universidades—cuando les interesa—, o de unas lenguas pretéritas que sólo expurgan los eruditos y los monjes.

Por consiguiente, las concepciones que se contraponen en la intimidad de esta querrela, son la utilitarista y la espiritualista, la que parte de un hombre destinado a aprovechar los bienes materiales para su sustento o su goce, y la que parte de un hombre que tiene actividades y funciones superiores a las materiales y, por ende, una vida que no puede ser absorbida ni ocupada por una técnica, un oficio o una profesión.

El error en que incurren los defensores ardientes de la enseñanza práctica y utilitaria, consiste en que no prestan ninguna atención al individuo en cuanto tal, y sólo se detienen a considerar aspectos secundarios, superficiales y transitorios del mismo.

En última instancia, la educación práctica debe resolverse siempre en una enseñanza técnica. Mediante ella el alumno aprende a hacer ciertas cosas, se habitúa a ejecutar determinados actos u operaciones y adquiere, en consecuencia, una destreza especial para ellos. De este modo, si se trata de formar un comerciante, un ingeniero o un abogado, la educación se limitará a dotar al alumno de la preparación específica para tales ocupaciones, sin entrar a dar la más mínima importancia a otras disciplinas que no sean directa e inmediatamente traducibles en negocios, puentes, caminos o pleitos.

Ahora bien, el problema que debe resolver la educación es no uno sólo de éstos, sino el conjunto de ambos. Está obligada, por lo tanto, a capacitar al hombre para el ejercicio de una actividad determinada dentro de la sociedad, pero a la vez necesita considerarlo como hombre, es decir, en aquello fundamental que lo constituye como ser humano y no puede ser plenamente satisfecho por ninguna actividad práctica. En una palabra, necesita considerarlo también en cuanto espíritu.

Cuando se examina la idea que nuestra época se ha formado del hombre, es fácil ver cómo lo ha empequeñecido y desfigurado. Alterando la imagen humana ha resultado también creando una civilización que, lejos de satisfacer al hombre, lo tritura y lo destroza. El que haya leído *L'Homme, cet inconnu*, de Alexis Carrel, ha tenido ocasión de ver cómo la vida moderna en su régimen general, ha sido establecida sin reflexión ninguna previa en las necesidades humanas fundamentales. La velocidad, los ruidos, las consecuencias todas de nuestra horrible revolución técnica, han convertido al ser humano en una víctima de sus propias invenciones. Tan importante es que la técnica misma se halle sometida a una idea o imagen del hombre, y que, por lo mismo, sea puesta al servicio de éste y no a la inversa.

No se requiere un esfuerzo prolongado de meditación para advertir la inferioridad de lo meramente técnico sobre lo primordialmente espiritual. El técnico es el diestro en hacer determinadas cosas, más diestro mientras más limite voluntariamente sus actos y los encuadre dentro del marco que se haya trazado. Sabido es, por ejemplo, que el operador de una máquina llena con más acierto su labor mientras más mecánicamente la ejecuta. Así, por ejemplo, la dactilógrafa, que se detiene a reflexionar en cómo está haciendo su trabajo se perturba rápidamente, pues introduce la reflexión en la esfera de los hábitos mecánicos. Basta la interferencia de aquella en los últimos para que éstos pierdan su expedición y destreza.

Por otra parte, sólo es posible cultivar el espíritu, potencia esencialmente libre, atendiendo a esta condición suya fundamental: la libertad. El espíritu se caracteriza por su riqueza, por su imposibilidad de sumisión a ninguna fuerza material, por su independencia del tiempo y del espacio. Una formación técnica prescinde de estas condiciones suyas, pues lo somete precisamente a una instancia determinada del tiempo y del espacio, y lo encadena a una materia dada.

En efecto, el técnico es un transformador de cosas, llámense fuerzas materiales o nociones utilitarias. El ingeniero convierte los materiales combinados con las energías de la electricidad de la máquina o de otras fuerzas en obras

tangibles y provechosas. El comerciante, distribuye bienes preexistentes, o los elabora para que encuentren mejor aceptación del público. El abogado señala a su clientela la mejor forma de utilizar la legislación existente para acomodar a ella sus relaciones contractuales, sus actividades o sus proyectos.

Pero todos ellos trabajan sobre la base de algo que ya existe y que el técnico simplemente aprovecha o utiliza, llámense máquinas, materiales, productos o códigos.

Ahora bien, cada uno se encuentra sometido a la imposición ineluctable y forzosa de lo que existe. Si el ingeniero fuese un mero técnico no aprendería a utilizar sino las máquinas que ya conoce, a emplear los materiales que le han sido indicados y a aplicarles las fórmulas que le fueron enseñadas. El comerciante u hombre de negocios, sólo repetiría las fórmulas de intercambios ya adoptadas y consagradas por la técnica. El abogado sería un simple repetidor de códigos y leyes, que manejaría disposiciones pero que nunca tendría libertad de espíritu para superar el marco de ellas.

León Brunschvieg, el eminente universitario francés, ha resumido admirablemente esta insuficiencia de la técnica en unas palabras que expurgamos en su libro *La educación de la libertad*. " Nuestro deber para con nuestros hijos-dice-es de una amplitud totalmente diversa, de diferente dificultad también para cumplirlo. Tenemos que reservar para ellos y en el interior de ellos, la libertad del porvenir. Queremos que sean realmente, en espíritu y en verdad, los contemporáneos de la humanidad en que deberán vivir: faltaríamos a esta finalidad si tuviésemos la presunción de adptarlos de antemano a un medio que incesantemente se modifica. Lo que importa es comunicarles la fuerza necesaria para que se adapten ellos mismos, es constituir dentro de ellos una provisión de riqueza intelectual y de energía moral de donde extraigan flexibilidad de concepción y capacidad de transformarse. En lugar de ser fabricados como autómatas en vista de ciertas funciones económicas o de cierta disciplina social, ellos mismos se habrán forjado para su propio uso el instrumento que les permitirá dominar el nuevo orden de cosas, ser árbitros de éste por la independencia de su juicio y colaborar a su desarrollo mediante el esfuerzo reflexivo de su voluntad. El aprendizaje de hábitos, por admirable que sea la habilidad y rapidez de que el artesano dé muestras en una especialidad determinada, convierte al hombre en esclavo del pasado; por eso, debido a que ella se preocupa del porvenir, que ha asumido la responsabilidad de asegurar las condiciones necesarias al progreso de la humanidad, la universidad se propone, sobre todo, desarrollar en cuanto tiene de espontáneo, de original, de imprevisible, a esa potencia interior que se llama el espíritu."

Pocas páginas podrán resumir mejor que éstas escritas por el gran pascaliano la misión fundamental de las humanidades clásicas.

La Unión, Valparaíso, 9 abril, 1942

### **Tontería, humorismo y esperanza**

La risa y la sonrisa westán desapareciendo gradualmente del rostro de nuestro tiempo. Ello es indicio de que las cosas no andan bien en la intimidad del hombre. Reír o sonreír requieren no solamente estar libre de zozobras y de temores y tener el espíritu desembarazado de angustias. Exigen, además, y esto es de honda importancia, poseer una cierta libertad interior. No se puede reír sin que haya una distancia mínima, una perspectiva entre el mundo y nosotros, sin que nos sintamos lo suficientemente desligados y dueños de nosotros mismos como para poder dibujar sobre las cosas y la realidad la ágil cabriola de una sonrisa.

El orate no ríe. Por el contrario, es eminentemente serio y grave, porque vive enquistado y prisionero dentro de su obsesión. Tampoco sabe reír el tonto, y si ríe su gesto es mecánico, caricatura de la verdadera risa, pues de ella sólo tiene la inanimada careta de los labios abiertos y de los ojos estúpidos. No se puede ver el mundo humorísticamente si se es incapaz de poseer una intimidad, si no se cuenta con una conciencia o mirada interior desde donde ver lo que nos rodea y percibir lo que tiene de gracioso, esto es, de gratuito.

Por eso, las breves páginas del libro de un español-Antonio Botín Polanco-llamadas *Manifiesto del Humorismo*, merecen un comentario, un elogio, un aplauso dignos de él una constante, sostenida y firme sonrisa.

El mundo está lleno de manifiestos. Es curioso que a medida que el hombre tiene cada vez menos cosas que manifestar, escriba más manifiestos. Manifestar es descubrir, poner a la vista. Pero ello supone que se tiene dentro algo que sacar afuera, que hay una intimidad escondida a la cual se necesita revelar... El hombre de nuestros días, cada menos individuo y más muchedumbre, cada vez menos hombre y más cosa, se encuentra con bien poco por manifestar. La cosa es justamente una pura apariencia, una carencia de intimidad. El objeto no tiene nada que descubrir, pues tampoco nada encubre, y su volumen es esencialmente igual a su superficie. El hombre-multitud es también un objeto, un ente impersonal. No caben en él manifestaciones, ya que vive por definición fuera de sí mismo y es un vagabundo extraviado a las puertas de su propia casa.

El grave peligro que corre en el mundo de hoy el humorismo es que el hombre ha perdido su intimidad. Cuando se pierde la intimidad, el individuo se convierte en un tonto. La tontería es la falta de interioridad, la carencia de malicia, la falta de sospecha de los peligros que el hombre corre a sí mismo y no revisa lo que en él ocurre.

Pero como anota Botín Polanco, el hombre puede ser calificado ni como un tonto ni como un perspicaz o listo. En la contradictoria condición humana, todos llevamos dentro al tonto y al listo juntos, estrechamente hermanados y a veces en constante pugna. Ortega y Gasset, a quien Botín Polanco ha tomado como guía en sus meditaciones, apuntaba ya hace años que el hombre inteligente es el que hace un esfuerzo constante para que no asome el tonto que hay dentro de él. Su perpetua vigilancia, su vida con el arma al brazo, mantiene al tonto a raya y le impide decir o hacer tonterías. Es una lucha homérica que no admite descanso y de la cual no siempre se sale vencedor. El tonto, en cambio, no se sabe tonto ni sospecha remotamente que pueda serlo. Se cree inteligentísimo y en su

confianza está precisamente su tontería, porque nunca se pasa a sí mismo al través de ese tamiz agudo de la desconfianza que es el espíritu crítico o el sentimiento de la interioridad.

El humorismo es por esencia espíritu crítico, desconfianza alerta en la tontería humana para corregirla con la sonrisa o con la carcajada y no dejarla que se extravíe en su ingenua ceguera, en su pueril bastarse a sí misma. Porque el tonto es suficiente y, como decía Unamuno, " está lleno de su vacío" Y ese vacío que lo llena todo dentro de él no le deja hueco para advertir que está en permanente peligro y que a cada uno de sus pasos puede deslizarse en la estupidez.

Porque , en fin de cuentas, ¿qué nos hace reír? Primeramente, y en un grado muy elemental, reímos de lo que sale de lo común. El hombre zafio ríe de todo lo que le parece nuevo o distinto. La novedad en la mente torpe provoca una sacudida, y con ella, una risa. Pero cuando esa risa se hace consciente, sabedora de sí misma, el hombre ,en el fondo,ríe de lo paradójico de su condición , de lo contradictorio y extraño de su suerte.

Como señala Guardini, alguna otra vez hemos comentado, el hombre es un ser fronterizo. De esta carácter ícstica suya de animal frontera , que una parte de su ser está enclavado en lo terrenal y con la otra se proyecta sobre lo eterno, surge un tema hondamente humorístico. La disparidad del hombre con su vida, la desproporción entre lo que de ella esperamos y lo que ésta nos dá, revela un contraste agudo. Ese contraste representa la oposición entre nuestro destino y nuestro querer.

Si miramos aquella contradicción sin esperanza, tendremos la tragedia. En toda tragedia hay un "fatum" que nos coge en sus redes, juega con nosotros y nos aniquila. El teatro griego nos ofrece el ejemplo del hombre combatido por los dioses, convertido en pasto de sus sobrenaturales caprichos , a los cuales aquél responde con la caída o con la rebelión. El humorismo enfoca aquella contradicción introduciendo en ella el correctivo de una esperanza, de una fe en el hombre y en la existencia de una divinidad también humanizada y propicia. Si el hombre cae, sufre pruebas, soporta fracasos, es porque su condición débil y frágil lo expone a ellas. Pero nada de esto es fatal y trágico, desde el momento en que la divinidad está también del lado del hombre y es cuestión de que no se encierre en sí mismo para que el mal se disipe y la obscuridad sea rota por la luz.

Sonreír ante las dificultades del ser humano, mirarlo con ternura de batirse entre los obstáculos que le embarazan el camino, verlo desde una perspectiva en que resaltan la debilidad de su condición presente y la grandeza de su destino y, sobre todo, en que se hace patente su torpeza para encontrar el camino y su insistencia en hallarlo solo, son temas humorísticos por excelencia. Pero son también temas de esperanza, de alegre fe en que nada está definitivamente perdido y que todo, encualquier instante, podrá salvarse.

Desgraciadamente, en nuestros días el hombre no tiene sólo un tonto dentro de sí ,sino que el mundo contemporáneo está empeñado en fabricar desde fuera al individuo sobre el modelo de una tontería colectiva. La creación de un hombre "medio" , de un ente vulgar y multitudinario , que obedece a las exigencias de la masa, al influjo de la propaganda, a la ausencia de riesgos, a la ceguera de la especialización, a la adoración de la técnica, es la obra suprema de la tontería socializada y dirigida.

Ya no se trata solamente de defenderse del tonto interior sino también del tonto externo, del tonto colectivo hacia el cual todas las fuerzas políticas, económicas, sociales y culturales quieren en nuestro tiempo arrastrarnos. Estamos en la era de la dirección de todo cuanto existe y, en primer lugar,de la dirección de la tontería.

Si el humorismo no interviene con su perspicacia salvadora, con su aviso sonriente, estamos perdidos. Los totalitarismos detestan por eso a los humoristas y los consideran disolventes y revolucionarios. El grano de sal del sentido crítico, la advertencia de una aguda risa son un arma más temible que un avión a chorro o una bomba de hidrógeno, porque son el indicio de que todavía el hombre juzga, ve y sobrevive.

Lo que nuestro tiempo se propone es la abolición de las diferencias, la supresión de las desigualdades. Pero esto que se justifica en lo material, pasa a ser una amenaza terrible en el orbe de lo espiritual. Sólo se parecen entre sí, igualándose en forma cabal, las máquinas y los rebaños. Los automóviles, las máquinas de escribir, los teléfonos son idénticos, salvo diferencias imperceptibles. Los rebaños tienen también la misma monótona semejanza, pastan en los mismos campos, lanzan los mismos mugidos y ofrecen mansamente sus lanas para que las esquilen.

Hacia ese mundo de la identidad vamos siendo llevados, y caeremos en él si no se unen resueltamente los que todavía son capaces de sonrisa, de ternura y, lo que es más, de esperanza. Por eso tiene íntima, dramática razón Botín Polanco al cerrar su Manifiesto al grito de: "Borregos de todos los rebaños del mundo, desuníos..."

La Unión, Valparaíso, 1 febrero, 1953

### **Pasado y porvenir del hombre actual**

En estos días en que cruzamos la frontera de un año hacia otro, el hombre se pregunta con cierto azoramiento por su futuro. Ha dejado tras de sí una porción de existir, pero tiene al frente otra aún no vivida. Le inquieta, por tanto, saber qué podrá sucederle, en suma, qué destino le aguarda. Y si esto le acontece y cada hombre con su propia existencia, con mucho mayor razón debe inquietarle a todos los hombres, es decir, a esa suma de miradas que intentan horadar el porvenir y que se llama: la humanidad.

Por eso nada nos parece más ajustado a la hora que subrayar algunas reflexiones del último y delicioso libro de Ortega y Gasset: Pasado y porvenir del hombre actual. Delicioso, decimos, porque la delicia consiste en la alegría del alma, en el gozo que experimenta cuanto descubre verdades bellas o bellezas verdaderas. A lo que debe unirse inevitablemente ese toque de sorpresa y de desconcierto, que es como la pausa o el cambio de compás de los instrumentos orquestales para atacar una nueva frase musical.

Lo cierto es que el libro nos plantea el problema decisivo de nuestros días: qué pensar de nuestro presente y cómo enfocar y ver el porvenir que está a la vuelta inesperada del camino. Y ante todo, cuánto vale ese presente, como

carga oculta del pasado, para proveernos de las armas y de los instrumentales con cuya ayuda salir al encuentro del ágil y combativo futuro.

El drama del hombre contemporáneo es la delgada capa de presente de que dispone por la muchísimo más delgada corteza de pasado con que pueda contar. Vivimos en días de absoluta, total inseguridad, porque el mundo que habíamos construido se nos ha evaporado entre los dedos. Los hombres de épocas anteriores, de los siglos de oro o de las edades que a sí mismas se llamaban progresistas se apoyaban sobre un pasado denso y sólido. Tenían a sus espaldas un orden en que creían, un conjunto de instituciones que daban por definitiva y definitivamente establecidas, un orbe asentado sobre ejes pesados y resistentes. En suma, como Ortega los llama, eran herederos de una fortuna cuantiosa, de un caudal sobre el que se podía girar sin temor de verlo agotarse.

Pero en nuestros días ese pasado se ha volatilizado, se ha disuelto inesperadamente en el aire. Ni las instituciones responden de una manera total a lo que les habíamos pedido, ni los hombres sienten dentro de sí mismos la serena seguridad anterior, ni las economías prosiguen al paso ritmado del pretérito, ni la ciencia nos presenta un cuadro de la realidad que ostente los caracteres de estabilidad que durante mucho tiempo vino prometiéndonos.

Por lo tanto, no hemos heredado un mundo hecho, sino que nos hallamos con la espalda al descubierto, con el suelo removido por continuos temblores y con una inseguridad circundante que es ella misma crítica.

Un pesimista diría que asistimos a un fin de mundo, a un derrumbe insólito y para defendernos del cual no hay refugios a cuya paz acogernos. Pero el pesimista no se ha caracterizado nunca por saber mirar ni menos por ser un maestro de las horas de espera. Su tarea ha consistido siempre en no ver más que catástrofes y, muchas veces, en provocarnos por la misma insistencia con que las llama y las exige.

El no disponer de un mundo seguro y, por tanto de un porvenir estable, dista mucho de ser un inconveniente. Para quien tiene ojos con que atisbar y oídos con que escuchar, la cosa se reduce a que el universo se halla en transformación y que el hombre ha provocado por una serie de caminos, incalculables dislocaciones que exigen volver a colocar las cosas en una nueva disposición; en suma, a erigir y establecer un orden inédito.

Pero que no se alegren demasiado los que están constantemente hablando de cambios y de transformaciones, henchendo estas palabras de la cómoda y burocrática significación de reducirlo todo a escombros sin tener siquiera en mente la más vaga noción de lo que deben construir. Porque lo esperanzador de tener un futuro por crear es que exige del que va a crearlo una fe inmensa en el hombre y una desconfianza radical en las fórmulas.

La física moderna, apunta agudamente Ortega, ha establecido el principio de indeterminación. Esto significa que ya dicha ciencia no encaja el fenómeno en fórmulas inmóviles, ni lo limita a una pasiva comprobación. Quiere decir que el científico crea o fabrica una imagen y produce una especie de incitación a que la realidad, sin dejar de ser tal, se ciña a la mente y adquiera el ágil sobresalto de ésta. Magnífica lección de libertad y de esperanza que despoja a una ciencia preconizada como el símbolo del determinismo de toda inmovilización mecánica.

Pues bien, lo que acontece en la física le ocurre también al hombre. Es verdad que su pasado se ha desvanecido, que carece de seguridades hechas en las cuales apoyarse. Pero este mismo retorno a la desnudez original, esta vuelta a un instante que, por falta de pasado, se torna casi paradisíaco, implica dos magníficas, dos tremendas posibilidades: la de la libertad y la de la esperanza.

En efecto, si el mundo está abierto y expedito ante nuestro paso para que lo construyamos, nos corresponde forjar los materiales con que hemos de construirlo. Nadie podrá hacerlo por nosotros y nosotros no tenemos más que lo que íntimamente somos: nuestra libertad. Ahora bien, una libertad que se encuentra a solas consigo misma, sin imagen de su propio ser, no es libertad sino vacío, oscuridad obscura y agotada. Únicamente puede llenarla la confianza, no ya en lo preexistente, sino en lo que seamos capaces de crear, nos invita a ser los autores de nuestro propio destino.

Tenemos un escaso pasado utilizable. En cambio, contamos con toda la riqueza del hombre, reducido a su propia improvisación y a su ademán esperanzado para forjar el destino futuro. De esta manera, somos como pocas veces, un extenso y dilatado porvenir. Dudamos de nuestro tiempo, porque nunca un tiempo ha existido como tal, sino como una terrena superficie sobre la cual edificar. Y ya que el pasado se ha volatilizado, por agotar su materia, nuestra tarea es gozosa y entusiasta: inventemos nuevas formas de vida y hagámoslo con esas dos grandes riquezas del alma humana, que son su libertad y su esperanza.

El Mercurio, Santiago, 30 diciembre, 1962

## **Teología del absurdo**

La proliferación del tema del absurdo en la filosofía, la literatura y la vida modernas, señala que es llegada la hora de hacer un análisis que pase de lo elegiaco a lo teológico, de lo meramente lloroso a lo trascendente y positivo. Porque el absurdo no es sólo el tema de ciertas metafísicas que colocan al hombre frente a los requerimientos íntimos de su ser y a una concepción del mundo que los frustra y niega radicalmente, ni el de una literatura que trata personajes sin presente ni futuro, o sea, casi sin conjugación, ni la actitud de ciertas capas juveniles que intentan destruir todo lo que encuentran, porque están destruidos por dentro. Es, sobre todo, un estado crítico, un instante en que el individuo siente, pugnantes en su alma, la insistencia de un mandato vital y el choque con una realidad nominada o innominada, que le impide cumplirlo y ser el que debe ser.

El cuadro de fondo sobre el cual se proyecta la absurdidad es la afirmación de algo que se asegura que es, pero que, según todos los datos de nuestra conciencia y de nuestra experiencia, no puede ni debe ser. Hay, por tanto, en el substrato de lo absurdo una relación de negación y de repulsión entre dos cosas: la que se señala como soporte

de algo y aquello que de ella misma se predica. De este encuentro imposible, de este acercamiento inexplicable, se concluye que el sustantivo y su predicado no pueden conciliarse y que su acoplamiento es absurdo.

Sin embargo, la cosa no queda allí. Es preciso internarse más al fondo del fenómeno y tratar de ver por qué y cómo acontece. El absurdo ha sido siempre rechazado por la mente humana, al menos en cuanto tal absurdo. Lo más que ha hecho es considerar reales cosas que no lo eran, como es el caso de sirenas, centauros, gnomos y otros habitantes de aguas o de florestas. En cambio, hoy día, lo que se acepta y se postula es el absurdo en sí mismo, con toda la contradicción que implica. Es decir, el hombre se siente arrojado en el seno de una cavidad misteriosa, doliente, cuya forma y dimensiones ignora y de la cual sólo sabe que lo englute, lo aprisiona y no lo devuelve nunca más a la luz.

Quien se remonte un poco en la filosofía y la literatura advierte con rapidez que en otras épocas se ha dado una situación parecida. En la tragedia griega y en determinados aspectos de su cultura, hubo una situación semejante para el hombre. En Esquilo, en Sófocles, como también en Eurípides, apareció un "fatum", un destino, contra el cual el individuo se debatía en estéril esfuerzo. La fatalidad iba rodeándolo, ordenando las circunstancias metódicamente, anudando los lazos, apretando los nudos, hasta que el hombre caía en ellos. El coro, incluso, ilustra al espectador para marcar, como sinfónico compás, la aparición de ese destino inquebrantable, entre cuyos dedos caprichosos y arbitrarios el héroe debía sucumbir.

Sin embargo, hay una intensa diferencia con el absurdo moderno. Lo que la tragedia griega describe es la pugna entre el hombre y la divinidad. Los dioses son hostiles, ya sea porque sienten aversión al individuo, ya sea porque lo cercan hasta hacerle expiar la vieja culpa en que incurrió. Esa fuerza enemiga tiene nombre, significación, fisonomía. Se sabe de quien viene el ataque, en qué forma sobrevendrá, qué estructura deberá asumir. Es cierto que el hombre no podrá defenderse y que su fuerza, infinitamente menor, carecerá de posibilidades de contrarrestar la que viene de arriba. La fatalidad es, precisamente, lo inevitable, el peñasco que cae sobre la víctima atada y que no tiene posibilidad de esquivarlo.

En el absurdo de nuestros días lo que el hombre siente es que está incluido, deslizado en un mundo inabarcable. El Proceso de Kafka, como el Calígula de Camus, o Esperando a Godot de Becket, y las numerosas expresiones del "antiteatro", apuntan a un mundo en que la especie humana, como tal, no tiene ni destino ni rival individualizado.

Además, el absurdo ha pasado de elemento conceptual a realidad física, tangible, amenazante. Lo temible que posee es que existe y está envolviéndonos, anorbiéndonos, consumiéndonos.

Ahora bien, cuando se cala un poquito más en el problema, se advierte otra nota. El absurdo implica que el poder contra el cual luchamos, en cuya entraña estamos prisioneros, se halla sordo. La absurdidad es eso: la imposibilidad de oír de alguien a quien hablamos o nos dirigimos. Pero esto ya afirma que hay "alguien", persona, dios, ser identificable y consciente, que es quien voluntaria o involuntariamente no escucha. La lucha se torna estéril porque entre sus datos está el de que se libra contra quien es más fuerte y no sabe, no puede o no quiere oír.

De aquí el dramatismo de esta concepción moderna del absurdo, condenada a la pérdida, a la condenación.

Con todo, bien vale la pena señalar que en ella hay tópicos elementos positivos. Desde luego, no cabe hablar de absurdidad sin reconocer implícitamente que existe "otro" a quien se adjudica esa sordera. Debería oírnos pero no nos oye. En seguida, si debería oírnos es porque podría no sólo recibir nuestra protesta o nuestra aspiración sino, también, disfrutaría de poder para salvarnos. Al dolernos de su sordera declaramos sin más ni más que en sus manos radica la decisión suma, propia de la esfera divina: satisfacer lo que las creaturas reclaman de ella.

Por eso decimos que el absurdo moderno es una especie de prueba de Dios por el vacío. Mediante un curioso escamoteo y una evidente contradicción, se postula un Dios que debería oír, que podría satisfacer y que, negándose en su propia esencia, decide no hacerlo.

He aquí cómo el absurdo desemboca, impensadamente, en la esfera de lo teológico.

El Mercurio, Santiago, 4 agosto, 1963

## Fanatismo y Contemplación

La mirada humana no puede registrar las cosas que ve sin crear respecto a ellas una cierta distancia. Este alejamiento implica establecer una relación indispensable para que se forme la respectiva imagen. Observadas las cosas desde lejos, se borran y difuminan, pero miradas desde demasiado cerca también confunden sus rasgos.

¿Dónde está o puede estar el punto preciso para que el perfil de lo real se entregue nítido y transparente? En la visión física es sencillo: basta con saber dónde se cortan la línea que parte del objeto y la que encuadra el radio de alcance del ojo. Pero en la visión ideológica o mental la cosa es muy diferente, y ello, porque la dimensión del campo visual lo aporta el propio observador con todos los supuestos previos que emanan de su disposición o predisposición frente a lo que ve.

Por eso es extraordinariamente útil analizar la contemplación para advertir su importancia y darse cuenta de la jerarquía que posee como actitud humana primordial, así como lo que de precipitado y enajenante tiene el fanatismo justamente por abstenerse de contemplar.

Por lo pronto, el que contempla comienza por mirar, esto es, por someterse a la cosa que se dispone a ver abdicando de sí mismo. Trátase de un paisaje o de un pensamiento, contemplar significa colocarse ante ellos como si ellos solos existieran. Tan pronto intentamos introducir en la visión de otros factores que tratan de subordinarla a una imagen preestablecida, el encanto está roto. Medir el volumen de agua del río que circula inmediato o los millares de pulgadas de madera representados por los árboles entre los cuales incursiona la brisa, equivale a substituir la percepción valorativa en que lo útil o sea, lo que puede hacerse con el paisaje una vez fragmentado, cobra rango excluyente. Igual acontece con las ideas.

Si no las consideramos como vías de acceso y formas de visión de los seres y los objetos, administrándolas sólo

como imágenes que debemos someter a la prueba de su coincidencia o no coincidencia con las nuestras, dejamos de examinarlas en cuanto tales para atender únicamente a su identificación con las propias.

La otra característica de la contemplación radica en su apertura ante lo otro en cuanto tal otro, suscitando la disposición receptiva del caso. Eliminadas las predisposiciones, hecha una especie de tabla rasa de las limitaciones que podamos introducir en la visión, quedamos también en aptitud de comprender mejor. No son las ideas ajenas las que tratamos de ajustar a las propias, sino las propias, las que se trata de ajustar a las ajenas. Con esto se ensancha perspectiva, se dilata a términos insospechados y se adquiere, conjuntamente, la visión extraña y la íntima enriquecida por la iluminación de una perspectiva distinta.

En el fanatismo, a la inversa, la posición cerrada, contiene una exclusión anticipada. No sólo se subraya hasta el delirio lo que se piensa o cree individualmente, sino que, antes de escucharlas, se condena y elimina las ideas del que no esté en nuestra misma ubicación. El fanático está tan lleno de sí propio y de lo que cree su visión real de las cosas, que no deja sitio para que penetre en él la visión de los demás y da ya por establecido que esta perspectiva ajena, no es simplemente errónea, sino, además, nociva.

Ya dentro de las palabras mismas, por algo contentivas de las concepciones correspondientes, la contemplación sugiere una visión ordenada y serena, en tanto que el fanatismo destaca una delirante enajenación negadora. Porque contemplar es hallarse en un espacio abierto, libre en el "templum" antiguo, donde la naturaleza fluye en su espontánea originalidad y se liga a un poder divino que desciende hasya ella y se aposenta en ese espacio. Del mismo modo, el acto contemplativo eleva hacia una región sidérea, astral, en que el espíritu y la mirada ingresan a la esfera celeste y entran a habitarla, considerándola. El fanatismo, por el contrario, es una posesión, una enajenación, a la que no obsesiona el afán de entender sino de transformar el universo conforme a un esquema dado. Lo que en la actitud fanática hay de más peligroso, es precisamente su tendencia irresistible a hacerse acto y a reemplazar toda admiración por una acción alteradora.

Quien tenga en su alma el recuerdo de cualquier fanatismo, advierte de inmediato que el fanático no mira y menos admira. No tiene para qué hacerlo porque lo estima todo visto previamente e incluso juzgado. Pero ese juicio es de elemental simplicidad y, por lo mismo, de una potencia destructora incalculable: su sentencia siempre condena, salvo cuando el otro deja de existir como tal y se identifica con la idea y la actitud fanática total.

Esta visión en negro y blanco, en bueno y malo absolutos, no deja resquicio para la auténtica justicia, que es también juzgadora pero de seres humanos en situaciones concretas y no de entes abstractos en circunstancias igualmente abstractas. Aquí reside el absurdo y la inhumanidad del fanatismo. Toda abstracción simplifica y, en cuanto al hombre, deshumaniza, ya que se apoya en una reducción absolutamente irreal. Al deshumanizar a los hombres y al mundo entero, el fanatismo se deshumaniza a sí propio. Esto le permite operar con suma eficacia pero también con una crueldad que escalofría. El fanático es un autómatas que actúa entre objetos y puede, por lo tanto, destruir sin piedad. Si hiciera el más leve sitio a la contemplación estaría vencido, porque con ella entraría a su alma la realidad en toda su rica variedad. Y entonces se daría cuenta de que cada ser es único e insustituible y refleja en su espíritu una porción de la verdad, hacia la cual todos debemos movernos pero que, en cuanto hombres transitorios y fugaces, no nos ha sido ni podía sernos dada en plenitud.

El Mercurio, Santiago, 1 septiembre, 1963

### La insensatez de sufrir

Los españoles, maestros en el arte de vivir y de morir, que son inseparables, han dicho a través de sus filósofos y poetas que no existe una cultura de la vida sin una alta concepción de la muerte. Huizinga, a quien se debe esa prodigiosa historia que se llama El otoño de la Edad Media, reitera dicha convicción. Y no es difícil entenderlo. La vida vale por el sentido que se le asigna, por los valores a los que adscribe. Una vida sin significado es insignificante. Una muerte absurda hace absurda la vida a la cual pone término.

Sin embargo, nuestro tiempo, debatiéndose entre sus contradicciones, quiere jugar a ambas cartas, endiosando la vida en lo que tiene de más elemental y primitivo y dando a la muerte el alcance de un episodio estúpido o de una escapatoria por cuya puerta podamos fugarnos tan pronto como el vivir se haya hecho odioso. O sea, se vive para cualquier capricho y se muere de improviso o de impaciencia.

Tal es la conclusión a que, acaso sin proponérselo, llegan tres científicos eminentes, Premios Nobeles los tres, en una reflexión sobre la autanásia publicada en una importante revista científica estadounidense. El manifiesto suscrito por Jacques Monod, Linus Pauling y George Thomson, aparecido en "The Humanist", contiene nada menos que esta frase: "Es cruel y bárbaro exigir que se mantenga a una persona con vida contra su voluntad, negándole la liberación que desea, en tanto que su vida ha perdido toda dignidad, belleza, significación, perspectiva futura. El sufrimiento inútil es un mal que debería ser evitado en las sociedades civilizadas."

Saquemos toda las conclusiones y establezcamos las equivalencias. La vida equivale a su utilidad y debe justificarse por su capacidad de seguir subsistiendo dentro de los cánones de belleza y dignidad, más la extensión de un futuro delante de ella. Sufrir porque sí, cuando ya la fealdad recubre al sufriente, cuando el dolor lo acorrala hasta destruirlo indefenso, no tener nada delante, salvo la muerte, es estúpido. Más aún, es incompatible con el concepto y la razón de ser de una sociedad civilizada.

Parece imposible, pero así es. Los hombres de ciencia, algunos al menos, lo proclaman. Si tuviera en su mano la muerte piadosa, la eutanásia, el homicidio por compasión, debería tener carta de ciudadanía en toda comunidad culta y que se aprecie de tal. Un sistema bien organizado, con médicos que juzgaran del estado del enfermo incurable y otros que velaran por la corrección del procedimiento, debería decidir cuándo y cómo corresponde poner fin a la vida de un tercero que haya decidido no seguir viviendo para no continuar sufriendo. El interesado manifestaría su propósito y haría la correspondiente declaración de voluntad.

El debate que ha provocado esta declaración no necesita ser descrito. Los juristas, desde luego, los celadores del

derecho, han planteado sus reservas y sus dudas. ¿Cómo frenar las pasiones, los odios, las venganzas, los intereses, que se escudarían tras semejante posibilidad, desde el cónyuge que quiere deshacerse del otro hasta el heredero que ansía alcanzar la fortuna del pariente remiso en exhalar el último suspiro? ¿Cómo, también, establecer un consentimiento válido, si el sufriente está en un momento en que el dolor mismo le quita lucidez y suprime, si no todo, parte de su albedrío? ¿De qué modo introducirse en la intimidad personal para averiguar si el consentimiento había sido retirado en el siguiente?

Pero hay otro aspecto más hondo, más secreto. La muerte es la culminación de la vida, la desembocadura, a donde conduce el largo río del existir. En esos segundos o minutos, el ser llega a su límite, desanuda y despliega todo lo que acumulaba de experiencia del mundo y de penetración de sí mismo. En el relámpago de un instante, pasado y presente se juntan, ser y acabamiento del ser se entrelazan y confunden. Todo lo que hasta allí fue expectativa, esperanza, anhelo, triunfo o fracaso, toca su frontera final. Ya no hay nada más. Aquí concluye el peregrinaje, y una realidad súbita, brusca como una cordillera, se precipita sobre nosotros. Es el momento de la suprema definición, del enfrentamiento con el total de lo que fuimos y somos, el desafío que nuestro existir nos lanza para que lo afirmemos o lo neguemos, para tomar la copa densa del sufrimiento o rechazarla con desgarrado gesto.

Sin duda que nunca el ser humano es más él mismo que en ese trance extremo. Porque hasta entonces la vida se extendía como un futuro postergable, disponía de horas en cuyos márgenes ubicar el programa de cada uno, disponer sus detalles, cambiarlos, rectificarlos, rehacerlos. Pero en este otro, todo termina, no hay retirada; no hay sitio para el aplazamiento. O todo o nada, o sí o no.

Pues bien, ese drama sideral acontece dentro de la conciencia que se debate consigo misma, que dialoga con su luz y con su sombra en una entrevista inefable. Morir es, en el fondo, una decisión que está en la mano del muriente. No se elige, es cierto, salvo en el suicidio, ni la hora ni la forma de morir, pero sí se opta por la manera de hacerlo, encarando ese desafío postrero como héroe que lo asume o como pusilánime que huye. Cada uno es su muerte personal y el espíritu diáfano de Rainer María Rilke lo sabía cuando rehusó todo sedativo para soportar la suya y tomarla como hechura propia, como creación y obra de su más exigente y apremiada conciencia.

Por eso también ese enfrentamiento con el dolor, esa desgarradura del sufrimiento insoportable, es un acto que nadie tiene derecho a suprimir en nadie, ni aun en nombre de una compasión que es tantas veces cobardía del espectador, incapaz de tolerar el drama que ante su presencia se desarrolla.

Pero los científicos partidarios de la eutanasia no consideran civilizado el dolor estéril, como si ellos supieran hasta qué cumbres de lucidez, hasta qué cimas de saber condice el aparentemente inútil sufrimiento. Ya decía León Bloy que hay partes enteras de nuestro ser que sólo se asoman al existir cuando el dolor las acucia y les clava su garra. Y nunca tampoco alcanza una altura mayor el ser humano que cuando hace cara a ese desafío y se sumerge en ese resplandor tremendo de la prueba absoluta.

Hemos llegado al nacimiento y a la muerte dirigidos. Nacemos en un laboratorio, morimos con una inyección. Mientras tanto, la sombra del hombre se pasea por un desierto lleno de probetas, de tuberías, de blancos delantales y la muerte pasa a ser un detalle despreciable, un ligero accidente que silencia al que ya no se atreve a saber más de su siempre inesperado y revocable ser.

El Mercurio, Santiago, 4 agosto, 1974

### **Vacío de poder y Vacío de sociedad**

En un drama que nunca subió a escena, el gran pensador español, Eugenio D Ors, imaginaba el encuentro entre Guillermo Tell y el emperador Habsburgo, cuando el primero ha herido de muerte al segundo. En el diálogo de esa hora final, el revolucionario y el monarca descubren que luchaban por lo mismo, pero que la interposición de Gesler había desfigurado sus recíprocas imágenes, haciendo de uno el anárquico irresponsable y del otro el odioso tirano. Es éste, en síntesis, también el problema que aflige a las democracias modernas. De un lado, los que ejercen el poder buscan cómo interpretar a una opinión pública que el sistema hace invisible e inalcanzable. Del otro, esta última intenta llegar a los dirigentes que detentan el mando y halla que no hay caminos de acceso. Unos y otros viven de imágenes, de ficciones que tornan difícil su entendimiento y su conciliación.

Los regímenes democráticos, en la forma que aún subsiste, parten de la noción de una opinión pública amorfa y abstracta. Está compuesta por la mayoría, pero ésta no se halla representada o personificada por nadie. A lo sumo, de tarde en tarde, una encuesta o sondeo arroja un cierto resultado que, por recto y honestamente obtenido que se le suponga, refleja sólo la respuesta desperdigada de grupos aislados e inorgánicos. Lo que opinan determinados interrogados en un barrio, en una rama profesional, en una actividad laboral, en un estudiantado, en un núcleo de consumidores, entre las madres de familia, es útil pero no eficaz ni representativo.

Además, sólo refleja opiniones sumarias, enfoques generalmente limitados a una situación inseparable de un interés inmediato y sin perspectiva.

La vida pública moderna, que lo abarca todo porque ya casi no existe vida privada, se mueve entre dos polos extremos: el de los que tienen la responsabilidad prácticamente total de las decisiones y el de quienes se encuentran con éstas cuando ya han sido resueltas y sólo cabe acatarlas. Los órganos de comunicación intermedios no existen, porque la concepción social respectiva sólo supone a una multitud frente a una minoría, sin que haya puentes vinculatorios.

Las quejas que se formulan en las democracias todavía apegadas a un viejo estilo, son ya conocidas. La autoridad es tachada de arbitraria, cuando hiere algún interés, o de débil cuando se doblega o cierra los ojos ante los embates de los más fuertes o de los más audaces. El vacío de poder, que es, en el fondo, un vacío de sociedad, deja a grandes cuerpos ciudadanos entregados a la indefensión. El caso de las principales democracias europeas no es

otro. El gobierno que adopta resoluciones enérgicas, como el alemán ante los brotes anárquicos, es tildado de dictatorial y sufre la represalia de los terroristas, que raptan a sus políticos o matan a sus jueces. El que oscila bamboleándose de un lado a otro, como en Italia, es acusado de inepto, de irresoluto y de abúlico. Haciendo abstracción de otras razones morales o psicológicas, se vuelve innegable que los estallidos de violencia crecen y se agravan a medida que los gobiernos dejan de ejercer su autoridad. Con ello los más dañados son los ciudadanos de grupos humildes o medianos, que sólo pueden contar con la protección del Estado, a la vez que los continuos desórdenes arrastran al caos económico, a la pobreza y generan, así, un círculo vicioso de descontentos seguidos de represiones. Resulta en esta forma que el régimen con pretensiones de más igualitario y democrático, termina por permitir los abusos más violentos y tiránicos, no porque el gobierno lo desee sino por su renuncia a enfrentar a los grupos más agresivos, en la ingenua creencia de que son los más representativos.

El Mercurio, Santiago, 1 julio, 1976

## Poemas

De Velamen  
(1950)

Alberca

Aquella antigua sed que soñara apagada  
de nuevo en tu presencia, dominándome , brota.  
En la fuente de mi alma, muda ayer y callada,  
el agua enciende ahora su templo gota a gota.

Estaba de mí mismo, como en sueños, ausente.  
Un silencio profundo con su voz me envolvía.  
En vano sol y estrellas me besaban la frente:  
era ciego al asombro de la noche y el día.

De nuevo hoy la canción surge pura en mi entraña.  
De nuevo blancos astros iluminan mi sombra.  
Otra vez soy cristal en que el cielo se baña  
y labio estremecido de emoción que te nombra.

Las aguas de la tierra en mí rompen sus venas  
Para ofrecerse diáfanas a la sed del que pasa.  
Aunque soy sed sin límites, a las fiebres ajenas  
da la mía sus ansias en frescura sin tasa.

Henchido de cristales y vibrantes rumores  
Como una urgente música en la voz me derramo,  
me anonado en los surcos y me yergo en las flores  
y en todo ser me infundo, pues a ti en todos amo.

Hoy que me has despertado, ya no quiero defensa.  
en tus manos depongo mi secreto albedrío.  
En tu dulce dictamen mi destino comienza,  
pues sólo siendo tuyo podré también ser mío.

Desde el alba a la noche mi encendido desvelo  
esperará que vengas a mirarte en mi alberca  
y, cuando te interpongas entre mi alma y el cielo,  
me haré entero tu imagen para verte más cerca.

Hora

Hora sagrada y pura  
que un astro crea y vence,  
surco abierto en el agua  
que el agua desvanece,  
entre mis manos tiembla  
tu impalpable presente  
como un don que los cielos  
al espíritu ofrecen.  
Cazador que las sombras  
de obscura noche envuelven,  
tu claridad persigo  
en relámpago breve.

Se dispara mi dardo  
hacia ti, inexistente,  
para clavar la forma  
que en tu interior se yergue,  
pero cuando mis manos  
avanzan a cogerte  
sólo encuentran la huída  
de tu presencia indemne.  
Y entre mis dedos queda  
como un despojo tenue,  
la huella de ti misma,  
sola, resplandeciente...

Palabra

La palabra a la cosa da existencia  
y la colma y desnuda de sí misma,  
alma en la cosa que, íntima, se abisma,  
cosa en el alma que se vuelve esencia.

Clara emoción de dolorosa urgencia  
en el mundo la arroja y ensimisma,  
hontanar de ansiedad, ideal carisma,  
amor en la embriaguez de la evidencia.

Ella sabe dar vida a cuanto toca,  
nombre que el mundo, al designar, explica,  
música que surgir se desvanece,

sonido que pronuncia nuestra boca,  
alma que en lo real se multiplica,  
unidad que trasciende y permanece.

Tristeza de Pelleas

Esta es la blanca casa en que vivía,  
esta la verja que el jardín cerraba,  
esta la fuente en que ella se miraba  
y este el camino que ella recorría.

Este el sol que en su frente refulgía,  
este el viento sutil que la besaba,  
este era el aire en que su voz temblaba  
y esta la luz que en su mirada ardía.

Estas las cosas son que ella quería,  
estas las cosas que ella contemplaba  
y están llenas de su alma todavía,

y esta es mi soledad de cada día,  
alma que en otra sin sentirlo estaba  
y hoy no tiene ni ser ni compañía.

## Plegaria

Tú eres en mí la fugitiva escala  
que desde mi raíz su impulso eleva,  
voz que en el alma todo lo renueva,  
transfigurando al labio que la exhala.

Tú eres en mí para volar el ala  
que por el aire en libertad me lleva,  
torre que el viento con sus manos prueba,  
grada que al pie cómo subir señala.

Tú eres en mí lo que a ascender aspira  
y deja atrás el moribundo instante  
como una vestidura innecesaria,

pisada que del suelo se retira,  
alma que vuela de su amor delante,  
escala celestial de la plegaria.

## Sonetos del amor interior

### II

¿Qué voz es ésta que a mi voz se anuda  
y, floreciendo luego en mi garganta,  
al mismot tiempo que yo canto, canta,  
y al compás de mi voz es suave o ruda?

¿Qué pie es éste que pisa la desnuda  
huella formada por mi propia planta  
y a cada paso mío se adelanta  
y acude donde quiera que yo acuda?

¿Qué mano es ésta que a la mía asida  
me comunica su vigor temprano  
y en cuyo dulce ardor mi fiebre templo?

¿No es ,acaso, tu imagen confundida  
a mi ser que, hecha voz y planta y mano,  
como otro yo más interior contemplo?

### VI

Tan pura estás de sombra o de deseo  
que tu rostro no es más que transparencia,  
y tu alma en él tan clara se evidencia  
que si miro tu rostro no lo veo.

Aunque mía, de ti nada poseo  
más que esta luz perenne de tu ausencia  
en que se me descubre tu honda esencia  
como elverso en la página que leo.

Te miro y, al mirarte, ya adivino  
tu alma que, en un destello repentino,  
su gracia misteriosa me anticipa,

y al brotar , luminosa, desde adentro,  
viene hasta mí en un fugitivo encuentro  
y, encendiendo tu rostro, lo disipa.

#### Eternidad

El alma, como un cristal,  
se yergue ante la inminencia  
del mundo, pura y total:  
siempre afirma en el raudal  
la rosa su permanencia.

#### Acento

Tu palabra se aleja y está fija  
como el rumor extático del agua,  
pasa a través del sueño de las cosas  
y siempre permanece donde estaba.

#### Poesía y Ensayos

(1985)

#### Verde

Verde la tierra su verdor proclama,  
verde de ensueño, verde de alegría,  
verde en el fino brazo de la rama,  
verde en la cima límpida del día.

En el verdor culmina la esperanza  
y propaga el amor su ola de gozo.  
La luz esgrime su delgada lanza.  
El cielo tiembla verde de alborozo.

Rasga el velo del aire el verde monte.  
La mañana de verde, está más alta.  
Todo el espacio ahora es horizonte  
y el viento en él su libertad exalta.

Verde es el cielo, verda la colina  
verde el dedo del trébol que se asoma,  
verde el agua en el sauce que se inclina,  
verde el arco dorado de la loma.

Verde abandona el campo su regazo,  
verde está el alma de nostalgia pura,  
y el cielo verde es como un verde brazo  
que le ciñe a la tierra la cintura.

El agua quiebra el vidrio de su risa.  
Tiembla en el aire la emoción de un beso.  
La primavera con su flor avisa  
que, verde, está en la tierra de regreso.

#### Madero

Nunca pude soñar, cuando era sólo,  
en el silencio de los bosques, árbol,  
que un día su cabeza sostendría  
como un nido fugaz entre mis brazos  
y que, sobre mis ramas abolidas,  
se abrirían las rosas de sus manos  
para darme las flores que hoy no tengo  
porque los hombres me las arrancaron.  
Sabía de la gracia de los nidos  
y de la tibia pluma de los pájaros,  
de la brisa alisando mis ramajes  
con su caricia como un suave llanto,  
pero no conocía esta ternura  
de cobijar a Cristo en mi regazo  
y de sentir la seda de su rostro  
entre mis duros nudos apretados,  
y ser sostén para su cuerpo herido,  
sangrienta flor colgando de mi tallo.  
Ignoraba esta pena misteriosa  
de que ahora soy como un oscuro vaso,  
Eternidad que se doblega al tiempo,  
Vida en la muerte el río derramando,  
Gozo que se renuncia porque asume  
la noche en que los hombres se quedaron.  
Me acuerdo ahora de mi clara savia  
subiendo por mis venas, paso a paso,  
como una sangre que sostiene el brío  
con que las ramas dan al aire brazos  
para el estío revestirse flores  
que por su entraña vienen caminando.

Me vuelvo hacia los días en que yo era  
en el tumulto de los bosques, árbol,  
columpio de los juegos de la brisa,  
atalaya del sol, faro del campo,  
hasta que un día el impetu de un hacha  
me derribó en la tierra con su tajo.  
Yo creí que mi vida terminaba  
y que, hecha leña, en diminutos brazos  
el fuego con su furia sorpresiva  
mi ser iría en lenguas derribando.  
Pero las manos duras de otros hombres  
mi tronco en una Cruz entrelazaron,  
contradicción herida de maderos  
que se niegan y afirman simultáneos,  
símbolo del chocar de tierra y cielo  
como el Cristo a mis brazos destinado.

Y aquí estoy, sostenido sobre tierra,  
recuerdo de mí mismo, sueño de árbol  
que se implanta sin flores ni raíces  
y ha perdido sus ramas y sus pájaros.

Pero hoy un nuevo brote me reviste  
para que vuelva a renacer, salvado,  
y Cristo moribundo es hoy mi rama  
y la divina flor en que me abro,  
raíz del ser restituida al fruto,  
semilla abierta nuevamente en árbol.  
Yo losiento sufrir sobre mi tronco  
y en sus oídos, dulcemente le hablo,  
y lloro de dolor porque no tengo,  
para limpiarle sus heridas, manos,  
para ofrecerle por almohadas, nidos,  
para con nidos ofrecerle cantos.

Cristo está solo y es mi prisionero  
y yo, ahora, no puedo libertarlo

porque los hombres que le dieron muerte  
de mis brazos también me despojaron.

#### Poemas dispersos

#### Valparaíso

Verde te ciñe el mar, Valparaíso,  
con sus brazos de espumas y de sales,  
y en tu dorado cielo, terso y liso,  
la luz corre encendiendo tus vitrales.

En el aire celestial tu ser desbandas,  
más ansioso de sol mientras más subes,  
y vas como esquivándote en volandas,  
como escapando en espiral de nubes.

El mar, fino escultor, te palpa y te ama  
y con su ardiente escoplo te modela,  
tejiendo junto a ti su móvil trama  
con olas de pasión y de cautela.

Para escapar del mar cumbres escalas,  
arboles yergues, cerros interpones,  
y se te sienten trémulas las alas  
por llegar a tus últimas regiones.

La luz resbala, plena, de tu copa  
de oro en la brisa, en el ramaje verde,  
y el viento, azul corcel, por ti galopa  
y en tus praderas, sin final, se pierde.

¡Libre es tu corazón, alto tu anhelo,  
clara la voluntad que en ti se siente,  
porque te esculpen juntos mar y cielo  
y al infinito te abren, transparente!

¡El mar te entrega, límpida, su ruta,  
se abre a ti el cielo, diáfano y preciso,  
con esa plenitud tan absoluta  
que es tu celeste ser, Valparaíso!

#### Bibliografía básica

##### I. Del autor: obras

##### Libros:

Velamen  
Santiago. Editorial Nascimento, 1950  
Premio Sociedad de Escritores 1949

##### Poesía y Ensayos

Selección y prólogo del Pbro. Enrique Pascal García-Huidobro  
Valparaíso. Ediciones Universitarias, 1985

La obra de Pedro Lira Urquieta  
Santiago de Chile. Cuadernos del Centenario de la Academia Chilena de la Lengua, 1985

Biblioteca del periodista chileno: Fernando Durán V.  
Selección y prólogo de Juan Antonio Massone del C.  
Santiago. Universidad Diego Portales, 1997

En obras colectivas:

"Engaño y desengaño de la obra de arte"  
En: Poesía, Ensayo, Narración  
Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, 1961, pp 131-138

"Las Uvas y el Viento" (Pablo Neruda)  
En: Literatura crítica de Chile (Raúl Silva Castro)  
Santiago de Chile. Ediciones Andrés Bello, 1969, pp 519-528

"Elogio y condenación de Maquiavelo"  
En: Estudios en honor de Pedro Lira Urquieta  
Santiago. Editorial Jurídica de Chile, 1970, pp 211-226

"Los Diez y la literatura chilena"  
En: Los Diez en el arte chileno del siglo XX  
Santiago. Editorial Universitaria, 1976, pp 17-27

"Infancia y adolescencia de Bello"  
En: Homenaje a don Andrés Bello  
Valparaíso. Ediciones Universitarias, 1982, pp 47-59

II. Acerca del autor

Ibáñez, Adolfo; Correa, Luis; Pérez de Arce, Hermógenes; Pascal, Enrique  
Herencia espiritual de don Fernando Durán Villarreal  
Escuela de Negocios de Valparaíso. Fundación Adolfo Ibáñez, 1983

Massone, Juan Antonio  
"Concepción del arte en la obra de Fernando Durán Villarreal"  
Atenea N.470, Universidad de Concepción, segundo semestre, 1994, pp 199-221

--"Fernando Durán Villarreal o la trascendencia de un periodismo estético"  
Reflexiones Académicas N.6, Universidad Diego Portales, 1994, pp 117-125

--"Un chileno frente al tema de nuestro tiempo"  
Revista Universidad Diego Portales, Año 1, N.2, octubre, 1997-marzo 1998, pp 36-42

Índice general

Semblanza del escritor

1. Facetas y datos biográficos
2. Angulos de una semblanza
3. Periodista de opinión
4. El ensayista: nociones vertebradoras
5. Noción de persona
6. Acerca del arte
7. La obra literaria
8. El poeta

## Selección de textos

### I. Meditaciones de Androvar

La nostalgia  
Leer  
El sacrificio  
Viajar  
La avaricia  
Las edades  
La insolencia  
Misión  
La verdad  
La claridad  
La distracción  
Lo inefable  
Perdonar  
La vocación  
Recordar

### II. Chile: avatares de una convivencia

La patria, deber y esperanza  
País sin alegría  
El derecho a la honra  
El mar, nuevo espacio  
Para una "historia femenina" de Chile  
Ciencia, técnica e ideologías  
Destrozo del castellano

### III. El reloj de arena de Cándido

El mejor amigo  
Neurosis  
Reivindicación del camello  
Comida hecha  
Sea usted mediocre  
Oradores  
A domicilio  
Pesos pesados  
La importancia de ser vulgar  
Cultura de títulos

### III. Dolencias de la época actual

El problema de las humanidades clásicas  
Tontería, humorismo y esperanza  
Pasado y porvenir del hombre actual  
Teología del absurdo  
Fanatismo y contemplación  
La insensatez de sufrir  
Vacío de poder y vacío de sociedad

### IV. Poemas

#### Velamen

Alberca  
Hora  
Palabra  
Tristeza de Pelleas  
Plegaria  
Sonetos del amor interior:  
II  
VI

Eternidad  
Acento

Poesía y Ensayos

Verde  
Madero

Poemas dispersos

Valparaíso